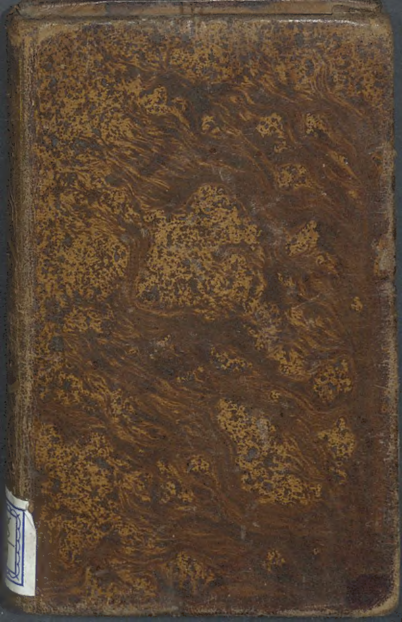
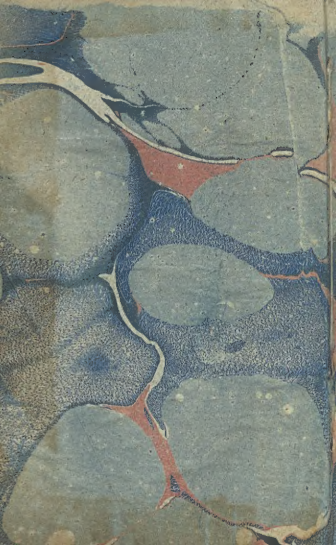
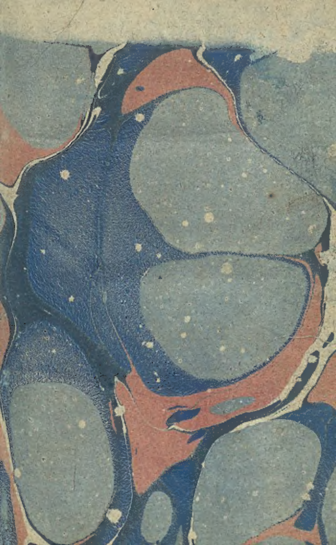
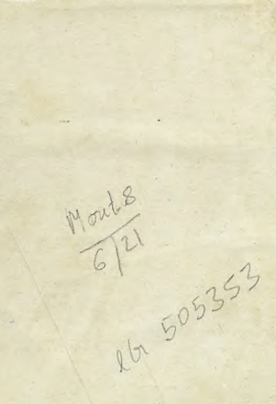







Mont.8
6/21
Lb 505353

ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA Y SUS BIENHECHORES.

ESCRITA EN INGLÉS

POR LA CÉLEBRE

MISTRESS BENNET:

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON FELIX ENCISO S. A.

TOMO X. Y ÚLT.

MADRID.
Imprenta de Repullés.
1820.

Se hallará en las librerías de Escamilla *calle de Carretas*, *y de* Amposta *calle del Príncipe.*

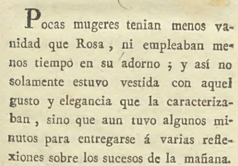


ROSA,

Ó LA NIÑA MENDIGA

Y SUS BIENHECHORES.

CAPÍTULO PRIMERO.



Pocas mugeres tenian menos vanidad que Rosa, ni empleaban menos tiempo en su adorno; y así no solamente estuvo vestida con aquel gusto y elegancia que la caracterizaban, sino que aun tuvo algunos minutos para entregarse á varias reflexiones sobre los sucesos de la mañana.

Cuando sonó la campanilla llamando á la mesa, bajó con ligereza, atra-

vesó el cuarto de Eleonora, á quien encontró en el mismo estado, y se fue al comedor. El Duque, las dos Condesas, Miss Angus y Miss Bruce estaban ya reunidas.

Lady Denningcourt se habia sentado junto á una ventana, y á su espalda estaba su camarera con un abanico y un frasquito de álcali volatil.

Rosa quiso hablar, pero no pudo. La Condesa la miró atentamente: sus ojos se llenaron de lágrimas y corrieron sobre sus bellas mejillas, que el dolor habia marchitado: mandó á su camarera que llegase una silla, é hizo señas á Rosa de que fuese á sentarse á su lado.

"No temais, Miss Rosa, la dijo, que yo sea menos agradecida al beneficio que os debe mi Eleonora, porque vuestra presencia renueve mis ágrimas: no temais tampoco que ten-

ga menos estimacion y cariño para vos, porque habeis sido tan distinguida por el hombre que fue el objeto de los inalterables afectos de mi corazon. Encantadora y amable jóven, ¡ah! miradme: guardaos de pedirme cosa que yo no pueda concederos, porque no sabria negar nada á esa figura y á esas facciones, que me son queridas, y que tienen sobre mi corazon un poder tan irresistible."

Rosa estaba transportada: lloraba, no podia contener sus suspiros, y cuando la Condesa la abrazó cayó á sus pies.

Desde aquel dia Eleonora quedó reconocida por hija de la Condesa de Denningcourt, y sobrina del Duque de Athelano. Desde aquel dia tambien Rosa participó con Eleonora de los cariños de su madre, y la eclipsó totalmente en el corazon del Duque.

La amable y generosa Miss Angus tenia verdaderamente el corazon de la familia Athelano, su fortuna era considerable é independiente; pero aunque sus mejores esperanzas se hubiesen desvanecido por el reconocimiento de Eleonora, no por eso hubiera participado menos de su felicidad.

No sucedia lo mismo á Miss Bruce. Esta pobre solterona hacia tiempo que contra toda especie de probabilidad fomentaba en su corazon sus quimeras sobre Mr. Angus y su corona Ducal. No tenia sino dos poderosos motivos de consuelo que pudiesen sostenerla en aquel momento contra las mortificaciones de toda clase, el primero era que Miss Athelano no recobraría jamas su juicio, y el segundo era que Mr. Angus nunca habia visto á la encantadora Miss Walsingham.

De cualquier modo que fuese estaba tan distante de concebir el mas ligero temor, que cuando las lágrimas de la simpatía brillaban en los ojos de todos, los suyos se paseaban por la Gazeta, buscando el motivo de las hablillas del dia.

"¿Hay algo de nuevo, Marta?" preguntó Miss Angus. —"Voy á satisfaceros, querida mia," y leyó lo siguiente:

La dama que tomó antes el título de Condesa viuda de Gauntlet fue segun se nos anuncia, presentada ayer á la corte: los obstáculos que se oponian á esta presentacion desaparecieron en vista de las atenciones que se deben á la memoria de su venerable padre, cuya edad y antiguos servicios exijen el respeto.

"Eso puede ser nuevo, Miss Bruce; pero verdad no lo es," dijo La-

dy Denningcourt. — "Verdad no ciertamente, Milady. Nadie aguarda la verdad de estos periódicos. He aquí las noticias de la tarde, dijo Miss Bruce, que contradicen el artículo que habeis oido." — "Leed, Marta, antes que se contradiga á la contradiccion."

Miss Bruce leyó: *estamos autorizados á refutar un artículo del Morning Gazette, relativo á la presentacion en la corte de la dama que toma el título de Condesa viuda de Gauntlet. El anciano almirante Herbert, su padre, presentó su nieto, y ha tenido el honor de una audiencia particular en el gabinete del Rey; pero su hija aun no ha parecido en la corte.*

Lady Denningcourt observó que se hubiera sorprendido mucho de semejante suceso; "porque, añadió, si el joven no tiene otras pruebas que a-

legar sino la existencia de su madre, nuestra vecina no perderá el título de Condesa."

Miss Angus dijo que Montreville tenia verdaderamente una figura encantadora; y Lady Hopely, que le habia tratado, añadió que tenia mucho talento.

El Duque, como no habia estado en Londres el invierno anterior, casi nada sabia de este asunto.

"Yo creo, dijo Lady Denningcourt, que entre los papeles de mi padre hay anecdotas bien interesantes sobre la pobre Condesa difunta, madre de ese jóven." — "¡La Condesa difunta! dijo Lady Hopely: yo os aseguro que existe todavia." — "Y yo, dijo Lady Denningcourt, estoy cierta de que pereció en el naufragio del yacht que la conducia á Escocia." — En ese caso, replicó Lady

Hopely, ese honorable Conde ha tenido dos mugeres á un tiempo, porque yo os aseguro que la madre del jóven va á presentarse." — "Allá lo veremos," dijo Lady Denningcourt con ayre de duda.

Cada sílaba de esta conversacion martirizaba el corazon de Rosa, y sufria una incomodidad insoportable: continuáronse leyendo los periódicos; pero ella no oyó nada, y solo salió de su profundo éxtasis cuando todos se levantaron para sentarse á la mesa.

Despues de la comida las damas dejaron al Duque, al Capellan y al Doctor beber sus botellas, y como aun duraba el acceso de Eleonora, se fueron al salon de música.

Miss Bruce paseó sus gruesos dedos por la harpa de Miss Angus, y pronto la hizo saltar una cuerda.

Lady Hopely dijo: "Miss Bruce

no dice mas que disparates, ni hace sino necedades, á excepcion de cuando se ocupa en sus caricaturas y eh sus malos versos."

La pobre hacia, aunque con trabajo, todos sus esfuerzos para reparar este accidente.

"Quereis que os ayude," dijo Rosa. — "¿Sabeis templar el harpa?" dijo Miss Bruce.—"Veremos si acierto," respondió Rosa modestamente, y empezó á juguetear sobre las cuerdas en el momento en que entró Miss Angus.

Debeis el favor á Miss Bruce, la dijo Lady Hopely, por haber dado ocasion á Rosa de desenvolver sus gracias; ya habia oido yo hablar de su bella harpa y sus muebles que se vendieron en almoneda.

Rosa se puso colorada, y Lady Hopely la dijo que el Doctor Ca-

meron los habia comprado.

Lady Denningcourt se acercó, y rogó á Miss Walsingham que tocase alguna cosa. Jamas súplica fue hecha con mas gracia, ni jamas Rosa obedeció con mas gusto.

"¿Cómo, querida hija, la dijo Lady Dennigcourt, habeis podido adquirir tales habilidades en una escuela de provincia?" — "La directora de aquella escuela, respondió Rosa con el acento de la ingenuidad, estaba versada en todas las ciencias y artes que se enseñaban en aquella casa; era un angel de virtud y de bondad." Ella se detuvo, y una lágrima se abrió paso al través de sus largas pestañas, que templaban con tanta gracia el brillo de sus hermosos ojos negros.

"Muy bien, Miss Walsingham, dijo el Duque de Athelano, ciertamente Mistress Harley no podia ha-

llar un panegirista mas hábil." — "La costumbre de no estar ociosa, que he adquirido en sus lecciones, dijo Rosa, me ha sido muy útil en varias circunstancias de la vida. Era á mí, añadió sonriéndose, á quien Miss Athelano (que nunca tenia paciencia para templar su harpa ó su piano) encargaba de esta comision."

"Yo ignoraba, respondió Lady Denningcourt, que Miss Athelano hubiese adquirido tales habilidades, y creia por el contrario que el Doctor Croack habia descuidado su educacion." — "Yo os aseguro, Milady, respondió Rosa, que un padre no hubiera tenido mas celo, ni una vigilancia mas activa." — "Á la verdad, dijo la Condesa, volviéndose al Duque de Athelano, temo mucho que hayamos tratado á ese pobre hombre con demasiado rigor."

Rosa, disgustada de haber promovido esta conversacion, se puso á tocar una brillante sonata, que por fortuna se la acordó en aquel instante.

Miss Angus, dijo que sin duda sabria cantar, y Rosa, siempre sencilla y natural, no afectó ignorar una habilidad que poseía en la mayor perfeccion.

"Si alguna vez llego á escribir novela, dijo Miss Bruce, tomaré á Miss Walsingham por mi heróina." — "Dios nos libre de eso, Miss, respondió Lady Hopely; pues temeria que todos vuestros cuidados no viniesen á parar en desfigurar una bellísima historia." — "Sin embargo, Milady, respondió Miss Bruce con enfado, hay ciertas personas que piensan que yo podria embellecer una muy mala." — "Una arieta, Miss Walsingham," exclamó Miss Angus. —

"Sí, para poner fin á nuestra disputa," añadió sonriéndose Lady Hopely.

Un feliz pensamiento ocurrió de repente á Rosa. Cogió la harpa, se acercó á una ventana que estaba abierta, y cantó un trozo del Orfeo, que era el favorito de Mistress Harley, y así se le enseñaba á todas sus discípulas. Apenas Rosa hubo repetido dos veces: ¡*Euridice*! ¡*Euridice*! cuando Eleonora y Dido salieron del cuarto, la primera fue á sentarse al lado de su amiga, y Dido se enroscó á sus pies.

Cuando Rosa acabó su arieta, Eleonora miró alderredor, y viendo que Lady Denningcourt tenia los ojos llenos de lágrimas, corrio á abrazar sus rodillas.

"Bendiga el cielo á mi querida hija," dijo Lady Denningcourt procurando ocultar su conmocion.

Eleonora no respondió, y volvió á sentarse junto á Rosa. "¡Con qué placer nuestra querida directora escuchaba esta arieta cuando la cantabais! ¡Ay Dios, sin duda ha muerto!" — "Todavia vive, mi querida Eleonora." — "¡Ah, ese Penrry! otras veces me gustaba Penrry ¿no os gusta á vos, Rosa? Pero, ¡ay Dios! allí ahora todos están ó muertos ó enfermos." — "Estais equivocada, querida Miss, respondió Rosa: todos nuestros amigos, todos cuantos allí vimos están perfectamente buenos. Yo he hablado ayer al caballero Sir Salomon y á su hija." — "¡Y llamais amigos á esas gentes!" — "El Doctor Croack y Mistress Bawsky tambien los he visto, viven en la misma casa en que los dejamos, y vuestra Rosa, como veis, ni está muerta ni es desgraciada. En cuan-

to al hijo del Doctor.... "

Á esta palabra se estremeció Eleonora. "Ha vuelto á casa de su padre, dijo el Duque." — "Sí, nuestro padre del cielo," dijo en voz baja Eleonora, y un temblor general se advirtió en todos sus miembros. — "No, mi querida Eleonora, estás equivocada, respondió Rosa, estad cierta de que no ha ido á casa de su padre celestial." — "Jurad por vuestro honor, Rosa, que no le han muerto." — "No, mi querido amor, imterrumpió Lady Denningcourt, yo os lo juro, y por mi honor, él es feliz: sin duda no pensareis que yo quiero engañaros." — "¡Oh! no señora; yo os creo: él no ha muerto; pero ser feliz, perfectamente feliz, eso no puede ser, yo no puedo esperarlo.... con tal de que viva, y que no le hayan pisoteado cuan-

do le ataron á las ruedas del coche...." Entonces ella llevó su mano á la frente, y despues á su corazon: "¿con qué violencia bate, exclamó ella:"—"y el mio tambien, respondió Rosa: vamos, querida amiga, vamos á tomar el ayre."

Desde entonces la salud de Miss Athelano hizo progresos rápidos: su razon se fortificó, y las dulces conversaciones de su amiga restablecieron insensiblemente la calma en su espíritu; pero lo que contribuyó mas que todo á disipar aquella sombría melancolía, que habia causado tan crueles accidentes, fue la seguridad que la dió Lady Denningcourt de cuidar particularmente de la fortuna del jóven Croack, que habia vuelto sano y salvo á la casa de su padre.

Rosa se aprovechó desde el siguiente dia del permiso que la habia dado

el Duque de ir á verle en su biblioteca, y le encantó por la sencilla narracion que le hizo de sus aventuras, sin ocultarle nada, solo su inclinacion á Montreville.

"¡Qué virtud! ¡qué valor! ¡qué nobleza! exclamó el Duque: hija querida, ¡cuán digna sois del interés y respeto de los corazones verdaderamente sensibles!" Fue con un efectivo placer como supo que su sobrino no era ni el marido ni el seductor de la bella Katia, pues él hubiera querido mejor verle casado con la hija del mas pobre caballero de Escocia, que unido á la mas rica heredera de la familia de Buhanum. La dolorosa situacion de la desgraciada joven le conmovio vivamente, y prometió á Rosa favorecerla.

Esta conversacion se hubiera prolongado mucho tiempo; pero Betty

vino á advertir á Rosa de que su señorita habia preguntado varias veces por ella. Milord Duque convidó á la encantadora Miss con que fuese á verle cuantas veces quisiese, y la prometio contarla las aventuras de la pobre Eleonora, así como los detalles del terrible accidente que habia excitado tanto ódio entre las familias de los Buhanum y Athelano.

Eleonora, que gozaba entonces de la calma mas perfecta, pareció desear que Rosa, despues de haberse desayunado con ella, la acompañase al paseo como el dia antecedente. Su madre contentisima las miraba desde la ventana. Eleonora, en vez de saludarla, voló á su cuarto, se precipitó en sus brazos, y cualquiera puede figurarse el placer con que serian recibidas sus caricias. Rosa gozaba de todo el favor que la habia merecido este su-

ceso maravilloso: los cuidados por su amiga, sus gracias y su caracter encantador embellecian mucho mas este importante servicio. Lady Denningcourt, interesada hasta el fondo de su corazon, y reuniendo á los íntimos sentimientos de cuanto valia la encantadora Miss Walsingham el secreto placer de hallar en sus facciones las de su querido Walacio, aunque sin atreverse siempre á entregarse en público á la inclinacion que la tenia, la llenaba de las mas tiernas caricias cuando estaba á solas con ella.

El Duque instaba á su sobrina á que fuese á pasar algun tiempo en Athelano. Lady Hopely la suplico vivamente que fuese á pasar una parte del invierno en Edimburgo. La salud de Eleonora no se oponia á este proyecto, y el Doctor aprobó esta mudanza de escena. Entonces Lady

Hopely renovó sus instancias, y la Condesa de Denningcourt consintió con gusto; pero su mútua priesa halló algun obstáculo en la especie de necesidad en que todos se hallaban de asistir á las bodas del Lord Delworth, que debian ser seguidas de una fiesta, cuya duracion sería por lo menos de ocho dias, y á la cual todas las gentes de un cierto órden en cuarenta millas á la redonda estaban convidadas. Miss Angus y Miss Bruce aseguraron que se habian arruinado para comprar vestidos, que no podian servir sino en esta fiesta de Delworth-Housse, y de ningun modo para los bailes y demas conciertos y funciones que Lady Hopely se proponia darlas en Edimburgo.

El Duque de Athelano ofreció galantemente arreglar este asunto, y quedarse expresamente para servir de

protector y caballero á las dos jóvenes Miss, supuesto que no se presentaban mas jovenes para combatir los gigantes y encantadores.

"Vos sereis para mí el mas bello de los caballeros," exclamó Miss Bruce. — "No, respondio Miss Angus; pero mi tio saldrá con todo lo que un bello y jóven caballero pudiera hacer." — "La observacion es bastante impertinente, mi querida sobrina," dijo sonriéndose el Duque de Athelano. — "Muy bien; pero yo tengo el presentimiento de que esta boda no se acabará, y entonces perderemos los bailes y conciertos de Edimburgo." — "Ese es un riesgo que tenemos qué correr," respondio el Duque.

Dispuestas así las cosas, las dos Condesas, Eleonora y Rosa se prepararon á marchar á la quinta del Duque de Athelano. Rosa sufrio la

emocion mas viva pensando que aun podria derramar las lágrimas del dulce reconocimiento en los mismos lugares donde habia pasado tan pacíficos dias con su digno Mayor, y que podria visitar las encantadoras orillas del Burnseede, y aun tal vez encontrar allí aquella persona, en cuya presencia podria pronunciar el nombre de Mistress Walsingham, estrechar en sus brazos á sus dulces y queridas Emma y Jessy, y ver al bueno y sensible Doctor Cameron. ¡Qué felicidad para Mistress Stewart ser testigo de las felices mudanzas de su suerte! Todos estos risueños objetos se reflejaban succesivamente, y tomaban á los ojos de Rosa aquella tintura que produce exclusivamente la juventud unida á una dulce sensibilidad.

Mientras que en Jointure-Housse una parte de la familia estaba ocu-

pada en los preparativos del viaje, y la otra en los de la fiesta, la bella Condesa de Gauntlet y sus huespedes no estaban menos ocupados en las disposiciones de la boda, los cuidados importantes del contrato, dote y demas arreglo que eran necesarios para la union de dos frios y futuros esposos; pero como dice el viejo Chancer:

"El sello puesto en el contrato es inútil para la felicidad;
Sellemos nuestro amor con tiernas caricias."

Todas las partes interesadas murmuraban ya de impaciencia, o ya de ceremonia contra las interminables dilaciones de los abogados. Lady Gauntlet y Sir Salomon no tenian menos priesa en concluir el negocio; la primera queria asegurarse inmensos recursos, y el segundo un apoyo y un

medio de contentar su insaciable vanidad. Pero volvamos á los buenos y virtuosos habitantes de Jointure-Housse.

Rosa, acompañada de su querida Eleonora y de Mistress Brown, seguia en el coche de Lady Hopely al de Lady Denningcourt. Poco atenta al insoportable charlatanismo de Betty, y teniendo abrazada á su amiga, sus ojos se llenaron de lágrimas de placer cuando Lady Hopely grito desde lejos: ved allí las tierras de Escocia. Ella experimentaba un éxtasis inexplicable, pensando que feliz y acariciadā por los objetos de su cariño, volvia á los mismos sitios donde un año antes, triste y convaleciente, desnuda de protecciones y auxilios, habia sufrido tantas contrariedades, peligros y temores. ¡Cuántos placeres unidos al encanto de los recuerdos! ¡Dulce mitologia de los corazones sensibles, pe-

ro que solo la conocen aquellos que libres de las tres preocupaciones del mundo, no han amortiguado el calor de la inocencia! Rosa entonces nada hubiera tenido que desear, si la importuna imagen del adorador apasionado de Mistress Woudbe no hubiera venido á destruir la del elegante y delicado Montreville de Pontefract.

Lady Kopely tenia en Queen-Street una magnífica casa, que dominaba á lo lejos el mar y las abundantes campiñas que cercan á Edimburgo. Eleonora, naturalmente poco sensible á la belleza de los sitios, la chocó sin embargo esta perspectiva, y Betty exclamó: "perdoneme nuestro Mayordomo, pero es un grande embustero, pues me dijo que en todo Edimburgo no habia ni un solo ramo para secar la ropa de una familia. Este por mi vida es el jardin de Eden."

La elegancia y nobleza de los modales de Lady Hopely solo eran comparables con los de la Condesa de Denningcourt. Las dos jovenes amigas estaban encantadas.

Rosa corrio á la ventana, y descubrió á su derecha el Calton, cuya cima tanto habia recorrido regándola con sus lágrimas: en seguida distinguió hácia el orizonte las dos cadenas de montañas distantes que dominan el delicioso valle de Castle-Gowrand, la vasta extension de los mares, la vela inflada por el viento que insensiblemente se acerca á las costas de Fife, los encantadores ángulos del golfo de Forth, los opulentos prados, pastorías é inumerables quintas de que está cubierta aquella parte de Escocia. Sus ojos repasaron con dulce éxtasis cuantos lugares la habian encantado en otro

tiempo, y no tardó en conocer la casa donde la bondad y virtud tenian un trono en el corazon de Mistress Stewart.

Mientras que Rosa se abandonaba á estas halagüeñas sensaciones, Eleonora estaba ocupada en colocar las ropas y el tocador de su amiga, y la menor oposicion la hubiera dado accesos de tristeza, que querian evitarla. "Querida Rosa, decia ella abrazándola con terneza, ¿os acordais del feliz tiempo en que estábamos en Mount-Pleasant? Yo era quien siempre queria serviros. ¡Ah, que no pueda yo pasar así mi vida á vuestro lado!" Al decir esto ocultó su rostro lleno de lágrimas en su pecho, lo cual causó pena á Rosa.

Tan pronto como llegó Lady Hopely todas las damas de Edimburgo, que la amaban, no por su rango, sino por ella misma, acudian á visitarla.

Lady Denningcourt, que siempre llevaba en el fondo de su alma aquella melancolía que se oponia al gusto del gran mundo, habia pedido permiso de quedarse en su cuarto; pero Lady Hopely habia insistido en que las dos *nietecitas*, así es como llamaba á Eleonora y Rosa, se quedasen en el salon para hacer los honores, y recibir al mismo tiempo á las tres Ladys, Mary, Betty y Susana Hopély, que aquella noche debian llegar de una quinta de su padre, donde habian estado mientras Lady Hopely permaneció en casa de Lady Denningcourt.

El Conde de Hopely tenia todas las buenas cualidades que caracterizan un noble escocés: las tres jóvenes, sin ser precisamente hermosas, eran encantadoras; pero todas las miradas de los concurrentes estaban fi-

jas en Miss Walsingham: ninguna tenia su belleza, sus gracias encantadoras, aquel ayre modesto, aquella elegancia en los modales, y en fin aquella bondad y juicio. ¿Quién hubiera podido creer que la bella y elegante Miss Walsingham, cuyo elogio estaba en boca de todos, era aquella mendiga que el viejo Mayor Buhanum habia tan imprudentemente introducido en su familia?

Al presente que su suerte estabá asegurada, y no teniendo cuidado alguno por lo futuro, habia recobrado toda su serenidad. El Duque de Athelano antes de salir de casa de la Condesa de Denningcourt la habia enseñado el codicilo del testamento á su favor, aunque no la cumplió la promesa de contarla las aventuras de la familia de Athelano, en cuyo punto Rosa no se atrevió á volverle á pre-

guntar nada. ¡Qué diferencia en su suerte! ahora feliz y sin orgullo gozaba de su buena ventura.

Por la noche, despues de haber subido al cuarto de Lady Denningcourt para saber cómo estaba, pensó en retirarse al suyo con Eleonora; pero ésta, pasando un brazo alderredor de su cuello, la hizo prometer que haria lo que la pidiese. "Dejadme volver sola á mi cuarto, querida mia, y bajad al salon donde todavia nadie piensa en retirarse."

Rosa, que no se atrevia á contradecirla, obedeció, y por la mañana á las seis, pensando en su querida Miss Stewart, antes de que nadie estuviese levantado en la casa de Lady Hopely, se encaminó á Leyth, á fin de abrazar á aquella muger, cuya bondad la habia sido tan útil en otro tiempo. — "Mi ama aun no está

levantada," gritó sin abrir la puertà una criada. —"Sin embargo decidla que es una antigua amiga que desea verla." — "¡Ay Dios! exclamó Mistress Steward adelantándose hácia la ventana, es la voz de Miss Buhanum." — "Tú sueñas," replicó su marido.—"Por mi vida, respondió ella, que esta voz no es de una escocesa."

Inmediatamente, Mistress Steward á medio vestir bajó al gabinete, donde halló á la encantadora Miss Buhanum; pero ya no era aquella jóven intimidada por su pobreza, desgracias y persecuciones, sino una dama del ayre mas noble, y cuyos modales anunciaban una educacion brillante así como el trato del mundo.

Mistress Steward no se admiró de ver á Rosa protegida por Lady Hopely, quien siempre la habia defendido de una porcion de enemigos que

la suscitaron Mr. y Mistress Frazer. La felicitó cuando supo que estaba tan querida de Lady Denningcourt, y fue de Mistress Steward de quien Rosa supo los pormenores de la historia funesta de aquel ódio inveterado, que existia entre la familia de los Buhanum y la de los Athelanos, orgullosa por descender de sangre Real.

Ella no habia conocido á Walacio Buhanum, pero su padre la habia dicho que aquel jóven era la gloria de su familia, y que no tenia iguàl en hermosura, talento y ánimo. Mr. Steward, que durante esta conversacion procuraba recompensar el descanso que su muger le habia turbado, fue á reunirse con las dos amigas, y cumplimentó á Rosa con aquella franqueza propia de un corazon bondadoso.

Al presente la conducta de Lady

Denningcourt no era ya un enigma para Rosa, y despues de haber satisfecho la curiosidad de su amiga, la hizo tambien algunas preguntas, y supo que la viuda Buhanum, despues de su matrimonio con Mr. Frazer, habia éste sido en todas sus empresas tan desgraciado cual pudieran desearlo sus mayores enemigos.

Él estaba cubierto de deudas, habia sido preciso que la encantadora viuda se retirase al campo, y menoscabase parte de su hacienda vendiendo el ganado, y hasta los pichones que habia criado á su mano, y la mitad de este dinero se destinó á la educacion de sus hijas, reservándose la otra parte Mr. Frazer.

Rosa se entristeció al saber la situacion de la familia de su amigo, y al mismo tiempo veía con dolor que sus hijas perderian cuantas habi-

lidades habia empezado á enseñarlas. Rosa comunico á Mistress Steward una parte de las noticias que suponia que el Doctor Cameron debia haber recibido de John Brown, y la confió la esperanza que habia concebido de ver á Mistress Frazer pasar una vida mas comoda con el aumento de su fortuna.

Mistress Steward ignoraba todo esto, sin embargo de que poco hace habia visto al Doctor Cameron, y con este motivo dijo á Rosa: "yo no tengo necesidad de deciros que cuando nos reunimos solo hablamos de vos."

Rosa guardo silencio. El Duque de Athelano la habia informado por una carta que John no habia vuelto á Jointure-Housse, de lo que ella infirió que habria venido á Edimburgo; sin embargo ella no podia persuadirse que descuidase un negocio de

tal importancia, y pensó que algun motivo secreto habia obligado al Doctor á no dar parte á Mistress Steward de este descubrimiento. En fin, despues de dos horas dadas á la amistad, Rosa volvió á Queen-Street.

Lady Denningcourt era la única que estaba fuera de la cama, y cuando vió entrar en su cuarto á la encantadora Rosa brillando con todo el explendor de la juventud y la belleza, conoció con aquella sensibilidad que animaba sus facciones, que venia de visitar algunas personas queridas á su corazon. Rosa no tenia motivos de callar nada á su virtuosa protectora, y así la habló de Mistress Steward, y no la disimuló el vivo deseo que tenia de ir á visitar á la pobre Mistress Frazer, Emma y Jessy, y el Burnsecde siempre grato á su corazon.

"Sí, querida hija: la dijo Lady

Denningcourt, lejos de oponerme á ello, ¡ay de mí! ¿por qué no puedo yo ver sin remordimientos ciertos parages que me son tan queridos como pueden serlo para vos el Burnseede? tal matorral, tal arbol, tal piedra hay que me serian mas deliciosos que el jardin de Eden. Yo no exijo de vos sino una cosa: tomad esta cartera, en ella encontrarás muchos villetes de banco, guardadlos para aliviar á Mistress Frazer, y haced ver á su avaro esposo que esta visita no será la última, á fin de que el atractivo del oro le empeñe á tratar mejor á su muger y sus hijos."

Dulces lágrimas corrian por las mejillas de Rosa, quien sentada al lado de la Condesa la miraba como en éxtasis.

"Escribid á Mistress Steward (continuo Milady) pidiendola os acom-

pañe á Castle-Gowrand, tomando un coche de alquiler, porque tal vez la apariencia del fausto mortificaria á Mistress Frazer, demasiado débil sin duda para sufrir sin amargos recuerdos el espectáculo de la opulencia." — "Oh, señora, exclamó Rosa, ¡qué ingénua bondad es la vuestra!" — "Vamos, Miss, respondió sonriéndose Lady Denningcourt, acordaos que yo no quiero cumplimientos: uno solo puede agradar á mi corazon: decidme que yo os hago feliz."

Rosa no era dueña de contener su emocion. Un sentimiento mas fuerte que el respeto y la gratitud la arrebataba hácia esta muger cuasi divina, cayo á sus pies, enlazo sus brazos alderredor de ella, sus hermosos ojos levantados al cielo se llenaron de lágrimas, y ambas lloraban teniendose abrazadas. Eleonora entro, y

fue á ponerse á los pies de su madre al lado de su amiga.

"Hijas mias, queridas hijas mias, exclamo la Condesa con una voz débil, dejadme: levantaos, llamad á Willis, yo necesito tomar el ayre, y conozco que me será imposible asistir al desayuno."

Rosa voló hácia la campanilla, Eleonora triste y abatida salió de la sala, Rosa antes de partir tuvo cuidado de escribir al Doctor Cameron que Miss Walsingham deseaba hablarle.

En Escocia bastaba que una jóven inglesa se dejase ver, para que fuese el objeto de todas las conversaciones. "Este nombre no me es desconocido, dijo el Doctor Cameron: tal vez esta dama se hallará incomodada de resultas de su largo viaje." Su coche estaba pronto, y así marchó sin detencion á casa de Lady Hopely.

Rosa estaba en su tocador cuando la anunciaron la venida del Doctor, bajó al instante, y halló el salon lleno de una porcion de gente que habia ido á visitar á Milady.

El Doctor iba despacio detrás de un criado, cuando Rosa se arrojó en sus brazos sin darle tiempo de ver que tenia junto á su corazon el objeto que mas adoraba en el mundo,

Los ojos del Doctor significaron la mayor sorpresa, sus labios temblaban, se puso pálido, luego colorado, y dejó escapar estas palabras..... "¡Miss Buhanum!"

Bien pronto sus voces se confundieron. "¡Querido Doctor Cameron!" —¡"Querida y siempre querida Rosa Buhanum! ¿sois vos? ¿de donde venis? ¡qué felicidad inesperada!" En fin, despues de haber dado algunos momentos á sus primeros movimientos

de efusion, Rosa preguntó al Doctor, si no habia visto á John Brown, y no se sorprendio poco al oir que jamas habia parecido en Edimburgo; y el Doctor se admiró mucho mas cuando Rosa le manifestó el motivo que habia tenido para enviarle á aquel John. El se extendio en seguida sobre los asuntos de Mr. Frazer, y confirmó cuanto habia dicho Mistress Steward, despues de lo cual Rosa le contó los principales sucesos de su vida desde su separacion.

El no pudo ni contener, ni manifestar los principales arrebatos de su alegría al saber el favor que disfrutaba su amiga con Lady Denningcourt y Lady Hopely. La contó los viajes que habia hecho para seguirla los pasos desde Edimburgo á Londres, acompañado de Mr. Angus, sin embargo de que entonces no juzgó á pro-

pósito nombrarle á Rosa ; y ciertamente á pesar del celo y el ardiente deseo que animaba al Doctor y su jóven compañero de viaje hubiera sido imposible al amor y la amistad , aunque provistos de los cien ojos de Argos , encontrar en Londres , ó sus cercanías una persona , que entonces estaba en el fondo de Yorks-hire.

Rosa , despues de haber manifestado al Doctor toda su gratitud , le hizo conocer su intencion de ir á Castle-Gowrand á visitar á Mistress Frazer, así como á sus hijas , y ver el Burnseede , donde si alguna vez llegaba á ser rica, se proponia levantar un obelisco en memoria de los felices momentos que allí habia pasado.

El Doctor la dijo sonriéndose, que si ella le diese licencia él sería bastante rico para ejecutar aquel proyecto ; pero añadió que tenia que co-

municarla cosas de la mayor importancia, y aunque era contra sus intereses ausentarse dos dias siquiera de Edimburgo, queria tener el gusto de acompañarla á Castle-Gowrand con Mistress Steward en su coche con caballos de posta. "No esteis tan séria, Miss Buhanum, añadió el buen Doctor, porque yo no pretendo haceros la corte, á lo menos por mí mismo." Esta seguridad restituyó su valor á Rosa: ella respetaba y amaba al Doctor como un amigo, como el mejor de los hombres; pero su corazon no estaba dispuesto á abandonarse á sentimientos mas tiernos. Aceptó su oferta con la sonrisa de la franqueza y la amistad, y como el Doctor tuvo la bondad de encargarse de hablar á Mistress Steward, ella prometió estar pronta á las cinco de la mañana siguiente.

Lady Hopely se reunió con ellos

antes que concluyesen su visita, y Eleonora preguntó sériamente á Rosa si aquel era su amante, y si juzgaba que era comparable al jóven Croack.

Lady Denningcourt y Lady Hopely propusieron aquella tarde dar un paseo en coche, ínterin las jóvenes se paseaban á pie; pero Eleonora, que jamas podia deshacerse de una cierta timidez, deseó acompañar á su madre, Lady Mary protextó que Susana no la acompañaría, pues queria ir con Miss Walsingham.

Eleonora replicó: "Rosa gusta de pasearse á pie, y tal vez lo mismo Lady Susana: en cuanto á mí, si quieren que vaya á alguna parte, prefiero ir en coche." — "¡*Si quieren*, querida mia! replicó Lady Mary, no es absolutamente necesario hacer eso. Vos podeis quedaros en casa leyendo la biblia, si os divierte esto; ó tal vez, lo

que será mejor, vernos ir al paseo. Paréceme, Lady Denningcourt, que permitireis que Miss Athelano haga una de las dos cosas."—"No, Lady Mary, respondio la Condesa algo resentida de la especie de desprecio con que se hablaba de Eleonora, yo tendria mucho placer en satisfacer el deseo de mi hija; pero yo amo su compañía, y no puedo pasarme sin ella."

Lady Susana obtuvo tambien ir en coche, Lady Mary y Lady Betty Hopely, llevando entre ambas á Rosa, fueron el blanco de la admiracion de todas las gentes. Lady Denningcourt aprovecho esta ocasion para acostumbrar á Eleonora á verse dos dias separada de Rosa, lo que no la costó poco trabajo. Por la mañana á las cinco, Rosa, acompañada de Mistress Steward y el Doctor, tomó el camino de Castle-Gowrand.

CAPÍTULO II.

El Doctor Cameron tenia siempre para su Rosa el semblante mas tierno y mas generoso. Cuando se halló sentado junto á ella en el coche la recordó que tenia cosas importantes que comunicarla, y como la presencia de Mistress Steward no le estorbaba, entró inmediatamente en materia. Díjola entonces la pasion que ella habia inspirado á Mr. Angus, é hizo nacer su sorpresa, explicándola el verdadero motivo de su viaje á Londres, donde este jóven le habia acompañado.

No era solo estimacion y confianza la que el Doctor sentia para con Rosa, sino que un entusiasmo apasionado dirigia sus acciones ó su conducta siempre que se trataba de ella. Habia dejado á Edimburgo á riesgo de perder

sus parroquianos, y tal vez su reputacion; habia sacrificado la primera y mas grata satisfaccion de su corazon, y un sentimiento muy delicado, y una generosidad muy rara habia renunciado al deseo de poseer aquella á quien amaba, para abandonarse á la noble esperanza de ver sus gracias y sus virtudes embellecer un rango que era mas digno del mérito que reconocia en ella. Un suspiro se escapó entonces á su pesar de su corazon oprimido: una lágrima de dolor corrió por sus mejillas, y la necesidad de explayar su sensibilidad triunfó de su caracter naturalmente taciturno; y aunque hablase en favor de un rival contra las inclinaciones de su corazon, detalló con energía las ventajas que adquiriria aceptando la mano de Mr. Angus, cuya pasion, añadió, estaba tan distante de perder su fuerza, que fundaba sobre la

posesion de su persona toda la esperanza de su felicidad.

Mr. Angus reunia á su clase y bienes una bella figura y mil cualidades apreciables. Su familia, cuyos brazos todos estaban en la opulencia, amaban tiernamente á este único heredero de tan ilustre casa, y estaba pronta á recibir en su seno á cualquiera que contribuyese á hacerle feliz. El Doctor suplicó tambien á Rosa que contemplase, que aceptando la oferta de su amigo no tenia preocupaciones que combatir, favores que solicitar, ni explicaciones que hacer. Mr. Angus la queria por sí misma.

"Notad, continuó él, la noble confianza de este jóven, él sabe que vos me sois querida, aunque ignora hasta qué punto, porque esto es superior á cuanto puede imaginar, y sin embargo me confia los intereses de su

amor. Conoceis á su hermana y á la mayor parte de su familia : todos son distinguidos por su amabilidad y virtudes. Vos estais hecha para ellos, y ellos para vos. Vuestro corazon es libre.... por lo menos así lo creo. Querida Rosa, (entonces sus facciones se animaron con el noble sentimiento que llenaba su corazon) demasiado querida Rosa, haced mi felicidad: decidme que sereis favorable á mi amigo."

Quince meses antes Rosa habia asegurado al Doctor que su corazon estaba libre. Pero ¡qué trastorno puede haber en el de una muger en tiempo mucho mas corto! Es verdad que Montreville era indigno de ocupar la memoria de Rosa, ella no le consagraba ninguno de los instantes que podia quitar del trato, no deseaba que se mostrase superior á su sexô: al contrario vió que el retrato de Mr. Angus, aun-

que trazado por la mano de la amistad, no estaba exagerado.

Desde que vivia en la familia de Athelano habia oido contar una porcion de rasgos que probaban el buen corazon de aquel jóven: cada dia era testigo del interés que su parentela tenia en su felicidad y su establecimiento; pero aun sentia una inclinacion irresistible hácia el indigno Montreville, cuya inclinacion se oponia á cualquiera otra. Por esto cuanto mas digno era de agradar Mr. Angus, y mas honorífica su alianza, mas Rosa se creía obligada á rehusar la mano de un hombre á quien conocia que nunca habia de amar.

El Doctor Cameron, con el corazon palpitando, los labios temblando, y los ojos bajos, aguardaba la respuesta de Rosa. Él se estremeció, é involuntariamente soltó la mano que se le habia

dejado tomar en el arrebato de la amistad mas constante, quedando en fin con una sensacion, que sería dificil explicar, oyó á Rosa declarar con seguridad que sentia todo el precio del honor que la hacia Mr. Angus; pero que la era imposible aceptar una oferta tan generosa.

El honor y la amistad habian cumplido sus deberes, el Doctor habia arengado con el celo mas vehemente que pudiera hacerlo el mismo interesado. Rosa acababa de rehusar disponer de un corazon y una mano, que le eran mas queridos que nunca: ¿cómo habia él de no abandonarse al secreto placer de sentir que aun podia amarla, y aun adorarla?

Sin embargo, ¿podia abandonar así los intereses que habia abrazado, renunciar a la esperanza de ver el ídolo de su corazon, tan ilustre por su rango

como ella era distinguida por su belleza?

Así fue como pensó el Doctor las seis horas que viajó con Rosa, cuya negativa firme le sorprendió al principio, y despues pareció haberle disgustado sínceramente. Pero poco faltó para devorarse aquella mano, que volvió á enlazar con la suya, cuando en un tono y voz capaces de volverle loco dijo: "despues de haber confesado, digno amigo mio, que mi corazon no puede tomar parte en ese plan, ¿qué pensariais de vuestra agradecida Rosa si concediese al rango, á la riqueza, fortuna é interés lo que antes rehusó á las virtudes modestas y mérito personal que os pertenecen?

El Doctor no podia hablar: dudaba si habria oido bien; y si en el estrecho distrito de un coche, donde iban tres personas, hubiese podido arrojarse á sus pies, ciertamente lo hubiera he-



cho. Pero como esto era imposible, volvió la cabeza para ocultar su emocion, guardó silencio, y dejó á las damas el cuidado de mantener la conversacion hasta que el coche se paró á la puerta de Castle-Gowrand.

El criado del Doctor hizo sonar la campanilla muy fuerte y por muchas veces, y tanto que como nadie respondiese, repitio hasta que el cordon ya viejo se rompio. El Doctor tomó el partido de bajar del coche, y aunque con alguna dificultad se consiguio abrir la puerta de modo que el coche entró en el patio. ¿Pero era aquel Castle-Gowrand aquel patio ahora lleno de matorrales, y donde antes rodaban sin cesar tantos y tan brillantes coches; y donde sobre la mas fina arena se llegaba á la entrada de una casa antigua á la verdad, pero de la mas bella apariencia. ¡Dios mio! Las ventanas en otro tiempo de-

coradas con soberbios cristales y magníficas zelosías de Venecia , y llenas de pájaros y flores de toda clase , ahora estaban cerradas , y toda la fachada de la quinta no ofrecia sino indicios de la mayor decadencia.

Rosa estaba pálida , temblando , y por el contrario el mas vivo color cubria las mejillas de Mistress Steward. La primera creyó que alguna desgracia habia ocurrido á la pobre Mistress Frazer ó á sus hijas , ó tal vez á todos juntos: la otra se imaginó que la indigna viuda del Mayor, despues de haberse burlado de todos, habia desaparecido.

Entretanto el Doctor habia entrado en la casa por una puerta de la espalda , sin que persona humana respondiese á su voz , y así llegó hasta la puerta principal , cuyos cerrojos quitó, convidando á las damas á que entrasen , diciendo era probable que se ha-

llaria gente en la casa, supuesto que en la chimenea de la cocina habia leña, un puchero arrimado y un gato muy flaco durmiendo cerca del fuego.

Rosa, que conocia hasta los últimos rincones, de la casa abrió succesivamente todas las puertas. En todas partes encontró los muebles puestos en su lugar, aunque verosimilmente sin uso, excepto los de una sala y dos alcobas, en las que vió con mucho gusto dos vestidos de los que ella habia hecho para Emma y Jessy.

Como esto era prueba evidente de que la familia aun habitaba la casa, el Doctor recordó que Mr. Frazer habia arrendado las tierras, y pensó que era posible que él y sus hijas hubiesen ido á trabajar al campo.

Rosa retrocedió de sorpresa: "¡qué decis, Doctor, la viuda del Mayor Buhanum!" — "Es la muger de Frazer,"

replicó él. — "¿Y sus hijas?" replicó Rosa con el mayor interés.

El Doctor, balbuciando, dijo: "si Miss Buhanum quiere visitar el Burnseede, el dia está precioso (y añadió con mas seguridad) á la vuelta veremos las hijas de nuestro pobre amigo." — "Yo me prometia, dijo Rosa, gozar en este viage un placer melancólico. En cuanto á la melancolía ya la tengo; pero Dios sabe todavia qué especie de placer podrá proporcionarme.

Dicho esto marcharon al Burnseede, y cada paso acordaba á Rosa memorias muy tiernas. ¡Cuántas veces apoyada en el brazo del Mayor, como ahora iba en el del Doctor, habia atravesado aquellos campos con las amables niñas, que corrian atrás y adelante, siendo demasiado locas para seguir un paso regular!.... Allí estaba la casa de la viuda Johnston, donde

habia muerto la pobre Janet Ferguson llorando á Donald, su querido hijo. Mas lejos la pendiente de aquel precipicio rodeado de árboles, cuyo bosque habia atravesado la última vez, cuando llena de temor é inquietud volaba hácia una amiga tan querida. En fin, aquel paisage encantador tal como pareció á sus ojos cuando todas las tardes le pasaba con sus jóvenes compañeras y el virtuoso Mayor, se presentó á su alma, y su emocion fue excesiva. "Pero, ¡ay Dios! dijo ella mirando tristemente los vestigios de la terrible inundacion del Burnseede, cuán variado está todo: ¡qué doloroso contraste."— "¡ Dios mio! exclamó Mistress Steward, cuánta gente veo allá á la orilla del rio." — "Es Mr. Frazer, su muger y mis dos huérfanas," dijo el Doctor.

Rosa dio un grito de alegría, y redobló el paso para volar á ellas. El

sendero que las conducia no estaba guarnecido de plantas extrañas; pero las modestas flores que tenia exhalaban un perfume delicioso.

"Mr. Frazer no carece de gusto, exclamó Rosa; pero ¿qué veo?" añadió retrocediendo.

El Doctor miró atentamente.

Precisamente en el sitio donde estaba la cabaña de Ferguson se habia levantado un pedestal de mármol con esta incripcion:

DONALD-FERGUSON
Honrado habitante
De esta humilde cabaña
Pasó
De estas solitarias orillas
Á la morada de aquel
Que es quien conocia
La pureza de su corazon,
Paz y respeto á la memoria
Del hombre de bien.

"¡Ah, Doctor! ¿sois vos quien habeis hecho levantar este monumento?" exclamó Rosa. — "Yo me lisonjeo mucho de ello para negarlo," respondió modestamente el Doctor.—¿Será aquel Mr. Frazer?.... pero no: es imposible.

"Pronto lo sabremos, dijo el Doctor, vedle allí tan ocupado en hacer alguna cosa hacia el ángulo del valle, que no repara en nosotros."

Rosa derramó una lágrima sobre la tumba, y continuaron por la senda que les ocultaba el Bernseede, cuando el Doctor y Rosa se llenaron de admiracion, y Mistress Steward exclamó: "¡cielos, qué admirable espectáculo en un pais como este!"

En medio de un grupo de árboles, que en otro tiempo cubrian los baños del estío, se veia un obelisco de mármol blanco, y sobre él una elevada pirámide.

"Ved aquí, dijo el Doctor, otro monumento levantado por una alma sensible, pero no puede ser la de Mr. Frazer."

Rosa se adelantó con precipitacion. Dos filas de sauces de Babilonia plantados entre laureles balanceaban sus débiles ramas en frente del rio, la roca que se elevaba en medio de los árboles magestuosos coronaba el sitio, y cubria el parage con su misteriosa sombra.

El Doctor, habiendo visto una muger pasar por entre la espesura, se detuvo; pero Rosa, que no atendia sino al objeto extraordinario que miraba, abanzó para mejor observarle, y entró en la arboledita.

El zócalo y final del obelisco eran del propio mármol, y como veía inscripciones en todas sus caras se acercó mas, y separó las ramas que las ocultaban.

En un paño de mármol perfecta-

mente trabajado, que bajaba desde la punta del obelisco hasta su base, se veía esta inscripcion:

Levantemos una alta columna
Sobre un cenotafio: y logre un
Héroe el honor debido á los héroes.

Mas abajo decia:

Á LA MEMORIA
DEL
MAYOR BUHANUM.

Consagró la primera parte de su vida al servicio del Rey y de la pátria, y la última á honrar á su Criador.

En uno de los lados del pedestal decia:

Á LOS MANES
DE AQUEL QUE
DURANTE SU VIDA
FUE JUSTO Y VIRTUOSO.

Pero antes de que Rosa pudiese leer la inscripcion que allí estaba grabada, la sobresaltó un profundo suspiro, que oyó detrás de ella. Una voz claramente ahogada por las lágrimas pronunció estas palabras: "¡oh, tú, el mejor de los hombres, recibe este último tributo!"

He aquí todo lo que pudo oir, y al mismo tiempo una muger de talla magestuosa, que estaba arrodillada, se levantó, caminó despacio, y pasó junto á Rosa. Llevaba un vestido de seda oscuro, un sombrerito de castor blanco, y un espeso belo cubria su rostro. Rosa experimentó una conmocion inexplicable: siguió á aquella dama, quien creyendo que venia trás ella la muger de Mr. Frazer, ó alguna de sus hijas, levantó su velo, y mirando con disgusto vió á Rosa, la cual (casi para caer desmayada) se apoyó en el túmulo. Pero apenas la dama se quitó su

velo cuando ella dió un grito, abanzó un poco, y dijo: "¡oh, mi querida Miss Walsingham! ¿sois vos?"

Dejémoslas por un instante en los brazos una de otra entregarse á las dulces emociones de la amistad, é instruyamos á nuestros lectores en algunas circunstancias de la historia de esta muger á un mismo tiempo tan interesante, tan pura, y que el cielo habia dotado de un carácter tan superior al de las demas mugeres.

CAPÍTULO III.

Sin duda se acordará el lector de que la carta que Mistress Walsingham habia prometido al Mayor cayó en manos de Mistress Frazer poco despues de su segundo matrimonio, y segun esta muger semejante carta no merecia respuesta.

La muerte del Mayor, así como los diversos sucesos que la siguieron, llegaron á noticia de Mistress Walsingham por medio de una persona que expresamente habia enviado á Escocia en busca de Rosa, cuyas noticias la habian causado tan vivo dolor que apenas le habian podido dulcificar su resignacion y su piedad. Sus remordimientos eran tanto mas penosos cuanto suponia que la idea de su muerte habria podido abreviar los dias de su a-

migo; y asimismo la imposibilidad de saber de Rosa, y la imprudente conducta de Katia, venian á aumentar la pena que sufria: su salud se debilitó, y una fiebre lenta la consumia insensiblemente.

Las cartas recibidas de Lisboa en contestacion á las que anunciaron su existencia incluian una ardiente súplica de que fuese á visitar la abadesa de la Merced, y que emprendiese este viaje, que tambien la aconsejaban los médicos. Las mismas cartas anunciaban que Don José Alvarez habia sobrevivido bastante tiempo al recibo de su carta, para dejarla con todos sus bienes el goce del caudal que su abuelo habia juntado; y así él legó todas sus riquezas al hijo de Eugenia: y como Doña Aurelia deseaba abrazar á su sobrina, se hizo acompañar en este viaje por el amigo de su padre el ca-

pitan Seagrobe, dejando en Inglaterra cuantos papeles podian comprobar la legitimidad de su matrimonio y de su hijo, cuya presencia era allí necesaria para la continuacion del pleito.

El invierno que pasó en Lisboa restableció su salud: tomó posesion de sus inmensas riquezas, y procuró aliviar sus penas con las dulzuras de la amistad.

Regresando á Londres cuando el Lord Canciller envió á un tribunal inferior las pruebas de la legitimidad de su hijo, ella no habia podido entregarse inmediatamente á los mas dulces deseos de su corazon, que eran buscar á Rosa en Edimburgo y en toda Escocia, y visitar el Burnsede, morada para siempre grata á su corazon; pero si sus negocios eran un obstáculo para esto, cedió á lo menos al deseo de ocuparse en embellecer los lugares que habia habitado, y de los que en nin-

gun paraje ni punto se habia borrado su memoria. Ella trazó por su mano el plan de los adornos que meditaba: envió sus instrucciones á Abraham Wewland, y le autorizó para hacer todos los gastos necesarios, prometiendo grandes recompensas si sus órdenes estaban cumplidas para el mes de Julio siguiente.

Abraham Wewland cumplió con celo el encargo; pero la cosa no pudo tenerse tan secreta que Mr. Frazer no lo supiese.

"La querida de vuestro primer marido, dijo él á su muger, es una loca; pero está rica, y viene á visitar estos parages."—"Yo no tengo ninguna gana de verla, ni oir hablar de ella," dijo Mistress Frazer.—"Haced lo que gusteis, dijo él, pero esta casa es mia, y quiero convidarla con ella."

Nadie en Escocia sabia mejor que

Mr. Frazer dar toda la fuerza y autenticidad conveniente á la expresion *yo quiero*, y así dando órden de que se reparáran las obras medio arruinadas por la inundacion, puso de centinela un niño en el Burnseede, con órden de que le avisase cuando llegase aquella dama.

"Pero, replicó Mistress Frazer, yo no conozco á esa muger, ni me conviene."—"Sabed, señora, que lo que puede convenir á nuestros intereses siempre es lo mas conveniente."

Ademas de que Mistress Frazer no conocia á esta muger, tenia otras razones para evitar, si fuese posible, cumplir los caprichos de su marido. La pérdida de su caudal la habia quitado los medios de presentarse. Inactiva, y habiendo pasado su vida en una frívola ociosidad, sus últimas desgracias habian debilitado el poco resorte que la dió la naturaleza. Reducida á una

sola criada, sus hijas cuidaban del cuarto de ella y de los suyos, y todos los demas estaban cerrados. Mistress Frazer aborrecia la lectura: ningun amigo deseaba su correspondencia: las obras de su sexo siempre la habian disgustado, así sufria un vacío insoportable, y solo aumentando su miseria con algunos gastillos indiscretos era como lograba salir momentáneamente de la apatía en que estaba sumergida.

Se recordaba con tristeza del cariño del digno Mayor antes de que le hubiese ofendido: pensaba despues en su seriedad, templada por la dulce indulgencia, y la inalterable bondad de su noble caracter; y en fin, los recuerdos de la desgraciada Mistress solo eran remordimientos. La fuga de su querida Katia, aquella hija que tanto habia amado, y con tanto orgullo, hacia sufrir al corazon de esta desventurada

angustias inexplicables. Arrodillada delante del retrato de su primer marido derramaba arroyos de lágrimas, y acariciaba á sus hijas, cuyo dolor no hacia mas que aumentar el suyo. Estos momentos, aunquè amargos, eran los mas dulces del dia. El resto se pasaba en escenas penosas, querellas perpetuas, y Mr. Frazer y ella se llenaban de reconvenciones, y freqüentemente á las amenazas mas humillantes este hombre se atrevia á juntar indignos tratamientos, y á golpear sin piedad á la divina Mistress Buhanum, hecha á un mismo tiempo su víctima y su inútil presa.

Emma estaba ya en edad de conocer y llorar la cruel mudanza sucedida en su familia: su alma, que auxiliada con el exemplo de una compañera querida, habia empezado á ilustrarse, era víctima de la vergüenza y el dolor que la causaban las imprudencias de una

madre y una hermana adoradas. Privada de recursos y medios para entregarse á su aficion al estudio, se destruia insensiblemente, y sus delicadas facciones ofrecian el sello y los tristes pronósticos de un fin prematuro.

La amable y viva niña Jessy, cuya encantadora figura, aunque expuesta á todas las injurias del aire, estaba embellecida por mil gracias naturales, hacia toda la delicia de Mistress Frazer, quien á causa de su actual indigencia no podia resolverse á recibir la amiga de su primer marido. Sin embargo como Mr. Frazer la habia visto desde lejos en un carruage bastante ligero, corrió á advertir á su muger de esta circunstancia, y la dijo que era conveniente que saliesen á recibirla.

Si el corazon de Emma no hubiese palpitado de alegría, si Jessy no hubiera hecho resonar la casa con sus

gritos de gozo: "¡oh mamá, es verdad!" Mistress Frazer acaso hubiera resistido la órden, aun á riesgo de algunos malos tratamientos por parte de su esposo; pero sus hijas hacia tanto tiempo que estaban privadas de toda diversion, que no tuvo valor de negarse á sus deseos.

El único criado y la única criada que tenian el honor de servir á la familia de Frazer conocieron en la agitacion de sus amos que habia alguna cosa extraordinaria, y los siguieron de lejos.

Mistress Walsingham abrazó con cariño á Mistress Frazer, y á la vista de su querida Rosa la bulliciosa Jessy echó en el rio un viejo sombrerillo de paja que llevaba colgando. En cuanto á la sensible Emma poco faltó para que se desmayase en los brazos de su madre.

"¡Ah, Katia! exclamó Mistress Frazer: ¡mi Katia, si ahora estuviese

con nosotros!" y entonces á su pesar echó á llorar.

La vista del Doctor Cameron causó tambien suma alegría á la familia, y Jessy se colgo de su cuello.

Mr. Frazer, que todavia reservaba algunas provisiones del Mayor Bahanum, convidó á todos á venir á Castle-Gowrand, y su muger dijo en secreto algunas palabras á Jessy, que corrió delante. Cuando todos llegaron ya las ventanas y puertas estaban abiertas, y aunque estaban en el mes de Julio se habia encendido fuego en todas las chimeneas.

Mistress Walsingham y Rosa no pudieron vencer su tristeza mientras la mal aparejada cena que les hizo servir Mr. Frazer. La memoria de su virtuoso amigo pesaba dolorosamente sobre su alma: se miraban sin poder hablarse; pero bien pronto, tomando por pre-

texto la fatiga del viaje, pidieron permiso para retirarse. Jessy las acompañó saltando hasta su cuarto, y detrás iba la melancólica Emma.

El aposento que se destinó á Mistress Walsingham era precisamente el mismo que habitaba el desgraciado Mayor antes de ser trasladado á Edimburgo. ¡Qué porcion de dolorosos recuerdos produjo aquel espectáculo en el corazon de Rosa, ya tan dispuesto á recibir dolorosas impresiones!

Mistress Walsingham ignoraba la causa de su emocion, y sin embargo no podia vencer su tristeza. Emma, á quien este aposento recordaba la fatal época en que su felicidad habia sido eclipsada, derramaba abundantes lágrimas: Jessy estaba sentada, cruzando sobre su pecho sus bonitos brazos tostados del sol.

Mistress Walsingham lloraba amar-

gamente. "Muy dulce me seria, querida Rosa, dijo ella, saber los pormenores de cuanto os ha sucedido despues de nuestra separacion, pero al mismo tiempo conozco que nos será imposible dejar por esta noche á nuestras queridas niñas. Llevaos á Emma con vos, yo me quedaré con Jessy: mañana podremos estar solas, y darnos recíprocamente cuenta de cuanto nos interesa. Jessy pasó los brazos al cuello de Mistress Walsingham, y dijo: "Mi papá tenia razon en decir que jamas abandonariais á sus queridas hijas: ¡ah¡ yo os suplico señora: llevaos con vos á Emma al Sur." — "¿Cómo, Jessy, quereis separaros de mí?" la dijo su hermana. — "No sin duda; pero, señora, ella dice siempre que quiere irse al cielo á hallar á nuestro buen padre, y yo aunque le amo tiernamente, prefiero todavia verla ir con vos al Sur."

Rosa, despues de haber abrazado á Mistress Walsingham, cogió la mano de Emma; pero los síntomas visibles de la enfermedad de esta bella é interesante criatura, y las penosas memorias que la recordaban cuanto veía, la causaron una agitacion que la impidió gozar algun reposo.

El Doctor, que veía con dolor el estado deplorable de la salud de Emma, se aprovechó de la ausencia de las damas para hablar á Mr. Frazer, y como le propuso conducirla con su hermana á su casa de Edimburgo, obtuvo su consentimiento; y la noticia de la inmensa fortuna que el Coronel Buhanum debia haber dejado á su familia, le puso de tan buen humor que ofreció á Jessy para que acompañase á su hermana, si su madre consentía en ello, pues aquello no era mas que una visita.

Mistress Frazer convidó aquella no-

che á Mistress Steward á pasar media hora en su compañía, y aunque esta excelente muger aborrecia su locura, no pudo negarse á darla este gusto.

La visita de una persona de su sexo era un placer de que Mistress Frazer estaba privada hacia mucho tiempo: y así no perdió esta ocasion de aliviar su dolor, depositándole en el seno de su parienta.

Ella la habló en términos á un mismo tiempo tan tristes é interesantes de su primer marido, así como de la desgracia que oprimia á sus queridas hijas, que en lugar de hacerse una enemiga de una amiga, como era su general costumbre, tuvo la felicidad de inspirar a una muger, que antes la habia despreciado, un interés y una compasion sincéras.

Mistress Walsingham quedó agradablemente sorprendida al saber que el

Doctor habia preveido sus deseos en cuanto á Emma.

"Su enfermedad no es irremediable, dijo el Doctor, y las hijas de mi buen amigo no se verán perdidas." — "Vos, Doctor, dijo Mistress Steward, no olvidareis el estado de su pobre madre." — "Por eso es, replicó el Doctor, por lo que no he propuesto sino llevarme á Emma á Edimburgo."

Mistress Walsingham elogió la prudencia y humanidad de semejante conducta. "Yo creo tambien, dijo esta amable señora, que su enfermedad no es sin remedio, y añadió sonriéndose, espero que cuando creais conveniente una consulta no os descuidareis de llamar al *Doctor Walsingham*." — "Tambien suplíco la misma gracia para el jóven *Doctor Walsingham*, dijo Rosa sonriéndose igualmente..... no os sorprendais, madama, yo pienso que no

teniais nada con la familia de Walsingham, y así cuando...." Rosa se detuvo; pero viendo que ni Mr. ni Mistress Frazer estaban presentes, continuó: "cuando ví que deshonraba el apellido de Buhanum, le dejé para tomar otro que creía no ser el verdadero vuestro."

Es imposible pintar la expresion de sorpresa que se pintó entonces en las facciones y en todo el semblante de Mistress Walsingham.

"Poco á poco, exclamó ella, dejadme cerciorar de que no estoy equivocada: no pronuncieis mas palabra, pues temo que la esperanza que eleva mi alma hasta los cielos no sea destruida. ¡Vos habeis tomado el nombre de Walsingham! ¡Oh, Dios lleno de bondad! ¿vos habeis salido de Edimburgo el último invierno? No respondais, yo no quiero oir una respuesta que no sea favorable á los ardientes

votos de mi corazon.... vos habeis viajado en el Yorkshire.... habeis emprendido curar el espíritu de una hija mal criada, empresa que ningun mortal pudiera desempeñar..... ¡Oh, querida, querida Rosa! no me interrumpais.... vos os habeis hallado con una extraña compañera..... y..... y..... " — "Ahora, dijo Rosa, voy á responderos. Todo eso me ha sucedido ciertamente, aunque me sorprende oirlo de vuestra boba; pero la extraña compañera que tuve fue mi madre, y su segundo marido...." — "¡Vuestra madre! ¿y por qué me ha dicho ella que erais una desconocida? ¡Ah! si yo hubiese sabido que no estabais en Escocia, yo hubiera estado muy cierta de que el retrato que me pintaban no podia ser sino de vos. Pero mi Rosa, mi buena Rosa, si esa indigna muger es vuestra madre, ¿por qué no os ha reconocido?"

Rosa conoció que Mistress Walsingham habia sabido algunas particularidades de la conducta de Mistress Garnet. "Yo estaba segura, dijo ella, que era mi madre; pero no quise dárselo á conocer." — "Teniais razon.... muchísima razon; pero Rosa, querida Rosa: ¿no adivinais la pregunta que quiero haceros?.... ¿no habeis tenido un peligro en cierto paraje, y entonces.... os poneis colorada, mi amable hija, mi hija predestinada.... decidme: ¿no encontrasteis tambien un jóven amable.... perfecto.... ¡Oh Rosa! permitidme ser elocuente en su elogio, y no rehuseis el vuestro al discípulo de vuestro protector, á aquel á quien os legó en su última hora, y á quien buscó en vano en Penrry....." — "¡Mr. Litleton!...." exclamó Rosa. — "Sí, Mr. Litleton: mi hijo...." — "¡Oh, mi respetable amiga! Mr. Litleton es vuestro hijo...." —

"No Mr. Litleton, sino Horacio Montreville, Conde de Gauntlet, heredero del mas respetable y antiguo oficial que hay en el reino: en fin, el mismo Horacio Litleton, favorito del Coronel Buhanum, es mi hijo."

Rosa cambió de color, y apenas podia respirar: ¡qué extraña explicacion! Mr. Litleton que habia estado á buscarla en Penrry, y Montreville tan seductor en otro tiempo, y ahora tan despreciable, eran la misma persona.... el hijo de una muger tan querida á su corazon!

"¿Sois, pues, vos, señora, dijo Rosa con voz interrumpida y casi convulsiva, sois vos quien entrasteis en Pontefract en medio de las aclamaciones del pueblo? ¿Yo he podido pasar al lado de vuestro coche, y mi corazon no os ha conocido?"—"Vuestro corazon, querida hija, estaba tal vez

demasiado agitado en aquel momento para permitir pensar en mí."

Rosa guardó silencio, y el mas vivo encarnado, y una palidez mortal se hicieron ver sucesivamente en su hermoso rostro. El Doctor no menos conmovido escuchaba atentamente; pues este jóven tan bello y tan perfecto le interesaba á su pesar. Rosa bien pronto sucumbió á las sensaciones que oprimian su corazon: ya no veía ni escuchaba, y apenas tuvo fuerzas para pedir un vaso de agua, y acercarse á una ventana, á fin de respirar el aire libre.

Eugenia, á quien ya no volveremos á llamar Mistress Walsingham, sintio toda la fuerza de una emocion que creia ser efecto solo del exceso de la alegría. Mirando á su hijo con los ojos del cariño maternal, no dudaba que hubiese hecho impresion sobre aquel jóven corazon, tan capaz de haber podido apre-

ciar las brillantes cualidades que le distinguian.

Hubo que sacar á Rosa á tomar el aire, y cuando ya estuvo recobrada, un torrente de lágrimas salieron de sus ojos.

"Si existiese una felicidad perfecta, dijo Eugenia, yo creo que la gozaría en este momento. ¡Cuánto no he gemido sobre la fatalidad que habia presentado á los ojos de mi hijo una jóven, que yo juzgaba indigna del amor que le inspiraba! ¡á qué argumentos, á qué súplicas no he recurrido en vano para curarle de una pasion en que yo veía no solamente su infelicidad, sino tambien la destruccion de un empeño sagrado, porque el hombre generoso, á quien debe mas que la vida, le ha nombrado juntamente con vos heredero de todos sus bienes! Yo estaba bien segura de que si él os hubiese visto, os hubiera amado; pues jamás

dos almas han sido mejor formadas una para otra. Rosa (añadió Eugenia con tono el mas tierno), vos sois el objeto de su eleccion, vos lo sois de la mia, y hoy veo que entre los prodigios de una vida llena de sucesos extraños, que ha hecho en mi favor la Providencia, el mayor acaso es haber dirigido las inclinaciones de mi hijo hácia una muger, que es mas querida á su madre que todas las demas mugeres, y á la que debe unirse por los lazos del honor y el agradecimiento. Pero, Rosa; yo no me atrevo á entregarme á toda mi alegría, pues temo que vuestro corazon no sea conmovido: si esto es así, mi único hijo será desgraciado"

La dignidad natural del rostro de Eugenia hizo entonces lugar á una expresion melancolica.

"Vuestros ojos, prosiguió ella, esos ojos que hablan, se apartan de los

mios, y parece no convenir con mis ideas, mientras el interés mas vivo se pinta en el de todos vuestros amigos. Si ellos quieren, continuó la virtuosa Eugenia, mandar que nuestra partida se dilate una hora, yo les haré conocer las penas de la solitaria del Burnseede: ellos no podrian oir esta historia en un momento mas oportuno, y por otra parte esta es una justificacion que yo debo á la memoria del padre de estas amables niñas.

Todos los presentes la manifestaron su gratitud por el favor que queria concederles, y se prepararon á oirla con atencion.

Eugenia les dió exacta cuenta de todos los sucesos de su vida, que ya conoce el lector; pero tal habia sido el terror y el desórden del espíritu de esta desgraciada despues de la catástrofe de Florencia, que habia olvidado

totalmente el nombre de sus protectores.

La idea de un asesinato, aunque invòluntario, hacia sufrir á su corazon tormentos inexplicables: su alma, sobre la que tenian tal imperio los deberes de la religion, aun sobre los del amor maternal, no estaba capaz de notar ninguna circunstancia particular, y cuando se vió á bordo del Yacht del Lord Denningcourt, ignoraba totalmente su destino. Es verdad que acababa de librarse de una muerte ignominiosa, pero no podia deshacerse de sus remordimientos.

El Yacht, segun hemos dicho, pereció en las costas de Escocia, y Eugenia, la única que se salvó del naufragio, temiendo y rehusando igualmente la idea de volver al mundo, se estableció en el Burnseede, donde gozaba del único reposo que por entonces la pertenecia. Aunque el Mayor se hu-

biese prohibido hablar de los negocios de la sociedad, excepto cuando le interesaban, tenia frecuentemente las gazetas en su bolsillo, y á veces leia á la interesante solitaria artículos escogidos. Precisamente el dia en que este hombre excelente queria celebrar el nacimiento de su amiga la habia dejado al despedirse una de aquellas gazetas, y Eugenia, mirando la primer columna, halló el aviso que habia hecho insertar el Almirante Herbert.

¡Qué revolucion no debió producir en sus ideas este papel interesante! Renovóse enteramente su terneza maternal: era probable que su hijo vivia aun; y aun cuando tuviese que hacer frente á una muerte ignominiosa, su vida era un pequeñísimo sacrificio en comparacion de la felicidad de ver su hijo, y verle restablecido en todos sus derechos. Pero cuando tomó la resolu-

cion de arriesgarlo todo por su hijo, no olvidó la falsedad é injusticia que habia experimentado, ni los muchos artificios con que esta querida víctima habia dado en los lazos de sus enemihos; y así mandó á Donald que hiciese venir un coche á la extremidad del parque, á media milla de su morada, y sin dar parte del objeto de su viaje, ni de donde iba, ni cuanto tiempo duraria su ausencia, hizo frente á la tempestad y á los terribles trastornos que producia, y partiendo de su soledad cuatro horas despues que el Mayor se despidió de ella, llegó á Londres sin ningun accidente.

Su primer cuidado fue buscar á Mr. Adderly: aquel hombre virtuoso lleno de años vivia aun, pero ya no estaba en la Metrópoli.... Ella no se atrevio á escribirle, y aunque ya estaban muy cambiadas sus facciones, tambien te-

mia presentarse. Despues de haber estado dos dias oculta en un barrio extraviado, pasó á Bath, donde supo que residia el digno Banquero. Por desgracia habia marchado de esta villa para ir á Devonshire á visitar á un caballero, y así no se atrevió á seguirle : de modo que pasaron algunos meses antes de que llegase al fin de sus tormentos.

Á pesar de las mudanzas que el dolor mas que los años habian causado en el semblante de Eugenia Adderly, la conoció inmediatamente. Este buen viejo, despues de haberse entregado á la alegría que le inspiraba la inesperada presencia de una amiga, que juzgaba en el sepulcro, la dijo que su esposo habia muerto, pero no de lás heridas, y que su hijo, reconocido por el Almirante Herbert, reclamaba sus derechos con toda la apariencia de feliz éxito.

"El Almirante (dijo Mr. Adderly)

me ha recompensado liberalmente los servicios que he tenido la felicidad de hacerle ; pero al presente quiero proporcionarle una felicidad que no podrán pagar las mayores recompensas, y deseo devolverle yo mismo su única hija , cuya pérdida le arranca todos los dias lágrimas bien amargas. "

El Almirante Herbert, sorprendido de ver á Eugenia, la recibió con los extremos de una alegría inexplicable. Montreville, á los pies de su madre, cubria sus manos de besos y de lágrimas ; y esta tierna madre , devolviéndole sus caricias , olvidaba en aquel momento todas sus penas pasadas. Pero poco despues , mirando atentamente el rostro de su hijo , se asombró á vista de la palidez y abatimiento impresos en su semblante , se esforzó á penetrar la causa , y su cariño y la dulce compasion que manifestaba por sus penas

obtuvieron en fin una confianza sin límites. Entonces fue cuando ella descubrió con una dolorosa sorpresa, que este abatimiento era resultado de un combate interior entre el honor y una pasion invencible.

El Coronel Buhanum en los últimos momentos de su vida habia recibido la palabra de Horacio de unir su destino al de su hija adoptiva, si ella consentia en este himeneo, y aunque la copia del testamento dejado en Inglaterra con el codicilo que le establecia heredero de sus bienes juntamente con esta bella persona habia sido robado en el saqueo de Baltimore, y aunque su fortuna era entonces muy considerable, él habia hecho infinitas averiguaciones para buscar la protegida de su bienhechor con la intencion de ofrecerla su mano antes de haber visto á aquella, á quien luego cedió enteramente su corazon.

La sorpresa que manifestó al saber que su madre conocia á la hija adoptiva del Coronel, solo puede compararse con la pena que le causó el no conocerla tambien. En fin, Eugenia, vencida por las instancias de Montreville, pasó á Pontefract para juzgar por sí misma del mérito de la que adoraba, pero no encontró sino á Mistress Garnet llorando la ausencia de Miss Walsingham, cuyo paradero ignoraba.

Esta noticia sumergió á Montreville en un dolor profundo. Eugenia, por el contrario, concilió la esperanza de que habiendo desaparecido la encantadora, que ella miraba como una aventurera, las gracias de Rosa disiparian la impresion que habia causado en el corazon de su hijo, y se preparaba á acompañarla á Edimburgo, cuando la enfermedad de su padre la detuvo en Grange-Housse. Sin embargo, deseaba

de que Montreville cumpliese la promesa de honor que habia hecho al Coronel Buhanum, le dió cartas de recomendacion, y él marchó con el designio de llevar á Rosa á Grange-Housse; mas solo llevó las noticias de la muerte del Mayor Buhanum, y la salida de Rosa de aquella familia.

Aquí acabó Eugenia su narracion, y todos los presentes la manifestaron el mas vivo interés. Solo Rosa guardó silencio: ella habia llorado al oir las desgracias de su amiga, habia participado de sus penas, estremecídose en sus desgracias, aborrecido á sus enemigos, alegrádose en fin de verla libre de tantos males, y con el feliz suceso que la habia restituido á los brazos de su padre. Pero la indiferencia que manifestó sobre cuanto pertenecia á Montreville, no pudo ocultarse á los perspicaces ojos de Eugenia.

En efecto, ¿cómo era posible que Rosa, pensando siempre en las cartas dirigidas á Mistress Woudbe, y en la firma del *adorador apasionado H. Montreville*, no hubiese opuesto la mayor indiferencia á los apasionados elogios de entusiasmo natural en favor del mas falso y mas indigno de los hombres?

Sin embargo, ¿se resolvería ella á destruir aquella dulce ilusion en el corazon de una madre? ¿Sería la primera que anunciase á la mas amable y respetable muger, que aún la estaban reservadas mas penas? "No sea asi, dijo Rosa en su interior: sepa la cruel verdad por boca de otro que no sufra como yo el doble tormento de anunciarla sus desgracias, y tener parte en ellas."—"Eugenia dijo: yo deseo, querida Rosa, que vuestro silencio sea favorable á mi Horacio; pero ya no os instaré mas: vos no sois ya la

franca y generosa Rosa, á quien conocí en otro tiempo: vuestra reserva y vuestra tibieza me parecen igualmente inexplicables. Lejos de aceptar el mas amable y virtuoso jóven, que hay en el mundo, y á los ojos del cual sois vos un ángel, parece que manifestais aborrecerle.... Yo no hablo de sus bienes, os conozco demasiado, y temeria injuriaros si hablase de esta ventaja cuando no atendeis á las otras."

Rosa guardaba el mismo silencio, y á la verdad no la era posible responder sin herir la sensibilidad de una madre, ó faltar á la verdad.

"Basta," dijo Eugenia, y ya no volvió á hablar de su hijo. Rosa estaba pronta á referir sus aventuras despues de las de su amiga; pero nadie la preguntó palabra.

Eugenia, despues de haber guardado un momento de silencio, la dijo:

"Rosa, yo soy rica: los bienes de mi padre son considerables, Horacio es su heredero, y heredero tambien de su padre, y tiene por su parte un caudal considerable, y libre de cargas."

Rosa pareció sorprenderse, y exclamó: "¡Dios mio! es posible que la vergüenza no ha podido...." y se detuvo. "¡Qué vergüenza! replicó Eugenia, ¿á quién haceis alusion.... otra vez volveis al silencio? Sea en buen hora; pero creed que no era la vanidad la que me obligó â hablaros de mi fortuna, mi única intencion era haceros saber, que cuando vos quisiereis me hareis dichosa participándola conmigo."

Jamas Rosa conoció mejor que en aquel momento la felicidad de estar bajo la proteccion de Lady Denningcourt, porque jamas hubiera aceptado recursos pecuniarios de la madre del rico Montreville. Solo esta idea heria su delica-

deza. Ella no sabia de qué modo responder á la respetable muger, para quien su corazon tenia siempre el mismo cariño, cuando vino á librarla de esta duda la noticia de que los coches estaban puestos. Así este encuentro tan inesperado, que era el objeto de todos sus votos, y que miraba como el fin de todas sus desgracias, terminó por un lado con la frialdad, y por el otro con el enfado.

Luego que salió Eugenia manifestó Mistress Frazer la mayor veneracion hácia una muger, á quien antes habia calumniado, y comenzó á hacer su elogio. El Doctor habló de ella con admiracion: Mistress Steward dijo que la miraba como la muger mas asombrosa que habia en el mundo; y todos la siguieron con la vista mientras se acercaba el coche muy despacio, llevando de la mano á Emma, seguida de Jessy.

Rosa, que casi habia olvidado el encargo de Lady Denningcourt, cogió su cartera cuando ya estaba cerca del coche.

"Eso está ya hecho," dijo Eugenia en voz baja. — "¡Ah, señora! replicó Rosa, yo no soy mas que un agente de un corazon tan generoso como el vuestro." — "Mi corazon, Rosa, está realmente lleno de cariño para vos." — "¡Oh, cómo podré dudar de ello, exclamó Rosa enternecida!" — "Sin embargo sois reservada, y no os atreveis á fiaros de mí."

Rosa guardó silencio.

"¡Obstinada é inexorable jóven! exclamó Eugenia: venid, Emma, nosotras no llevaremos á Rosa á sus amigas." Entonces subió en su coche, mientras que el Doctor Cameron y sus dos compañeras se colocaron en el que habian llevado á Castle-Gowrand.

Cuando perdieron de vista á Mr.

Frazer, que se deshacia á cortesías, y tambien á su muger, que quedaba llorando, oyeron todavia la voz de Jessy, que gritaba con todas sus fuerzas: á Dios, á Dios. Mistress Steward, preguntó á Rosa: ¿cómo era posible que en la narracion que la habia hecho de sus aventuras hubiese olvidado darla estos detalles de las perfecciones de un jóven tan completo como el hijo de Eugenia?

Rosa respondió, que el hablar de un hombre que la habia librado de un peligro no era necesario hacerlo con todo el entusiasmo que inspira la terneza maternal.

"¡Feliz el hombre, exclamó el Doctor, era pues él!....." Añadió Mistress Steward: "yo digo como el Doctor, ¡feliz el hombre! pues imagino que es el objeto de vuestra eleccion" —"No," respondió Rosa con firmeza.

El Doctor Cameron se colocó per-

fectamente en su asiento : "¿ Se parece á su madre?" preguntó Mistress Steward.—"Esta semejanza no me ha chocado ; pero sus ojos son los suyos , y tiene tan bella figura como ella."—"¿Es muy gallardo mozo?" —"Sí." —"¿Completo?" — "Me parece que sí." — "¿Y con todo eso , querida mia?....." — "Con todo eso , Mistress Steward no es el objeto de mi eleccion." —"¡Qué bello está el camino!" dijo el Doctor Cameron.

Como ya era muy entrado el dia no tomaron sino una friolera despues de haber pasado el bac.

Eugenia , cuyo coche caminaba emparejado con el del Doctor, iba séria, y Rosa , aunque silenciosa , llena de amabilidad.

Como debia ser muy tarde cuando llegasen á Edimburgo , Eugenia dió las señas de su casa, señalando á Mont-

gomeric-Street, y Rosa al recibirlas la dió las suyas para casa de Lady Hopely. El Doctor tomó á Emma á su lado, y cuando llegaron á la entrada de Edimburgo se separaron los coches.

Rosa, que habia callado en todo el camino, empezó á llorar luego que perdió de vista el coche de Eugenia.

Algunos instantes despues llegó á la puerta de Lady Hopely, y apenas entró en la casa cuando esta dama corrió á ella con un semblante tan triste, que Rosa exclamó: "querida Milady, yo tiemblo de preguntaros...." — "¡Ah, mi querida! respondió Lady Hopely, yo tengo una funestísima noticia que daros: nuestra pobre niña está mas loca que nunca; ya no quiere ver á su madre, y tememos que os ha tomado ódio tambien á vos."

Rosa sin oir mas voló al cuarto de Eleonora, y se sorprendió tanto como

se afligió, viendo que los temores de Lady Hopely se habian verificado. Eleonora se desvió de ella con disgusto, se retiró á un cuarto inmediato, y absolutamente no quiso verla.

"Yo deseo sinceramente, dijo Lady Hopely, que Lady Denningcourt, si este acceso continúa, la haga poner en una casa de las destinadas á recibir los que han perdido el juicio; pues de otro modo la desgraciada jóven causará la muerte de su madre."

Rosa corrió entonces al cuarto de Lady Denningcourt, á quien halló con los ojos llenos de lágrimas y el rostro pálido, hablando á una muger anciana, cuyo rostro tenia los mas vivos colores, al paso que sus cabellos eran blancos como la nieve, y que parecia escuchar con atencion y el mayor interes los discursos de aquella madre desconsolada.

"¡Oh, mi querida Miss Walsingham, exclamó Lady Denningcourt, mi desgracia es completa, si es verdad que Eleonora os ha cobrado aversion."

Rosa lloró al oirlo.

"Aunque el Doctor, continuó ella, supone que vuestra ausencia ha contribuido á su peoría: él no sabe qué pensar de una mudanza tan repentina; por otra parte su locura es metódica: dice que todos la engañan, y solo es accesible para Betty."

Mistress Moggy-Mac-Laurin añadió que por dos veces la habia sorprendido ocupada en contar su dinero, del que tenia una buena porcion; y entonces observaron por la primera vez, que á pesar de la inclinacion que tenia al dinero, en sus momentos de locura jamas gastaba nada de él.

Su madre, esperando darla algun alivio en lo que mas parecia desear, la

habia regalado un bolsillo con muchas guineas, y ella, aunque le tomó, observó la propia conducta.

El Doctor, creyendo que el trato podia haberla empeorado, fue de parecer que la sacasen de Edimburgo, lo cual Lady Hopely dispuso hacer cuanto antes; y como habia dejado en Denningcourt las criadas, rogó á Moggy-Mac-Laurin, de quien podia fiarse, que ayudase á Betty.

Rosa se lisonjeaba de que este acceso se disiparía como los otros, pero el Doctor dudaba mucho de confirmar esta esperanza. La desgraciada Eleonora comia, bebia y aparentaba tranquilidad, pero constantemente rehusaba presentarse en la sala, y no queria ver sino á Betty.

Unos síntomas tan extraordinarios condujeron naturalmente á examinar su conducta anterior. Aunque la par-

tida de Rosa parecia que la habia disgustado algo, sin embargo no habia perdido nada de su alegría. Habia permanecido en el salon con las hijas de Lady Hopely, y en seguida habia pasado con Susana á la biblioteca para ver algunos libros nuevos. Por la tarde no habia querido ir á paseo, y cogiendo uno de aquellos libros, y otro Lady Susana, habian atravesado juntas la calle para dirigirse al campo. Lady Susana, entretenida en su lectura, se adelantó algunos pasos, y oyendo un grito volvió, y vió á Eleonora que habia dejado caer su libro, estaba pálida, y apenas podia sostenerse. Corrió hácia ella, y observó que á algunos pasos habia varios hombres mal vestidos, pero ninguno tan cerca de ella que pudiese haberla asustado. Eleonora rehusó decir la causa de su accidente, y Lady Susana, mas asustada que

ella, envió á la camarera, que las acompañaba, á que llamase gente de la casa, y solo la vista del Doctor á quien ella temia pudo determinarla á retirarse.

Lady Hopely sentia mucho separarse de sus amadas huéspedas; pero Lady Denningcourt habia resuelto regresar á Jointure-Housse, á fin, decia, de no molestar á sus amigos con el espectáculo de tal enfermedad. Era posible que su hija se restableciese, pero tambien podia tener una recaida en Athelano, donde se hallaba el Duque, quien á aquella sazon acostumbraba á dar magníficas funciones. Esta sensible madre sentia que Miss Walsingham quedase burlada en sus esperanzas; pero decia que estaba resuelta á expiar la falta que habia cometido, privando tan largo tiempo á su hija de los cuidados maternales, y así queria consa-

grarla todos los instantes de su vida, fuese cual fuese su destino. Esperaba que esta triste perspectiva no espantaria á Miss Walsingham, pues confesaba que la sociedad era como parte de la amarga copa de sus aflicciones.

El mundo no tenia para Rosa mas encantos que para Lady Denningcourt: ella no podia ver sin la mas viva afliccion, mezclada con un gran respeto, á una muger tan bella, tan amable, y casi en la primavera de su vida, darse así á la tristeza; por lo cual declaró con la mas dulce sensibilidad que cifraria toda su gloria en dulcificar las aflicciones con que el cielo habia querido regalar á su virtuosa protectora.

Esta noche, así como las pasadas, Eleonora no quiso que nadie se quedase en su alcoba, y Betty se retiro al gabinete inmediato. Como la enferma habia dormido muy bien la noche an-

terior, se tuvo con ella la misma indulgencia, limitándose á la precaucion de cerrar muy bien las ventanas.

Al principio se quejó de esta operacion, pretextando que esto la privaba del ayre; pero como la parte superior de la ventana quedaba perfectamente libre, no insistió en sus quejas.

Por la mañana Rosa deseó ir á visitar á su amiga Eugenia; pero la fue imposible ejecutarlo, porque Lady Denningcourt estaba indispuesta, y muy deseosa de saber de Eleonora, que ni queria abrir la puerta ni hablarla.

En medio de esta afliccion doméstica, á la que Lady Hopely sacrificaba todas sus visitas, hubiera sido poco conveniente á Rosa hacerlas, ni recibirlas, y así escribió su escusa á Mistress Steward, el Doctor y Emma, y solo despues de haber mojado con sus lágrimas muchas hojas de papel, fue

cuando consiguió acabar una carta para Eugenia, diciéndola sencillamente que una desgracia doméstica ocurrida en la familia con quien vivia la impedia visitarla. La suplicó que la conservase en su cariño, y que la compadeciese por verse obligada á cerrar su corazon á una amiga que la era tan querida. Á esta carta recibió la respuesta siguiente:

"QUERIDA ROSA:

"No he podido descansar desde que nos hemos separado; pero á bien que ya estoy acostumbrada á buscar en vano el sueño. Sin embargo, veo que debo atribuirlo ahora á una nueva causa: el tiempo probará si es razonable. Las cartas que he recibido esta mañana me obligan á ir á Londres: mi coche está pronto, y solo aguardaba para ponerme en camino vuestra visita ó vuestra

carta. Decidme si continuaré escribiendoos á casa de Lady Hopely, y contad con que no tardareis en recibir carta de vuestra eterna amiga

E. MONTREVILLE."

Rosa la respondió por un villete, suplicándola dirigiese sus cartas á casa de la Condesa de Denningcourt.

La noche venia á concluir este dia que habia quitado toda esperanza del restablecimiento de Eleonora. Rosa pasaba despacio por delante de su puerta para ir al cuarto de Lady Denningcourt, cuando Eleonora se presentó delante de ella, y la dijo : *Rosa, me habeis engañado, pero os perdono*, é inmediatamente cerró su puerta. Rosa siguió su camino suspirando, y acompañó á la Condesa hasta que le pareció dispuesta á gozar algun descanso : entonces dió una ojeada hácia el cuarto

de Eleonora, y se retiró al suyo.

Por la mañana á las seis la cocinera se sorprendió mucho al barrer la escalera, viendo entreabierta la puerta de la calle; pero como en Edimburgo es tan exacta la policía, que apenas se oye decir que se cometen robos por la noche, creyó que sería olvido el no haberla cerrado, y no dijo nada. Antes de las ocho toda la casa se puso en movimiento por los gritos y estrépito que salian del cuarto de Betty.

Lady Denningcourt, cuya inquietud la tenia desolada, fue la primera que los oyó, y Rosa, que estaba leyendo junto á una ventana, corrió inmediatamente. Ambas fueron al cuarto de Eleonora espantadas por el presentimiento de alguna desgracia, y hallaron á Betty encerrada por la parte de afuera en su gabinete.

"¿Qué capricho ha sido éste, que-

rida hija mia," dijo Lady Denningcourt acercándose al lecho de Eleonora, cuyas cortinas estaban descorridas; pero Eleonora ya no se hallaba.

Lady Denningcourt cayó desmayada en el suelo, y Rosa llena de mayores temores corrió de cuarto en cuarto llamando á su querida Eleonora; pero nadie la respondió.

En esta confusion general la cocinera descubrió el secreto de la puerta. Entonces seguramente se aumentaron los temores del paradero de Eleonora. Salieron por todas partes los criados á buscarla; pero mientras que Rosa llevaba aguas espirituosas á Lady Denningcourt, que apenas volvia de un desmayo caía en otro, y mientras todas las señoras estaban esperando la mas horrible catástrofe, uno de los criados de Lady Hopely presentó un pañuelo de bolsillo y un guante, dentro del cual

habia un paquete de papeles, cosas que sin duda dejó caer Eleonora en la escalera. La lectura de estos fatales escritos descubrió todo el enigma, é hizo ver que por aquella vez la locura de Miss Athelano habia sido fingida.

CARTA PRIMERA.

"Mi querida Eleonora: Estoy tan contento, que no sé cómo escribiros. Hoy os he visto en Clary Cross; pero vos no me habeis conocido. Si podeis abrir vuestra ventana luego que oscurezca, y dejar caer un cordon con un peso que le sujete, yo ataré una carta, que recibireis por este medio. Yo no me expondré á deciros mas."

CARTA SEGUNDA.

"¡Oh, mi tierna amiga! Es la Providencia ó el amor quien me ha dado la idea de poner mi carta dentro de

vuestro libro, hallando el modo de deciros cuanto he padecido despues que os arrebataron de mi compañía. He sido enviado con desprecio á casa de mi padre, quien como ya sabeis, mi dulce amiga, no tiene corazon de padre: me ha tratado como un malhechor, teniéndome encerrado á pan y agua. En seguida dos hombres me han conducido á Londres en un coche, y entonces me alegré, porque pensaba ir á Cumberland; pero ¡oh, mi eterna amante! ellos me llevaron á la carcel.... Mi propio padre hizo un juramento contra mí, y juró que yo habia contraido deudas: sin embargo, él pagó mi pension; pero ¿qué era esto para mí, ni qué me importaria una corona de oro privado de vos? Logré la libertad por un sargento que reclutaba para su compañía. Antes que mi padre lo supiese pagó mis supuestas deu-

das, y me llevó con él. En el momento en que os vi me disponia á desertar, aunque supiese me costaba la vida; porque ¿qué es la vida sin mi Eleonora? Ahora os hallais en un país donde podreis hacer cuanto quisiereis. Acordaos de lo que habeis prometido á un hombre que no tiene en la tierra mas bien que vos: jamas volveremos á tener tan buena ocasion, y yo antes quiero perder la vida que perderos. Yo me aguardaré aquí detras de la pared hasta que me echeis vuestra respuesta, y como vengo proveido de papel y tintero puedo escribiros al instante á la luz del farol."

CARTA TERCERA.

"¡Dios omnipotente bendiga á mi querida Eleonora! Yo rogaré por vos dia y noche. No se me piden sino treinta esterlinas: lo que vos me habeis

echado es mucho mas de lo que necesito. Voy á hacerlo al instante. Dios bendiga siempre á mi constante amiga."

CARTA CUARTA.

"Todo está preparado: he comprado los vestidos y los traigo actualmente. No es esta la vez primera que me habeis hecho semejante servicio. La silla estará pronta á las cuatro en punto. Si saliésemos antes llegariamos demasiado temprano al lugar de la cita. Allí encontraremos un Ministro y nos pondrémos en camino."

CARTA QUINTA.

"Ya es tiempo, tomad prontamente la ropa.... Es precisamente del mismo color, y vos sois poco mas ó menos de la talla de esta muchacha.... Tiemblo de pies á cabeza."

Figúrese, si es posible, el asom-

bro de las damas á la lectura de estas cartas.

"Yo me acuerdo, dijo Lady Susana, de que un soldado pasó cerca de nosotras en nuestro último paseo." — "Segun eso, dijo Lady Mary, Miss Athelano es realmente....." Una mirada de su madre la impuso silencio.

"Mi querida Condesa, exclamó Lady Hopely, ¿qué haremos en estas circunstancias?"

Lady Denningcourt recobró en fin sus sentidos. No estando ya aterrada por aguardar la fatal nueva de la muerte de su hija, miró su fuga como un suceso que la libraba del temor de mayor desgracia.

"Recomendad, dijo ella, el secreto á todos mis criados, á fin de que una accion tan culpable no pueda imprimir nota sobre vuestras amables hijas ni mi Rosa. Aquí no hubo locura

alguna, es una accion premeditada, ya he tomado mi resolucion. Jamas me decidiré á aliarme con Croack, ni con gente de su especie. Mi desgraciada hija no hubiera podido gozar ninguna satisfaccion á mi lado, ni al de ninguna de las personas de nuestro rango. Voy á darme priesa á señalarla bienes libres; pero bajo la condicion de que si tiene hijos, como éstos deben ser mis herederos, yo quiero encargarme de su educacion. En la amargura y el dolor concebí esa infeliz hija: ella no puede sentir el menor afecto para una madre, á la que mira como el ser que la ha privado de cuanto amaba: yo lo senti; pero mi deber me mandaba prodigarla todos mis cuidados. ¡Oh, mi Rosa! ahora todo mi consuelo reside en vos: vos me sois mas querida de lo que puedo deciros. ¿No me abandonareis?" — "Nunca, nunca," ex-

clamó Rosa abrazando sus rodillas. — "Yo seré la fiadora," dijo Lady Hopely, contentísima de ver que una desgracia, que debia producir un efecto funesto en el corazon de su amiga, fuese recibida con tanta resignacion. "¡Nunca, mi querida Rosa! dijo Lady Mary: nunca es un término demasiado vago para empeñar así vuestra libertad. Yo apostaré cuanto se quiera á que.... "No perdamos el tiempo en vanas conversaciones, respondio Lady Susana: nosotras vamos á ser la burla de todo Edimburgo." — "Por eso mismo es necesario partir antes de las fiestas," interrumpio Lady Mary.

La Condesa de Denningcourt se afligió al oir esto, pues conocia demasiado bien á sus amigas para creer que tuviesen necesidad de satisfacerse de semejantes discursos: inmediatamente mandó á sus gentes que se dispusiesen

para el viaje. Lady Hopely hizo otro tanto, y estrechó á su amiga para que la acompañase á Hopely; pero como Lady Denningcourt estaba resuelta á no ir á Athelano, y deseaba consultar al Duque antes de efectuar algun arreglo sobre el asunto de su hija, rehusó este convite: la buena Mistress Moggy-Mac-Laurin siguió en la silla del Doctor, y como iban en posta llegaron el tercer dia á comer á Jointure-Housse.

CAPÍTULO IV.

Los esfuerzos de Rosa para alejar de la Condesa las funestas ideas que sin cesar la acometian tuvieron un efecto superior á sus esperanzas. Ella tenia tantas anécdotas interesantes que contarla, que estaba segura de fijar la atencion de su protectora. Los menores detalles pertenecientes al Coronel Buhanum, el mas ligero fragmento de sus cartas fijaba su alma enteramente. Rosa obligada á hablar de sí propia, no pudo menos de nombrar á su pesar á Montreville, y una vez soltada esta palabra no la fue posible recogerla, y tuvo que contar su historia y la de su madre.

"Mi querida hija, exclamó la Condesa sorprendida, ¿qué es lo que me contais? ¿será un sueño de vuestra imaginacion naturalmente viva y bri-

llante?" — "¡Un sueño!" repitió Rosa poniéndose colorada, por pensar que Lady Denningcourt conocia á Montreville. — "Esto me parece tan extraordinario y tan increible, continuó Milady, que apenas puedo persuadirme á que hayais hablado de hechos verdaderos. ¡Como! ¿vivirá todavia la madre de ese joven? ¿se libraría del naufragio? ¿habrá vivido tanto tiempo en un campo de la Escocia? Mi padre, así como el último Conde de Denningcourt y yo tuvimos la felicidad de ser los protectores de esa señora tan ultrajada." — "¡Vos, Milady! ¡Dios mio, vos estais ligada con todo lo que hay mas puro y mas virtuoso en la tierra! Vos tomais una parte activa en todas las buenas acciones." — "No siempre, mi querida; pero esta es una felicidad que no podia esperar, y os debo agradecer que me la hayais participado. Yo

me intereso mucho en el éxito de ese pleito."

Cuando llegó el coche á la puerta de Jointure-Housse, Lady Denningcourt creyó que el Duque segun su costumbre hubiera salido á recibirla, porque ya debia haber llegado el expreso enviado para comunicar su regreso; pero antes de que hubiese tenido tiempo de manifestar su sorpresa halló sobre su mesa sus proprias cartas cerradas; prueba evidente de que el Duque de Athelano habia salido de la quinta.

Mistress Moggy-Mac-Laurin volvió hácia ella diciendo: "por mi vida, Milady, yo os aconsejo que vayais á Athelano." — "¡Como! ¿mi tio ha regresado?" — "Sí señora." — "¿Y mi sobrina?" — "Allí está tambien." — "¿Y Marta Bruce?" — "¡Oh! ¿como podeis dudarlo? ella siempre sigue á Miss Angus como una sombra.

Lady Denningcourt no podia volver de su sorpresa. Segun todos los cálculos aquel dia era precisamente el baile *al fresco*, que debia terminar las fiestas indicadas para las bodas del jóven Delworth con Miss Mushroom. Llamaron inmediatamente á la conserge de la quinta; pero como dijo que solo sabia que las bodas no se habian verificado, es necesario instruir al lector de las causas de este singular suceso.

Infausto fue sin duda alguna el dia en que se vieron llegar á Delwort-Housse dos expresos, el uno para la bella Condesa, y el otro para Sir Salomon Mushrom, siendo el portador la persona de Mr. Josiah Turgid su abogado. Este hombre de una habilidad consumada, y que en varios recuerdos personales hallaba materia para sospechar alguna mala aventura, habia puesto tanto cuidado en los negocios de su cliente, que

habia llegado á proporcionarse una copia de la acta de renuncia, firmada del Conde y la Condesa, por la cual uno y otro abandonaban aquellos mismos bienes, y aquel mismo título, por el cual Sir Salomon estaba cerca de dar ochenta mil libras esterlinas. Como el tiempo en que el Conde debia denunciar su dignidad de *Par* se habia fijado al dia décimo cuarto despues que su sobrino hubiese probado su legitimidad, y como ésta estaba ya reconocida, Mr. Turgid habia tomado el modo mas expedito de informar á Sir Salomon de todo el negocio.

Los que han visitado la casa de fieras de Londres, y han oido rugir al temible rey de todas ellas cuando teme que se le escápe la presa, tendrán una idea exacta de la postura é imprecaciones del caballero cuando Mr. Turgid le dió tan fatal noticia. Pero ni el furor

de ninguno de los habitantes de aquella célebre casa puede tampoco igualarse al de la bella Condesa cuando el honorable caballero Mushroom fue á pedirla con orgullo la explicacion de una conducta tan extraña.

El expreso que Lady Gauntlet acababa de recibir de Londres la habia traido una noticia no menos infausta. El Almirante Herbert, habiendo pedido al rey una audiencia particular, la habia obtenido, y sin usar de ningun disfraz habia explicado al monarca todo el fondo de este negocio.

La pension últimamente concedida á la bella Condesa sobre el vireinato de Irlanda fue revocada, y el Ministro recibió órden de escribir á Milady que procurase persuadir á su marido que hiciese dimision de todos sus cargos, y que ni él ni ella volviesen á presentarse en la corte.

El caballero Mushroom, que ignoraba esta circunstancia, atribuia la repentina mutacion de semblante á las crueles reconvenciones que acababa de hacerla; y no se sorprendió poco al verla repentinamente transformada en furia echando espuma por la boca.

¿Quién hubiera imaginado, señora, dijo Sir Salomon ya con mas dulzura, que vos me hubieseis abandonado con tanta perfidia? Yo que he manifestado tanto zelo por vuestros intereses, que he expuesto mi reputacion, mi honor: que...."—"Que habeis escrito esta execrable carta," exclamó la Condesa con un acento infernal, enseñándole la minuta de la carta que él habia escrito á Montreville, pieza que el caballero confió á Carlota, y ésta á su madre.

Sir Salomon rechinó los dientes, un sudor frio cubrió su rostro interin que la Condesa en su furor le hacia la lar-

ga enumeracion de los crímenes que habia cometido durante su vida, sin que ni una sola fecha, ni un solo hecho se la olvidase: y cuando se retiró dejó al pobre Sir Salomon con la boca abierta, sin poder apenas tenerse en pie, é incapaz de dar un paso. En esta situacion fue en la que le hallaron Mistress Fewersham y Miss Mushroom.

"¡Cómo, pues! exclamó Mistress Fewersham sorprendida: ¿qué teneis? ¿estais malo?"—"En verdad, Mistress Fewersham, dijo Miss Mushroom, vos estais siempre dispuesta á sospechar en toda causa extraordinaria." —"Carlota, dijo Sir Salomon, es preciso prepararos á abandonar esta casa: acabais de libraros de vuestra ruina, y á no haber sido por mi amigo Mr. Turgid...."— "¿Qué decis, tio? ¿ignorais que ese Turgid es un entremetido y fastidioso personage?"—"Carlota, no

os casareis con el hijo de Lady Gauntlet." — "¿No me casaré? ¡Cómo! ¿no me casaré con el Lord Delword?" — "No: no os casareis con él, y preparaos á dejar al instante esta casa." — "Por mí, dijo Mistress Fewersham, aunque la casa es bastante agradable, no me pesará dejarla, porque suelen hacerse en ella ciertos juguetes." — "¿No sentireis dejarla? dijo agriamente Carlota: ¿quién piensa en vuestros placeres ó vuestra tristeza? Mi tio no os consulta." — "Os lo repito, Miss, interrumpió el caballero, preparaos á partir inmediatamente." — "¡Partir, Dios mio! ¡ojalá viera ahorcado á ese Mr. Turgid! Yo no quiero, ni puedo marchar. Lord Delworth y yo desde que estamos en el campo...." — "Chiton, chiton, exclamó Mistress Fewersham." — "¿Qué dice ese escorpion?" gritó Sir Salomon. — "No, señora: yo

no callaré: Lord Delworth es un hombre de honor, é irrevocablemente estamos unidos uno á otro." — "¿Se casará con vos sin dinero?" — "¡Cómo, tio! ¿pensais que yo tenga necesidad de hacerle semejante pregunta?" — "En efecto, Sir Salomon, dijo Mistress Fewersham, que esa sería una extraña pregunta."

En este momento Miss Mushroom, que tenia mucho talento, acordándose de las mil y una circunstancias en que las heroinas de novelas jamas ceden, tomó un aire de dignidad, y dijo: "sea lo que fuere, señor; mi honor y mi corazon no dependen sino de mí. Yo he empeñado uno y cedido otro; así, señor, aunque siento muchísimo ofenderos, debo deciros que sostendré mi palabra." — "¿La sostendreis?" — "Indudablemente." — "Segun eso indudablemente morireis de hambre." — "¡Cruel

tio! ¡Desgraciado Delworth! ¡pobre Carlota!" y aquella beldad sin honor se cubrió los ojos con su pañuelo, salió inmediatamente, y poco despues se la vió pasar por delante de la ventana apoyada en su amante. "¡Pobre niña! dijo Mistress Fewersham, esto no debe sorprenderos, Sir Salomon: no podeis suponer que su corazon cambiase con tanta facilidad como vos atais ó desatais los cordones de vuestro bolsillo. Ella ama.... pero, ¡Dios mio! ¿Sir Salomon, qué teneis?

La figura de Sir Salomon estaba desconocida. Su cutis habia tomado un color verdinegro, sus ojos estaban fijos, y su respiracion precipitada: Mistress Fewersham llamó á los criados para que le llevasen á la cama. Lady Gauntlet no se dignó entrar en su cuarto; pero por dos médicos que se llamaron supo que la enfermedad del caba-

llero era una gota retrograda al estómago, y que verosimilmente no viviria hasta la mañana.

El Conde y la Condesa de Gauntlet, que durante su esplendor habian frecuentemente estado empeñados, no podian sin estremecerse ver cual se escapaban de sus manos su caudal y sus títulos. El destierro, la prision y el desprecio público era una perspectiva horrible para una muger del carácter de la Condesa.

Un pensamiento se apoderó inmediatamente de su espíritu: la muerte de Sir Salomon podia serla útil, y en virtud de esto ensayó la leccion á su hijo el Lord Delworth: y este jóven bien pronto fue á protestar delante del moribundo caballero que le era imposible dejar á su querida Miss Carlota, y asimismo la alcoba del enfermo.

En cuanto á Mistress Fewersham,

se apoderó de la cabecera de la cama, y toda la noche estuvo tan atenta y exacta en hacer ejecutar la órden de los médicos, que por la mañana se disiparon los terribles síntomas: Sir Salomon se halló mejorado, y declaró que debia la vida á la espirituosa Mistress Fewersham.

Aunque él no preguntaba por Miss Carlota, sin embargo, Mistress Fewersham creyó que era conveniente irla á visitar; pero se sorprendió viendo vacío su cuarto, fuera sus ropas, y Mistress Persian que se lamentaba de que una peluquera tan excelente como ella, una muger que no tenia igual en los tres reinos en cuanto á poner el colorete en el rostro de una dama, se hubiera abatido hasta el punto de servir á la hija de un simple caballero que acababa de fugarse con su amante sin dignarse de participarla el secreto.

"Hay mil ejemplos, decia con toda seriedad el repostero, de señoritas que se han hecho robar, sin decir una palabra á sus criadas; por ejemplo, ese viejo demonio de Mistress Woudbe."— "¡Viejo demonio!" repitió agriamente Mistress Fewersham.—"Y bien (continuó él) ese jóven demonio, pues así lo quereis, marchó ayer por la tarde con las jóvenes Miss, Madama la Roselle, despues el Mayor, y luego Mistress Modely y Milady la Condesa. Parece que el diablo se los ha llevado: en una palabra todos han desaparecido, sin que ninguno de nosotros lo supiese. Por mi parte, añadió, yo he salvado de este naufragio general una bonita pacotilla: todos mis camaradas han seguido mi ejemplo, y no tenemos motivo de sentir la pérdida de uno ó dos años de salario que nos debian; pero compadezco á las criadas de Mi-

lady, si no han podido hacer otro tanto.

Mistress Fewersham corrió á comprobar la relacion del repostero. En efecto, este gran suceso se habia verificado la víspera por la tarde, cuando los pintores, escultores, sastres, reposteros y cocineros que habian sabido que la boda no se verificaria, habian empezado á murmurar, y á pedir con bastante insolencia sus salarios.

¿Qué podia hacer Mistress Fewersham en una posicion tan crítica? Sir Salomon estaba mejor, pero demasiado débil todavia, para que sin peligro pudiese participarle semejante noticia. El respetable Mr. Brundenel, que acababa de llegar de Londres con un permiso especial para casar la jóven pareja, habia quedado en la quinta precisamente por la misma causa que habia hecho salir de ella á muchos, y se hallaba sin dinero, así para volver

á la ciudad como para pagar á sus acreedores.

En este apuro, asustada Lady Emilia del tumulto, recurrió á la proteccion del Conde de Denningcourt y el Duque Athelano; el dinero de uno y las bellas promesas del otro llegaron á disipar aquella canalla sublevada.

La boda, el carnabal, los bailes *al fresco* habian desaparecido, y el Duque habia tambien llevado á su sobrina y Miss Bruce á Athelano, desde donde se proponia escribir á Lady Denningcourt.

Esta historia contada por el Mayordomo, causó una verdadera sorpresa á Lady Denningcourt y á Rosa, la que fué á mudarse ropa seguida de Mistress Brown.

"¡Dios mio! Miss Rossy, ¿hay en el mundo criatura mas desgraciada que yo? ¿Quién me hubiera dicho que

Miss Athelano me habia de haber engañado huyéndose con ese miserable Jackey Croack, á quien Dios confunda? Y mi necio marido, ¿cómo ha podido resolverse á ir trin tran con su maldita pata de palo?"—"Pobre Mr. Brown, repitió Rosa suspirando: yo esperaba recibir noticias suyas en Edimburgo, y en verdad me tiene bien inquieta."
—"¿En Edimburgo, Miss? ¿y qué habia de ganar en Edimburgo? Vaya, que le sienta perfectamenta viajar con su pata de palo. En verdad no tiene que hacer otra cosa para meterse mas en el lodo; porque á pesar de que Escocia no sea un pais tan diabólico como pensaba, y á pesar de esa bella policía que tanto se alaba, hay allí mas pordioseros que los necesarios, y no penseis que digo esto porque desprecie á los mendígos. Por lo demas, si vos os portais segun espero como muger de

juicio, vos podeis substituir á Miss Eleonora, y aun ser dueña de su pajarito, á quien tanto amaba.... pero yo ¡ay! yo veo que perderé mi plaza."—"Si vos os hubierais portado mejor, tal vez no os hubiera faltado acomodo, Betty, porque yo estoy cierta de que los hijos del Mayor Buhanum tendrán cuidado de él."—"¿Y qué podrán darle ellos? ¿acaso una corona cada semana? Valiente cosa: apenas tengo para mi agua de cara."—"Serviros como yo de agua pura."—"No tal, Miss; porque aunque vuestro cutis sea tan blanco como la nieve, el agua pura no es agradable. De cualquier modo que sea, Miss Rossy, yo supongo que se os dará una camarera, porque vos vais á ser una gran señora, y como decia ese pobre ignorante John.... aguardad que me acuerde: *la prosperidad rompe los lazos del cariño*, ó alguna cosa así. En fin,

yo espero, Miss, que hablareis á Milady, y que me conservareis en vuestro servicio, aunque bien sabe Dios que paso la vida mas miserable. Nuestro Mayordomo se ha hecho tan gruñon como perro de ganado; y á pesar de que sea un bellísimo hombre, y que tenga algun dinero, yo creo que valgo tanto como él. No es por decir, Miss; pero cuando mi pobre Brown tenia sus dos piernas, sus cabellos empolvados, sus bucles bien pegados con pomada á las orejas, su sombrero bordado y su gran escarapela, con su bella corbata de fina batista, tenia tan buena presencia como Mr. M'lane, y nadie podia aventajarla."

Rosa habia cambiado de vestido sin la anuencia de Betty, quien siguió diciendo: "yo tengo mucho cuidado por ese pobre John, pero creo que aun vive. ¡Ay Dios, Miss! cómo os habeis

vestido tan pronto, y estais tanto mas hermosa, como si yo misma.... Pero, Miss, mirad por esa ventana quien viene allí renqueando seguida de dos criados. Por mi vida que creo reconocer á la vieja Mistress Fewersham: ¿qué es lo que puede traerla aquí? Vedla allí: la misma es con sus plumas y cola arrastrando: ¿no trae tambien un lacayito para llevarla su quitasol? Por mi vida que anda como la cigüeña cuando busca la presa. Voy á encontrarla, y recibirla en el cuarto del Mayordomo.

Betty corrió inmediatamente y Mistress Fewersham hizo á Rosa mil besamanos, á fin de darla á entender que venia á visitarla. Rosa bajó muy á tiempo á advertir á Lady Denningcourt, y presenciar la humillacion de la pobre Betty, cuyo tono familiar no tuvo otra respuesta que una fria repulsa, rehu-

sando con desprecio su convite.

Rosa se levantó para presentarla á la Condesa; pero Mistress Fewersham quiso mejor presentarse á sí propia, hizo al pasar una reverencia, se acercó á la Condesa, se tiró sobre un canapé, se quitó sus guantes, dejó ver su brazo adornado con un bello brazalete de perlas, y sus dedos donde, como decia Betty, la prosperidad habia roto las cadenas de la desgracia, porque estaban llenos de finísimos diamantes. Alargó á Rosa aquella bellísima mano con un.... "¿cómo va, querida?" y con tono entre impertinente y afectado continuó: "Yo estoy sumamente contenta de hallarme aquí. ¡Ay! me veis médio muerta de fatiga. Hubiera podido venir en coche; pero ¡el ejercicio me hace tanto provecho! Por otra parte, ¡los médicos me lo han mandado por mis nervios!

Rosa se avergonzó de tener tàl amiga. — "Yo imagino que ya habreis sabido el estado de las cosas-" — "No, respondió con dignidad Rosa : solo he sabido que se ha interrumpido el matrimonio." — "¡Cómo! ¿ignorais que todos han desaparecido menos el pobre Sir Salomon, el cura Brundenel y su insípida muger?" — "¡Han desaparecido!" repitió Lady Denningcourt. — "Al pie de la letra, replicó Mistress Fewersham, y esa bribona Mistress Woudbe tambien se ha marchado sin hablar palabra. Vos debeis haber ya oido hablar de esto."

Rosa por política buscaba ocasion de mezclarse en la conversacion ; pero la locuacidad de Mistress Fewersham se lo impedia. Lady Denningcourt que conoció su impaciencia respondió por ella, que acababan de llegar de Edimburgo, y que no habiendo encontrado

antes al Duque de Athelano, que tomó otro camino, ignoraban absolutamente la causa que habia impedido á sus vecinos terminar aquel gran negocio.

Mistress Fewersham dijo que Lady Denningcourt la disimulase que en un asunto tan crítico como el suyo su espíritu aun no estaba bien firme, y que tambien el pobre Sir Salomon estaba en malísimo estado. "La verdad de todo este negocio (añadió) es precisamente ésta. Los Gauntlets se habian hecho culpables de mil acciones criminales, muy criminales, y habian comprometido en ellas al pobre Sir Salomon. Él podia, ó no, ser cómplice, pues de esto no se trataba entonces; pero lo cierto es que ellos habian pensado escamotearle ochenta mil libras esterlinas, y felizmente fueron descubiertos muy á propósito. Entonces el despreciable Conde habia tomado la posta hasta las orillas

del mar, alquilado un barco de carbonero para pasar al Continente, y hecho advertir á su familia que persuadiese á la querida y muy desagradable Miss Mushroom que abandonase á su pobre Sir Salomon medio moribundo.

"¡Dios mio! exclamó Rosa asustada, ¿y las jóvenes Miss tambien están en el barco de carbonero?" — "No, mi querida, esa malvada Mistress Woudbe ha forjado una novela á su marido, y se las llevó consigo."—"¿Á su casa?" — "Sin duda, querida mia: ¿Pues dónde queriais que hubiese ido? ¿Pensabais que hubiese ido á casa de ese bribon irlandés que la ha robado sus joyas? — ¡Bribon irlandés!" Rosa se acordó de que Montreville era hijo de Eugenia. — "Sí, un bribon, mi querida; ¿pero cómo os acalorais? Yo creo que no querreis defender á un bribon, un ladron, y si le cogen, se ve-

rá en una horca por mas que lo sienta Mistress Woudbe." — "Yo espero que no será así," y sus mejillas se cubrieron de carmesí. Rosa estaba bien cierta, y sin duda tambien lo estarán los lectores, de que solo su cariño á Eugenia era la causa de esta viva emocion, que no habia podido vencer. "¿Vos conoceis á su madre, mi querida Rosa?" preguntó Lady Denningcourt; y Rosa echó á llorar.

¡Su madre! exclamó Mistress Fewersham: yo jamas he oido hablar de ella: su padre, segun se cree, era un procurador inglés. — "¿De quién hablais, señora?" — "De Withal ciertamente, respondió la Fewersham: es un pariente lejano de esa fantasma de Condesa, que habiendo heredado de su padre cuantos secretos podian interesar á la familia, y aun yo temo que algunos pertenecientes á mi pobre Sal,

tuvo la audacia ó la destreza (porque haciéndole justicia ciertamente tiene mucha, aun cuando no sea mas que la de contrahacer perfectamente la letra de todo el mundo) tuvo digo la destreza de pasar para su Mistress Woudbe, y cierta tendera de Londres por un jóven caballero, de quien estoy muy prendada. Esta es una gran prueba de la sutileza de su espíritu.... Yo hablo del jóven Litleton, á quien Sal envió á la India con vuestro antiguo protector, y que ahora está reconocido Conde de Gauntlet."—"¿Cómo habeis podido saber todas esas cosas," dijo Rosa, mientras su corazon palpitaba con violencia, sus mejillas estaban tan coloradas como el carmin de sus labios, y las lágrimas estaban para brotar de sus bellos ojos. —"¿Cómo he sabido todas estas cosas? Las he sabido de todo el mundo, y lo que todo el mundo dice

siempre es verdad : *vox populi* , *vox Dei*. Á la verdad yo tuve noticias de algunas de estas circunstancias secretas antes de que marchase á la India , y en aquella misma carta que vos me disteis , y por la cual él daba á esta ridícula criatura las señas de una casa donde podia ir á cobrar sus joyas, pues las habia dejado empeñadas por no haberle sido posible venderlas."

Rosa estaba fuera de sí : se aflojó el collar , se levantó , se sentó , suspiró , rió , miró alderredor como si buscase alguna amiga que quisiese tomar parte en el triunfo de su alma : sus ojos se encontraron con las dulces miradas de Lady Denningcourt , y se arrojó en sus brazos derramando en su seno un torrente de lágrimas.

"Mi querida amiga , replicó la dama de las grandes plumas , vos sois realmente la bondad misma en querer

tomar tanta parte en mi alegría. Á la verdad yo no seré presentada á la corte, permaneceré en la quinta de Mushroom; pero Milady os dirá como se puede pasar muy bien sin todas esas cosas; y como necesito una compañía agradable para calmar mis nervios, yo tengo intencion de llevaros conmigo." —"¿Cómo, señora, dijo Milady enjugándose las lágrimas que la tierna amistad hacia correr de sus ojos, vos quereis á Miss Walsingham para acompañaros?" —"Yo veo que Milady se admira; pero la razon es muy sencilla. Yo amo mucho á la querida y desagradable Miss Mushroom; pero ella ignora que es de lejos. Al presente Milady me comprehende sin duda." —"Vos haceis demasiado honor á mi penetracion, pero Miss Walsingham no es propia de ningun modo para el fin que parece os proponeis." —"¿Lo creis real-

mente así, Milady? Yo os quedo muy obligada; pero las miras que tengo hácia ella se oponen á esa opinion; pues yo la creo de alma mucho mas elevada de lo que pertenece á su condicion, y aun la amo infinito por eso mismo." — "¿Tal vez de lejos tambien?"—"¡Oh! no, Milady: por mi honor que os hablo con seriedad."—"Mi querida Mistres Fewersham, dijo Rosa con una sonrisa, que hizo brillar mil gracias sobre sus encantadoras facciones, yo recuerdo y no ignoro todos los favores que os debo...."—"Es Lady Mushroom, querida mia, quien tiene el honor de hablaros: pero, Dios mio, (añadió mirando su relox guarnecido de brillantes) me admiro de cómo mi coche no ha venido. El pobre Sir Sal estará con mucho cuidado, pues no sabe donde estoy; pero es preciso que se vaya acostumbrando. Parece que estais sorpren-

dida.... á propósito ; como la quinta de Mushroom es un edificio bastante antiguo , yo quiero derribarle para volverle á edificar segun el plan de ésta. Pero á todo esto os voy á contar mis aventuras , que mas bien parecen una novela que una historia.

Entonces anunciaron la llegada del coche de Lady Mushroom. "Allá voy, dijo ella , y continuó : ya sabeis , querida , que os dije que Sir Sal estaba peligrosamente enfermo , y ciertamente, como yo hubiera perdido mi pensioncilla , y como el pobre hombre estaba abandonado de todos , le cuidé con el mayor esmero , aunque sin conocer, que cuantas píldoras y medicamentos le subministraba iban mezclados con el amor , pues ya veis que esto era lo último que podia esperarse de un hombre que tiene la gota retrograda al estomago. Él me hizo la propuesta de

darme la mano y.... (aquí Milady tuvo por necesario cubrirse la cara con el abanico) y yo acepté. El atolondrado Curita y su extravagante muger, que suspira por un rango mas elevado, tenian vergüenza de presentarse. Él llevaba en su bolsillo una licencia particular con los nombres en blanco: yo expuse todo el asunto á Mr. Turgid: él titubeaba; pero como habia sido tan burlado por los Gauntlets, y la querida y desagradable Miss Mushroom, y tenia tanta necesidad de dinero, al fin le vencimos. El pobre Sir Sal fue sacado de su cama, y estoy cierta de que por poco no se muere de placer, aunque nó cesaba de hablar de venganza; sin embargo, fuese cual fuese su idea, como él decia que moriria en paz, y yo pensaba vivir en la opulencia, me determiné á hacerme dichosa. Á Dios, Miss: Milady, yo tengo el honor de



saludaros.... Mi coche." — "¡Qué muger!" dijo Lady Denningcourt. — "¡Oh, mi querida protectora!" exclamó Rosa hecha un mar de lágrimas, mientras que una alegría dulce y cuasi celestial animaba su semblante, "este amigo de mi primer bienhechor, este hijo de Eugenia por tanto tiempo desgraciada, es.... ¡oh! perdonadme y compadecedme, es el ídolo del corazon de Rosa, de esta pobre mendíga, á quien vos honrais con vuestro cariño."

Las explicaciones que sucedieron á esta declaracion aumentaron el interés de la Condesa á favor de su protegida.

Rosa la enseñó el villete que Eugenia la habia escrito. Se sabia que ya Delworth-Housse pertenecia á sus legítimos dueños. Los criados de Lady Gauntlet permanecian en é! ; pero como ya el mayordomo habia llegado, y habia empezado á inventariar todos los



muebles, Lady Denningcourt pensó que Rosa, habiendo ya dado á Eugenia sus señas, ni era conveniente ni posible dar algun paso, y que las cosas debian quedarse en tal estado por entonces. "Sin embargo (añadió) no será inútil mantener alguna relacion con Mistress Fewersham."

Aquella tarde (¡oh, qué tarde para Rosa!) la pasó la Condesa en su gabinete escribiendo al Duque, á su hija, y al Doctor Croack, y cerró estas dos últimas cartas en otra que envió á su agente de Londres. Tambien escribió á Eugenia para recordarla los sucesos de Florencia, y convidarla así como á su familia á ir á Denningcourt, y en seguida fueron á la aldea á visitar aquella fundacion de caridad, que en el corazon de Rosa habia infundido tanta veneracion al caracter de la Condesa antes de conocer su persona.

"¡Oh!" exclamó Rosa suspirando á vista de los últimos rayos del sol que doraban las torres de la quinta de Denningcourt: "¡Oh, desgraciada Kattia!..." — "¿Sin duda hablareis de la querida del Lord Denningcourt? Ella ha marchado abandonándole, y aunque se ocupaba poquísimo en ella ínterin la tenia en casa, mi camarera me ha dicho que esta mañana le vió triste y confuso marchar, diciendo que iba á cualquier parte donde pudiese hallarla. Tambien me contó una extraña historia, y es que Lord Denningcourt afecta tener zelos del Duque de Athelano; y á la verdad que Mr. M'lane iba frecuentemente á su quinta; pero yo conozco á mi tio." — "¡Ah! exclamó Rosa, yo estoy segura de que Milord Duque habrá hallado medio de separar esa desdichada de su seductor, y la habrá hecho partir. ¡Oh! era una bella

niña, su padre la amaba tiernamente aunque no lo manifestaba.

Lady Denningcourt dijo que sentia no haber sabido esta aventura antes de haber enviado su carta al Duque; pero se prometió escribírsela el primer correo: "¡cuán feliz sería yo si pudiese hacer algo en favor de una familia, á la que he causado tantas desgracias!

Por la noche Betty subió al cuarto de Rosa, y mientras la desnudaba la dijo: "por mi vida que es una aventura extraordinaria ver esa vieja Mistress Fewersham hecha Lady Mushroom. ¿Qué diria mi pobre John si lo viese? pero á propósito. Miss, yo no sé á la verdad lo que quiere decir esto: la buena Mistress Moggy-Mac-Laurin me ha hecho esta tarde mil preguntas sobre vos. Jamas he visto criatura mas curiosa: yo como no soy amiga de hablar me mantuve primero sobre la defensi-

va ; pero no habia forma de resistir á sus repetidas interrogaciones : ha querido que la cuente hasta los mas pequeños pormenores ; y en fin , tanto ha hecho que lo ha sabido todo : yo estoy cierta de que mi pobre Mr. Brown hubiera hecho otro tanto , porque no sabia callar cuando empezaba á hablar de vos. ¡Pobre Mr. Brown , su maldita pata de palo jamas se me aparta de la memoria!" Rosa se sonrió, y Betty continuó. "Esa buena muger Mistress Moggy redobló su atencion cuando la conté el trabajo que habia tenido en lavaros, y que á pesar de todos mis esfuerzos no pude quitaros esa mancha que teneis al lado, sin embargo que os restregué con todas mis fuerzas con un estropajo tanto que Mr. Brown se enfadó , y como vos llorabais , dijo que era preciso dejarlo, que tal vez sería una mancha indeleble. La vieja Mac-Laurin quedó inmóvil

como una piedra, cruzó sus manos, y dijo que daria cuanto hay en el mundo por ver esa señal; pero yo la dije esas son frioleras en que la gente de juicio no fija la atencion. Buenas noches, Miss Betty, y diciendo esto corrió las cortinas.

Por la mañana Mistress Moggy-Mac entró con Betty en el cuarto antes de que se vistiese Rosa.

"Á la verdad, Miss, exclamó la buena muger, yo no he podido dormir en toda la noche: permitidme examinar esa señal que teneis sobre el corazon: jamás, sí, jamás podreis imaginaros el precio que yo pongo á esta fineza."

Rosa se sonrojó sonriéndose: ella no conocia aquellas libertades que algunas, aunque por otra parte mugeres modestas, suelen permitirse. El mármol de Tyro no fué tan blanco como su cuello, cuya blancura deslucia la

de la nieve, y la Venus de Médicis tenia formas menos bellas. Rosa no se atrevió á disgustar á la buena Moggy-Mac. Sin embargo, no fué sin repugnancia el consentir que aquella excelente muger viese y examinase, mientras se la ponia otra ropa, la señal azulada, que hasta entonces habia sido el objeto de las conjeturas de los criados del Coronel Buhanum.

Mistress Moggy dilató mucho este curioso examen: varias veces empañó con lágrimas sus anteojos, se los quitó, volvió á colocarlos, y Rosa sintió caer en la señal que estaba sobre su corazon las ardientes lágrimas de la curiosa examinadora.

¿Que significa todo eso, Mistress Moggy? ¿tengo yo alguna señal parecida a la de alguna persona que os es muy querida? ¿Habeis perdido alguna hija que la tuviese?" — "Hágase la

voluntad de Dios," exclamó ella levantando las manos al cielo. — "Amen," dijo Rosa. "Amen, repitió Betty: Dios tenga piedad de nosotros, porque hay que sufrir los males que no se pueden evitar."

Mistress Moggy, sentada en un sitial junto á Rosa la miró, y pareció quererla devorar con los ojos; pero guardó el mas profundo silencio, y cuando Rosa pasó á su tocador, la siguió; y permaneció callando hasta que la jóven Miss salió, y entonces quejándose de un fuerte dolor de cabeza, se fue á la cama.

Aquel dia Lady Denningcourt escribió segunda carta al Duque de Athelano: en seguida fué á visitar á Lady Mushroom, pero sin llevar á Rosa. La nueva Lady no podia contener su regocijo. ¿Qué triunfo para ella ver una persona del rango de la Condesa venir

la mañana siguiente á devolverla su visita? Mr. Brundenel y Lady Emilia estaban en el cuarto intimidados, confusos, y sobre todo humillados por las conversaciones ultrajantes de Lady Mushroom. El uno y la otra no pudieron sufrir mas tiempo su presencia. Mr. Brundenel salió llevándose á su muger, y ambos no permanecieron en la quinta sino para aguardar la letra de cambio de cincuenta libras esterlinas que la habia prometido Sir Salomon. Su confusion era extremada. La esperanza de tener parte en las ochenta mil libras esterlinas habia hecho á Mr. Brundenel contraer ciertas deudas, que veía le seria imposible satisfacer á su regreso a la capital. La sensible y penetrante Lady Denningcourt conocio facilmente su tristeza, compadecio la suerte de Lady Emilia, para la cual sería muy doloroso dejar una casa, que des-

de la infancia debia haber mirado como la de su padre. En cuanto á Lady Mushroom ella estaba tan trasportada, que apenas Lady Denningcourt habia salido del cuarto cuando corrió al de Sir Salomon para participarle lo que acababa de pasar, y así no vió que el coche volvia vacío por el camino real. La bella Condesa de Denningcourt habia hecho una seña á Mr. Brundenel, quien la habia esperado en el vestíbulo con Emilia, cuyo semblante anunciaba la situacion de su alma; pero ninguno de los dos se separaron de la generosa Condesa sin ver debilitada la causa de su pena.

CAPÍTULO V.

La primer persona que Lady Denningcourt vió á su regreso á la quinta fué á Mistress Moggy, que tenia la cabeza envuelta en un pañuelo, las arrugas de su cara sumamente coloradas, y los ojos hinchados á fuerza de llorar. — "¿Estais enferma? dijo la Condesa: ¿qué puedo yo hacer por vos?" — "Yo os lo diré, Milady Condesa, respondió la buena muger: enviadme al Sund, y estad cierta de que volveré antes de una semana." — "¿Al Sund? ¿y qué pretendeis hacer allá?" — "Milady, ahora no puedo responderos; pero quiero ir." — "Considerad, querida Moggy, que gozando de buena salud y en medio de vuestros amigos sois demasiado anciana para hacer sola tan largo viaje." — "No

quiero ser demasido vieja para servir á Dios y á mis amigos." — "Pero qué secreto...." — "No le puedo revelar." — "He aquí un raro capricho : ¿será que estais cansada de vivir con nosotros?" — "¡Ah, Milady! vos no sabeis.... yo no puedo gozar un instante de sosiego si no hago este viaje : os repito que solo estaré ausente una semana." — "Yo no quiero contrariaros, mi querida Moggy ; pero reflexionadlo hasta la mañana."

Por la mañana Mistress Moggy envolvió su cabeza en un segundo pañuelo, sus ojos aun estaban mas colorados, y su capricho, semejante al de todas las viejas, solo habia tomado mayor fuerza con la oposicion. Ella queria al Sund, y en fin acompañada del metrotel partió, prometiendo volver dentro de una semana.

El cariño que Lady Denningcourt

tenia á su jóven compañera adquiria cada dia nuevas fuerzas y mayor encanto.

Rosa por su parte conocia que la solicitud maternal que habia hallado en Mistress Harley, y que miraba como la mayor felicidad tomaba un nuevo caracter todavia mas tierno en Lady Denningcourt. Semejantes bondades excitaban en ella aquel regreso de cariño, y aquella gratitud activa, que es el primero de los bienes para un ser verdaderamente sensible.

Un enorme paquete de cartas que trajo un correo del Duque Athelano ocupo un dia entero á la Condesa y su favorita tanto para leerlas como para contestarlas.

El Duque habia experimentado el dolor mas vivo al saber la noticia de Eleonora, aunque le afligio mas que le sorprendio, segun ciertas observaciones que pudo hacer en los lucidos

intervalos de la enfermad de su sobrina. Aprobó el plan de la Condesa, y en seguida se confesó culpable de haber privado al Lord Denningcourt de su bella favorita. Este jóven Lord, que semejante al senador Pococurante era uno de aquellos séres extraordinarios que aman lo que no tienen, estaba en las cercanías de Athelano con el Lord Aaron Hortemagog, el primero que le habia presentado á los Buhanum, y amenazaba á todo el mundo, y se amenazaba á sí propio con la muerte, si no recobraba un tesoro, á quien la posesion le habia quitado su precio. Pero el Duque continuó: "si alguna vez le recobra será de mi mano, y como su esposa." El resto de la carta hablaba de Miss Walsingham.

Apenas Mr. Angus llegó de Caithness á Athelano cuando declaró la inclinacion que tenia á Rosa, y solicitó

el permiso de hacerla sus ofertas.

El Duque se admiró. El habia ignorado que Rosa conociese á su sobrino, y que éste la amase, y entonces le habló con alguna severidad, tanto acerca de él como del objeto de su viva admiracion. Mr. Angus enseñó á su tio una carta del Doctor Cameron, que expresaba claramente la posicion y los sentimientos de Rosa; y como el Duque adoptó la opinion de su sobrino que atribuia al respeto que tenia ella á su familia, la negativa que hizo á Mr. Angus, la volvió toda su estimacion, pero se hallaba sumamente confuso respecto al jóven, cuya pasion parecia haber tomado tal fuerza, que no cesaba aun cuando no existia en su corazon la esperanza del éxito.

Miss Angus, su hermana, despues del primer movimiento de sorpresa, aprobó su eleccion mientras que Miss

Bruce, que ya habia tenido cuidado de informarle que su tio le destinaba por muger una loca, experimentó un sentimiento de rabia y desesperacion al saber no solamente que la encantadora Miss Walsingham era adorada por quien ella adoraba, sino que realmente era la pordioserilla de quien todos hablaban sin conocerla.

La pobre criatura, burlada así en su esperanza, tuvo en aquella ocasion dos ataques; primero dió gritos, pateó, y se arrancó los cabellos; despues, durante su frenesí contó á cuantos quisieron oirla la historia de Rosa, y hablaba con suma violencia de la horrible mancha que semejante enlace pondria en la familia de Athelano. Su rabia era tan violenta que aun decia en confianza á todos los criados que el honorable Mr. Angus iba á hacer Duquesa de Athelano á una miserable por-

diosera bastarda de los Buhanum.

Este secreto era capaz de irritar á los colaterales de la familia ; así los amigos de todas las jovenes de la casa de Athelano , que aun estaban solteras, se reunieron para reconvenir al Duque sobre el deshonor inaudito que resultaria á su familia.

Milord concedia en el fondo de su corazon una alta preferencia á Rosa. La incendiaria Miss Bruce fue separada para siempre ; pero no queriendo aventurarse á nada en una circunstancia tan delicada exigió de su sobrino la promesa de que nada haria en el espacio de un mes , ni renovaria su proposicion , y entonces escribió á Lady Denningcourt pidiéndola consejo en un negocio de tal importancia.

"¡Ah! dijo Lady Denningcourt, despues de haber leido la larga carta del Duque , he aquí una prueba que

hace de mí mi tio: yo conozco que desea justificar por mi ejemplo el excesivo cariño que os tiene, y ciertamente su voto será cumplido. Pero yo temo, Rosa, que vos no estais dispuesta á proporcionar á la virtud modesta junta con la hermosura la victoria sobre la preocupacion que quiere rechazaros, y sobre la tenacidad de una casa, que cuenta por moda las preciosas ventajas de que tan ampliamente estais provista. De cualquier modo es preciso responder á esta carta. ¿Qué diré de vuestra parte á mi tio?"—"Mi querida Condesa, replicó Rosa, decid cuanto mi gratitud y mi respeto...."—"¿Pero qué diré de Mr. Angus, uno de los jovenes mas perfectos que tiene Escocia? ¿qué diré de los sentimientos de vuestro corazon?"—"¡Oh, Milady!" y el mas vivo carmin cubrió el encantador rostro de Rosa. —"¿No respon-

deis, querida hija? Yo os pregunto por la segunda vez: ¿qué dice vuestro corazon de Mr. Angus, que posee ya una fortuna considerable, y debe heredar el título de Duque con inmensas riquezas?" — "Yo no merezco ni uno ni otro." — "No es vuestra opinion la que busco, Rosa mia, sino que consulto á vuestro corazon." — "Pues bien: mi corazon.... está comprometido." — "¿Y no teneis gana de verle libre?" — "¡Oh! no." — "Id pues á mi gabinete, querida Rosa, dijo Milady sonriéndose, escribid al Duque sobre asuntos agenos de éste, como por ejemplo la historia de Eugenia que contais con tanta gracia; esto les causará tristeza, y así habladle despues de la reciencasada Lady Mushroom; y si es que puede entregarse un momento á la alegria, esto le hará reir. Rosa, no conoceis como yo hasta qué punto mi tio está pagado de la idea

de veros ser la muger de Mr. Angus. ¿Vuestro corazon está seriamente empeñado?" — "Rosa ocultó su rostro en el seno de su amiga. — ¿Y no teneis ambicion? ¿no quereis ser Duquesa? ¿os basta el titulo de Condesa? Andad, Lady Gauntlet, la que antes tuvo este título, os hubiera dado mejores lecciones.

Lady Mushroom frecuentaba bastante sus visitas, y una mañana se hizo anunciar. Rosa tocaba el harpa, y Lady Denningcourt aun no habia salido de su cuarto." Sabeis, querida criatura, dijo á Rosa, que soy la mas desgraciada muger del mundo, sin exceptuar al pobre Sal?

"Una media docena de hombres y de mugeres han llegado la noche anterior á Delworth-Housse: entre ellos se halla una mugercilla negra y fea, que despues de haber maltratado al pobre

Sir Sal en una lengua, que apenas he entendido, le ha amenazado, por mas enfermo que está, de hacerle echar en un muladar. Aunque yo convengo en que lo merece, porque (entre nosotras sea dicho) es un perverso hombre, sin embargo, por mi propio honor no debo sufrir que así se le maltrate. Así pues su criado y Mistress Persian, á quien he nombrado mi camarera en virtud del talento que tiene para peinar y poner el colorete, los he enviado, digo, á buscar á cualquier precio que sea una habitacion conveniente á nuestro rango. ¿Creereis que estos bestias de posaderos se han negado á recibirnos, á pretexto de no disgustar á su nuevo señor? Por mi parte permaneceria contenta en la quinta, porque tengo una inclinacion natural á ese joven y elegante legítimo Conde de Gauntlet: el sabe bien que yo no he tomado parte en

la iniquidad del pobre Sir Sal, y como realmente es agradable ver que la justicia recobra sus derechos, yo me hubiera quedado, como os he dicho, sin ninguna pena: pero el pobre Sir Sal, que es tan testarudo como perverso, querria mejor morir que ver solamente al jóven Gauntlet, ó á su madre.... Así, querida mia, yo siento infinito dejaros; ello es verdad que no estoy menos apesadumbrada de haberme casado con ese viejo bribon de Sir Sal.... En Londres nadie repara en nada: con tal de que se tenga dinero y buena casa, cualquiera puede ser tan bribon como guste; pero aquí en el campo cuando se oye á todo el mundo bendecir á Lady Denningcourt, y maldecir á Lady Gauntlet, así como al pobre Sir Sal, se pierde facilísimamente la paciencia. Yo estoy cierta de que si ya no fuese Lady Mushroom, vuestra Condesa me

hubiera convidado á pasar el estío con vos, en lugar que hoy dia me veo obligada á rogar que se me reciba en una mala posada."

Lady Moshroom echó á llorar acabando este discurso, y Rosa que conocia muy bien sus buenas y malas cualidades, procuró consolarla, diciéndola las ventajas de su buena posicion.

"Á propósito, mi querida, dijo interrumpiéndola Lady Mushroom, yo, como debeis suponer, he tirado y roto, esa porcion de vestidos que se habian hecho para esa fantasma Miss Mushroom; pero al desdoblar esta bella muselina, que siempre conservaré (hela aquí desdoblándola en la falda de Rosa) he encontrado un papel con estas palabras: *vestido de fiesta para mi buena amiga Miss Rosa*: esto os pertenece claramente. En cuanto á lo que resta del lio, yo temeria usarlo, temiendo

no pertenezca á la viuda ó al huerfano, y que yo me viese envuelta en las maldiciones que el pobre Sir Sal ha merecido por sus iniquidades. Vamos, querida mia, Dios os bendiga: yo hubiera tenido un placer extremo en teneros á mi lado si hubieseis sido propia para acompañarme; pero la Condesa me ha asegurado que no teniais las cualidades necesarias. Yo os juro que hubiera deseado ser de las vuestras con todo mi corazon y toda mi alma. Pero á Dios: es preciso que me vaya á cuidar del pobre Sir Sal. No podremos encontrar casa, sino á diez y seis millas de aquí."

Rosa la acompañó hasta su coche, y la aseguro de que tanto la Condesa como ella deseaban su felicidad.

"¡Oh, mi querida, dijo Lady Mushroom llorando, no podeis imaginaros que bueno y honrado era mi

primer marido Mr. Fewersham! Todo el mundo me acariciaba y respetaba por él.... ¡Oh, Dios, si aun estuviere viuda!"

Apenas concluyó esta exclamacion caritativa partió el coche; y Rosa viendo á la Condesa en su gabinete fue á darla parte del objeto de esta visita.

Hallóla leyendo una carta, que regaba con sus lágrimas, y la sorpresa de Rosa cesó cuando conoció la letra de Eleonora. La Condesa se la dió, y continuó llorando.

Esta carta, despues de mil protestas de respeto, era una especie de apología de su conducta, que atribuia al error en que estaba del paradero del jóven Croack despues que el Duque los habia separado; porque en lugar de estar bien y dichoso, como Rosa la habia asegurado, estaba preso, y casi para espirar de dolor.

Decia que sentia haber causado tanta pena á Lady Denningcourt; pero su paso era el único que podia haberla asegurado su felicidad, que jamas hubiera tenido en su casa viviendo con personas de su rango, y creia realmente que si Jackey no la hubiese sacado, ella hubiera estado mas enferma que nunca en la sociedad de los Lords y Ladys de la casa de Lady Hopely, de cuyos nombres jamas podia acordarse. En cuanto al Duque no podia mirarle sino temblando, y en cuanto al Doctor Croack, jamas se resolveria á verle en su casa por su crueldad con el pobre Jackey. Sin embargo, como era viejo y pobre tenia intencion de socorrerle sus necesidades.

Decia que casualmente estaban en casa de su tio el arrendador, y como era el tiempo de la siega todos estaban muy ocupados. Este hombre honrado

tenia mucho cariño á Jackey, y así ella esperaba que Milady, á quien no se atrevia á dar el nombre de madre, ademas de la pension que tenia animo de designarla, no tendria repugnancia en comprar aquella tierra y darsela, añadiendo que Jackey, que no era nada perezoso, podria ayudar á su tio.

Tambien enviaba expresiones á su tierna amiga Rosa, diciendo que despues de Jackey era la persona á quien mas hubiera amado, si no la hubiese engañado. Jamas Eleonora se hubiera separado de ella; pero conocia que era mas propia que ella para vivir con Milady.

En cuanto á Betty Brown, que habia aprendido á hacer papel de dama, estaria muy á disgusto en una alquería donde no habia agua de cara para lavarse. Jackey la habia dado por criada una joven poco experta, pero labo-

riosa, y así esperaba que Rosa querria conservar á Betty. Así acababa la carta con expresiones de cariño, respeto, &c.

"Ya veis, dijo la amable Condesa, que mi felicidad y la de mi hija no dependia sino de mi consentimiento en dejarla en el rango donde mi padre la habia colocado. El Duque dice muy bien, que nada puede ennoblecer una alma comun; pero creo que mi hija es el único ejemplo de un corazon naturalmente bueno, íntegro, y al mismo tiempo insensible á la confianza y á los procederes mas indulgentes. Yo estoy igualmente admirada de que en una misma escuela y con las mismas proporciones se haya quedado por todos respectos tan inferior á vos." — "Pero, señora, dijo Rosa, no me era permitido olvidar tan pronto como aprendia: yo no sentia amigo tierno que tuviese para mí la indulgencia que

me lisonjease."—"¡Quien causase vuestra ruina, feliz jóven! vuestra alma es la perfeccion y la misma delicadeza. ¡Ay! mi pobre Eleonora desea comprar la hacienda para su tio, y yo pienso que es menester dejarla en medio de sus espigas. ¡Ah, Miss Walsingham, tened piedad de una madre!"

Era imposible á Rosa aliviarla en una desgracia cierta é irremediable, y todo lo que podia hacer era procurar distraer á aquella desconsolada madre, y así se dió priesa á contarla los detalles de la visita de Lady Mushroom.

La Condesa acostumbraba ir á pasearse á Denningcourt á visitar sus pobres. La tarde estaba hermosa, y como la vieja perra Dido, á pesar de su debilidad, era la inseparable compañera de Rosa, y por otra parte era la favorita de la Condesa, Betty seguia regularmente á sus amas, á fin de que Di-

do, que la conocia mas que á las otras criadas, la dejase mas fácilmente acercar á ellas.

Lady Denningcourt y Rosa atravesaron el camino que conducia de la aldea al parque, cuando una silla de posta con cuatro caballos, cuyos postillones iban adornados con cintas azules, pasó por delante de ellas, y se detuvo despues de haber doblado un caminito que conducia á Jointure-Housse.

La Condesa apenas podia adivinar qué negocios llevaria á su quinta, tan extraño equipage; y la persona que bajó de él, y se acercó, no aclaraba nada el misterio.

Era John Brown; pero parecia tan distinto de aquel que algunas semanas antes habia partido de Jointure-Housse, que Rosa al pronto no pudo conocerle.

Tenia un bonito vestido nuevo del color de la librea del Coronel, pero

sin franja ni collarin : el pelo cortado como un soldado, y bien peinado con polvos y pomadas : traia su sombrero militar con galon y escarapela, su guirindola de fina batista sobresalia algunas pulgadas de la chupa ; traia sobre ambas piernas botines blancos como la nieve, pero que no bajaban demasiado, á fin de enseñar las hebillas de plata de sus zapatos perfectamente charolados. Se adelantó con una bella caña en una mano, saludó á la Condesa, llevándose la otra al sombrero, y despues de haber echado una ojeada á Betty meneó una de sus piernas y su baston, y presentó una carta á Rosa.

"¡Oh Dios bueno y poderoso, exclamó Betty, será este John Brown con dos piernas y un buen vestido! En verdad que yo creeria fuese un duende el que se me presentó con una pata de palo y lleno de andrajos." — "Anda

adelante, muger," dijo él meneando su baston y sonriéndose con desden.

"Quien se atreva á decir la muger mia
Es la mejor de todas las mugeres,
Merece que jámas nadie le crea,
Si en lo que antes dijo engaño hubiere."

"Tú has abandonado al pobre John Brown."

La única idea en que Rosa podia detenerse con alguna probabilidad era en que John habia descubierto donde estaban los bienes del Coronel para sus herederos, y que la traía una carta del Doctor Cameron, y habia resuelto presentarse con tanta pompa solo por vengar su orgullo del desprecio de Betty.

Así sonriéndose de su cólera tomó la carta.

"Mi amo, señora, dijo John levantando la cabeza con aire militar y estirándose la guirindola, mi amo,

mi Coronel, quiero decir el General Buhanum, que por la gloria y honor del Rey lo es ahora, Madama ó Miss Rosa, Miss Rosa (llorando) mi amo, mi digno amo vive, y estará aquí mañana."

El asombro, la alegría, la inexplicable alegría de Rosa se absorvió viendo el estado de la Condesa, que cayó en el suelo sin movimiento y sin vida. Betty por su lado, á cuyos oidos resonaba todavia el rumor de una noticia tan feliz, se acercó á John para abrazarle; pero él la desvió con desden. — "¡Oh, cuán feliz soi! exclamó ella: es el mismo. Cuando los males llegan á su colmo es preciso que se aminoren. ¡Oh querido John! ¿quien hubiera pensado que tendrian fin mis penas?"

Los habitantes de la aldea se agolparon alderrredor de su querida bien-

hechora, los ancianos estaban llenos de terror, los hombres de menos edad lloraban, los niños asustados se estrechaban unos con otros, cuando vieron llevar á la cabaña inmediata pálida y privada de sentido la madre de todo el pueblo.

El médico de la aldea, hombre honrado, sábio, y en otro tiempo desgraciado, y que habia dejado de serlo luego que la Condesa conoció sus penas, fue llamado inmediatamente. Se acercó temblando, y vió que la alma de la benéfica Lady Denningcourt estaba cerca de dejar para siempre su dulce morada. Este hombre pundonoroso hubiera dado cuanto hay en el mundo porque se pudiese hallar un médico mas habil, y menos interesado que él en este suceso. La sangró al instante, y durante esta operacion se oyó otro coche atravesar la aldea, y

dirigirse á Jointure-Housse. El concurso que rodeaba la cabaña excito la curiosidad de' los viageros, sorprendidos del ayre de desconsuelo que se leia en todos los semblantes. Muchas veces á un tiempo salieron para responder es nuestra bienhechora, es la que visita los enfermos, visie á los pobres, la madre de los húerfanos, es la Condesa de Denniñgcourt, que acaban de traer moribunda á la cabaña.

"¡Cielos misericordiosos!" exclamó una muger.

Abrieron la portezuela del coche, la gente dejó paso, y Rosa que sostenia la cabeza de su adorada protectora, volvio los ojos llenos de lagrimas, y vio á Eugenia.

¡Oh, señora! exclamó ella: ved vuestro angel consolador, mi bienhechora: se muere, la perdemos para siempre cuando iban á terminar sus desgracias.

La magestuosa belleza de Eugenia imponia respeto, y éste se aumentó cuando se supo que era la madre tan ultrajada del Conde de Gauntlet, á quien se aguardaba en Delworth-House, y que ya por la fama se anunciaba tan diferente del usurpador. Ella notó las lágrimas que salian de los ojos del Doctor en mayor abundancia que la sangre de la vena, y regó con las suyas la inanimada mano, que acercó á sus labios.

La consternacion habia sido tal que nadie habia pensado en enviar por un coche á la quinta.

La única del grupo que conservaba su juicio sano era Mistress Brown. Ella sola en aquel momento de crisis pensó en su persona querida. Los discursos que ella tuvo á John en la cabaña, y las respuestas de esta serian acaso para ciertas personas un episodio agradable;

pero el tiempo nos insta, y el lector permitirá que traslademos á la quinta en el coche de Eugenia á la demasiada sensible Lady Denningcourt, que comenzaba á volver en sí con gran contento del desconsolado grupo de sus agradecidos vecinos.

Betty seguia á su marido así como una parte de los habitantes de la aldea, que quisieron absolutamente acompañar el coche hasta el parque. ¡"Dios mio! exclamó ella, ¿qué de priesa andais?" —"John la respondió separándola,

Así como os es facil en la orilla
Sosegar á las olas irritadas,

lo mismo, Betty, os será facil hablarme: mi figura macilenta os pone enferma."

"Pero, John Brown, ¿es verdad que ha llegado nuestro amo? Ponerme enferma ¡ay Dios! os engañais." —

"Silencio, muger," dijo John con voz fuerte.

"Siempre escuché decir que el torpe vicio
No necesita menos desvergüenza
Para negar las faltas cometidas,
Que la que tuvo antes para hacerlas."

"¡Oh; muger!"

"Era crueldad muy grande
Arrojar así á un hombre contra el suelo."

"¿Yo os he arrojado, Brown? ¿y por qué os caisteis en el suelo? ¡Ah! ¿cómo podeis hablar así cuando Miss Rossy sabe que no hice mas que desconsolarme, y arañarme la cara?" — "Sí, porque no me habia muerto: porque me puse entre tí y un monte de carne del Mayordomo." — "¡Oh, querido John, con que no tendrán fin mis ma-

les! Miss Rosa será feliz, todos serán felices; solo yo.... yo que he estado tan enferma á fuerza de llorar, yo que he estado abandonada â merced de cualquiera, y que no he recibido ni una sola carta de vos."

"¡Oh, cómo el vicio diestro
Sabe ocultar su cara enorme y fea
Bajo el aspecto de verdad sincera!"

"Muger, tú no me engañarás."

"El color de tu rostro
Viene del crímen, no de la modestia."

"Y tú creias

"que el hombre tiene sú alma en su vestido."

—"En cuanto á la modestia, John, estoy cierta de que nadie puede reconvenirme, y aunque mi corazon no hubiera sido vuestro, creed que na-

die hubiera obtenido de mí cosa alguna sino por el camino del matrimonio. Es verdad que nuestro mayordomo es un buen mozo, y tiene dinero...." Betty aun no habia acabado su arenga cuando John estaba ya lejos, y la Condesa en su lecho.

Ahora es la ocasion de entrar en algunos detalles particulares sobre la situacion en que respectivamente se hallaban el General Buhanum y la Condesa de Denningcourt. Eugenia sabia que su hijo era el heredero de aquel inmenso caudal destinado á Rosa por la generosidad natural, y la secreta simpatía del Coronel: no dudaba que su hijo renunciase voluntariamente á la donacion, pero temia que esta circunstancia no atrajese algunos detalles que pudiesen herir la delicadeza de Rosa, y por eso despues de haber dicho en voz baja algunas palabras á la Condesa,

suplico á su jóven amiga las dejase solas, pues tenian que tratar negocios particulares.

Rosa, cierta de que los consejos de Eugenia no podian menos de ser útiles á su protectora en tan críticas circunstancias, obedeció con gusto.

Al retirarse á su cuarto encontró á Betty, que la dijo que habia sido tan maltratada por John, que habia llorado á gritos mas de un cuarto de hora.

Rosa contextó que deseaba que el honrado Mr. Brown viniese á hablar á su gabinete, y Betty fue á decírselo.

John habia concebido una violenta antipatia contra el mayordomo, y extendia su aversion á todos los criados de la quinta, y ademas las instrucciones de su amo eran entregar la carta á Rosa, tomar sus ordenes e irse en seguida á Delworth-Housse.

Como aun no habia recido las ór-

denes de la jóven Miss, esperaba en el patio con su silla y sus caballos, rehusando con indiferencia todos los convites que le hacian de entrar, cuando Betty vino á decirle que la siguiese al cuarto de Rosa.

John obedeció sin responder.

"Querido Mr. Brown, le dijo Rosa, ¿qué feliz noticia me habeis traido?" — "Es, Miss Rossy, dijo, el que.....

"La amistad es constante en todas cosas,
Excepto en el deber y en los negocios."

John se detuvo lanzando á Betty una mirada de indignacion: "Así, Miss, como....

"El dolor es altivo, y valor presta...

yo no podia resolverme á ir á Escocia, ni quedarme aquí, pues como el mundo..."

"Es un ancho teatro
Adonde todo hombre representa,"

y mi papel era muy triste. Y como la *Providencia preside hasta á la muerte de un pájaro*, creí que debia dirigirme á Londres, estando tambien persuadido á que vos no necesitariais de un amigo tal como el pobre John Brown: *estropeado con su cutis amarilla y quemada.*"

(Aqui Betty recibió otra ojeada de cólera.)

"Por esto tomé el partido de visitar los parajes en que sabia que mi amo tenia alguna propiedad, á fin de daros en ella cuantas noticias pudiesen convenir á vuestros intereses, y decidido á que nadie enfermase por mi presencia." John no podia dejar de llorar mientras hablaba, y sacó un hermoso pañuelo de la India para limpiarse los ojos.

"¡Ay Dios! dijo Betty, John, ¡qué

bello chal me haria yo con ese pañuelo! ¿Es mi amo quien os le ha dado?"

John no se dignó responder.

"Querido Mr. Brown, decidme cuanto pertenece á mi digno protector, dijo Rosa, ¿por qué medio ha conservado su vida? ¿por qué no hemos recibido carta suya? ¿cómo está? ¿cuándo le veré?"—"¡Ah, señora....!"—"¿Por qué esa palabra de señora, mi querido John? ¿Por qué no me hablais como acostumbrabais? ¿No soy yo Rossy para vos?"—"¿Por qué, señora?" porque vos sois Milady, y que sereis Lady, aunque....

"El orgullo es espejo de sí mismo,
Y los respetos ceban la arrogancia."

"Sin embargo, vos debeis ser respetada; porque....

Ganais por la modestia
Las almas que vagaban extraviadas,

Y porque....

Siempre es gran excelencia
Asombrarse al mirar sus perfecciones."

—"Pero vuestro amo, querido John," interrumpio Rosa con impaciencia. — "Y mi amo," dijo Betty haciendo otra tentativa inútil para pasar su mano entre el brazo de John. — "¡Oh, qué amo!" dijo Brown, y se limpio los ojos con el pañuelo de la India. — "¡Válgame Dios, Mr. Brown, mi amo está tan vivo como vos, y es inútil renovar antiguos dolores. Yo estoy cierta de que lo que ha tenido que pasar entre los salvages no iguala á mis penas; porque por ejemplo el ir á ganar mi vida en la familia de Croack, vos confesareis que no habia cosa mas sensible." — "Vos podeis vivir donde mejor os parezca, Mistress Brown." — "¡Oh! no mi querido John, será donde vos quisiereis.

Yo no me apartare jamas de vuestra voluntad. Sin embargo, espero que será en una situacion agradable, y no entre la canalla; esto es cuanto deseo, porque es increible donde llega mi orgullo. Yo espero que no contareis á mi amo el espanto que me habeis causado con aquella ridicula y maldita pata de palo; creed que tengo un verdadero placer viendo que todo aquello era una burla, y que vos no la teniais verdaderamente."—"Yo no la tengo sino muy de verdad, dijo el con impaciencia mostrando una pierna postiza: vedla aquí bien disfrazada, y semejante por eso á la perfidia de nuestro corazon. Vos la veis...

"El mundo solo el exterior aprecia,
Y la apariencia de la verdad santa
Engaña aun á los hombres de experiencia."

Rosa manifesto deseo de que Betty dejase á John la libertad de hablar de su amo.

"¡Cómo, respondió Betty, y aun no he hablado tres palabras!"

—"Señora, dijo él, Typoo no es como se cree; él no trató á mi amo como un buen General debe tratar á un soldado. Dos de sus cypayas, que le vieron caer, creyeron que por ser el gefe de la salida era una buena presa, le condujeron al primer Oficial de aquel Monarca, que le envió con los demas heridos á un fuerte muy lejano, donde mi pobre amo...." y John entonces se limpió los ojos.

"Mr. Brown, dijo Betty, voy á buscar un pañuelo blanco, para que no mancheis mas ese bello chall." — "Yo no puedo deciros, señora, lo que pasó á mi amo en aquel fuerte donde vivió tanto tiempo: vos lo sabreis de

aquel bueno y honrado Mr. Litleton, quien sabrá decirlo mejor que yo. ¡Oh! Miss Rossy.... Madama, en verdad él es un hombre."

Rosa no pudo hacer mas preguntas: el rubor cubrió su modesta frente, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

John preguntó modestamente si tenia que mandarle, y tan pronto como un: "No, John" salió con dulzura de sus labios, dejó el gabinete, sin mirar siquiera á su muger.

"¡Señor, señor! exclamó ella, ¿cuándo acabarán mis penas?"

Rosa no pensando ni en Betty ni en sus penas fue á dar un paseo á la luz de la luna.

CAPÍTULO VI.

Las circunstancias en que se hallaba Lady Denningcourt eran sumamente delicadas. El General Buhanum ignoraba la existencia de Eleonora, y habia asegurado toda su fortuna á Rosa, á quien ella tambien amaba tiernamente. Sin embargo, era preciso hacerle saber que tenia una hija. ¡Dios ¡y en qué abatimiento iba á hallarla! Por otro lado Lady Denningcourt, que miraba su primera union con su querido Walacio como la única sagrada é indisoluble, no podia perdonarse á sí misma haber faltado á sus primeros juramentos. Conocia demasiado bien al General para no estar cierta de que él jamas volveria á unos lugares donde todo le acordaría que ella habia sido la esposa del Lord Denningcourt.

Esta triste idea, que dolorosamente se mezclaba á su vivo cariño para su Walacio, habia de tal modo trastornado su juicio, que si ella hubiese estado menos convencida de la extension de sus deberes para con su hija, hubiera marchado al instante á Athelano, y allí hubiera vivido todo el tiempo que el General hubiese estado en Delworth-Housse.

Lady Gauntlet prendada de las virtudes y gracias encantadoras de Lady Denningcourt inventó calmar la agitacion de su espíritu, aplaudiendo la conducta que habia tenido en unas circunstancias tan difíciles como la evasion de Eleonora.

La amante de Walacio, que tenia la mas alta opinion del caracter de la nueva Condesa de Gauntlet, parecio alegrarse de su aprobacion. "Querida amiga, la dijo, ¡quánto mi corazon se

oprime pensando en Rosa, en esa hija preciosa! ¡Ah! ¡que no tuviera yo una como ella para presentar el ramo de oliva á su padre! Pero no: ella va á serme arrancada: yo no oiré su hermosa voz, ni sus ligeros pasos: ¡tal vez no la veré nunca!"

"El General Buhanum llega aquí mañana," interrumpió Lady Gauntlet.

"No aquí, señora, no aquí, exclamó Lady Denningcourt; mi partido está tomado: yo espiraria de vergüenza al verle. Viva, y sea feliz."—"Y cásese, ¿no es así?"—"¡Lady Gauntlet!"—"Querida Condesa, respondio ella sonriéndose, perdonad esta ligera astucia: yo queria ver solamente hasta donde una muger bien enamorada llevaba el heroismo. Pero ved aquí á nuestra encantadora Rosa. ¡Que deliciosa imagen! su vestido ligero, brillando á la luz de la luna, está

blandamente agitado por el viento. ¡Con qué placer no he contemplado varias veces su encantadora figura, cuando la impresion que hacian en mí sus caricias dulces y consoladoras era un bálsamo para mi corazon!"

Rosa pasaba bajo la ventana de las dos damas, y obedeciendo á la primer seña voló al cuarto de la Condesa, y tuvo la satisfaccion de convencerse de que estaba en una situacion mas tranquila. Eugenia dejó á Lady Denningcourt, y dijo sonriéndose á Rosa que se preparase para visitar la mañana siguiente la quinta de Delworth.

"Por San Jorge, exclamó Betty fuera de sí cuando Rosa volvió á su cuarto, ¡qué novela, qué extraña novela se cuenta aquí de nuestros amos! Dos matrimonios dicen, y ambos en un dia: vos y ese bello Mr. Litleton, hoy Conde de Gaumlet, y el otro....

pero es lo que yo decia antes de ayer á Mistress Moggy : todo es bobería. Á proposito de Mistres Moggy, ¿sabeis que ha marchado á Londres, ó yo no sé donde con nuestro mayordomo?

"La buena muger tan vieja como está, aun piensa en... sería cosa ridícula que nuestro mayordomo hiciese tal locura. Tienen razon en decir que este mundo todo es una rueda; porque él es un bello hombre, y tiene mucho dinero. Pero vos, Miss Rossy, ¿es verdad que vais á tener una gran fortuna, y á ser Condesa de Gauntlet?"

"Ni lo uno, ni lo otro, Betty, respondio Rosa con aspereza. Rosa estaba descontenta de que ella se atreviese á hablar todavia del mayordomo despues del regreso del pobre Brown; y así la despidio mandándola estuviese pronta por la mañana para acompañarla á Delworth Housse."

Lady Denningcourt y la Condesa pasaron la mañana juntas, y al medio dia cuando ya estaba puesto el coche enviaron á llamar á Rosa.

"Vos vais á dejarme, Rosa, dijo llorando Lady Denningcourt: yo no tengo esperanza de ver el triste declive de mis dias adornado por vuestra dulce compañía; esta es una privacion dolorosa para mi corazon; pero al menos mis desgracias, y aun puedo decir mis angustias deben de haberme enseñado á resignarme y sufrir. Aquí, querida Rosa, vos no habierais gozado sino aquella felicidad pasiva que nace de la paz del corazon. Una carrera mas brillante se abre delante de vuestra vista: una amiga, ó por mejor decir, una madre, un digno protector y un tierno amante van á poseeros. ¡Ah! creed querida Rosa, que solo la idea de vuestra felicidad puede hacerme soportable este

instante. Yo sé que vuestro corazon volará contínuamente hácia mí: yo sé...."

Rosa se precipitó á sus pies, sus lágrimas se mezclaron, y ambas permanecieron largo tiempo abrazadas.

Lady Gauntlet tambien las abrazaba é intentaba consolarlas. "¡Ah! ¿por qué no venis tambien con nosotras? exclamó Rosa dolorosamente; ¿por qué rehusais seguirnos? Sin duda no estaremos mucho tiempo separadas; pero aunque no fuese sino una semana, un solo dia, yo conozco que mi corazon apenas puede resistirlo. — "El General y mi hijo, replicó Eugenia, solo estan de aquí algunas millas, si no nos encuentran en Delworth-Housse es tal su impaciencia que no aseguraré que no vengan aquí." — "¡Oh, Lady Gauntlet! exclamó Lady Denningcourt, evitadme.... evitadme..... yo no podré verle...." y despues recobrándose aña-

dió con dulzura, "habladles á uno y otro de mi hija, de mi Eleonora, libradme del horror de saber que Wallacio Buhanum no verá mi hija sino con indiferencia."

Rosa lloraba, y su agitacion lejos de disminuirse tomaba nuevas fuerzas. El temor de que Lady Denningcourt temiese ser la causa inocente del poco afecto que el General tuviese á su propia hija, entristecia su corazon pundonoroso. Ignoraba los pormenores de la conversacion que las damas habian tenido aquella mañana, y de la que ella habia sido el objeto. Lady Denningcourt queria dar á su querida Rosa cuanta parte de los bienes de su bienhechor podia quitarla la existencia de Eleonora; pero Lady Gaulet que veia en ella un tesoro inagotable de gracias y virtudes, no queria sino su persona para su hijo, y estaba bien resuelta á rehusarlo todo.

• •

En fin, tomaron el coche. La Condesa de Denningcourt, pálida é inquieta, las siguió con los ojos, y las miraba todavia aun cuando ya no las veía.

Rosa estaba dotada de un espíritu demasiado superior para encorbarse bajo el yugo de ciertas ideas mezquinas que son la mentira de las verdaderas: sin embargo, su delicadeza estaba en secreto algo sobresaltada por aquel paso.

Aunque estuviese bajo la proteccion de una de las mugeres mas respetables de Inglaterra, no por eso podia disimularse que iba á habitar la casa del hombre que amaba, y de quien era tiernamente amada. Vistas las circunstancias, la era imposible recibir en Jointure-Housse al General, y la necesidad de abrazar á su bienhechor y arrojarse á sus pies, todo en fin la obligaba á obedecer á la Condesa de Gauntlet, é ir á Delworth-Housse.

Las dos tiernas amigas entraron en la quinta por una puerta secreta, á fin de evitar las miradas de los curiosos y los homenages monótonos de los criados, sean cuales fuesen los amos que se les presentan. Rosa halló la quinta en el propio estado que la dejó, á excepcion de alguna plata que habian sacado.

El jóven Conde de Gauntlet, loco á vista de su felicidad, habia enviado á Delworth una persona que lo preparase todo apenas recibió del General el permiso de dirigirse á ella.

Cristiana, la nueva mayordoma de la casa, salió á recibir á su ama llorando de alegría, y se retiró despues de haber considerado á Rosa con signos visibles de su admiracion.

"Yo espero que esta ama de gobierno extrangera entendera el inglés, dijo Betty al metreotel de Lady Gauntlet; porque no siendo así, nosotras las ca-

mareras nos veremos en la precision de hacer bando aparte. Miss Rossy, continuó ella corriendo hácia Rosa, y hablando á media voz, ¿podreis decirme dónde está John?" — "Tal vez estará á recibir á su amo." — "Miss, yo no tengo que responder á eso por mi parte; pero me parece que debería haber manifestado mas aprecio á su muger, especialmente delante de los extraños."

Rosa que sabia todos los rincones de Delworth-House se encargó de hacer los honores á Lady Gauntlet, y enseñarla el gabinete de tocador de la bella Condesa, aquel donde una y otra habian leido con tan diversos sentimientos la carta formada por *H. Montreville*, y el salon en que habia sufrido lo que se llamaba su interrogatorio. Hallaron todavia en las alcobas las camas de las jóvenes Miss, sus libros abiertos, sus bastidores y sus lápices. Estos objetos

hicieron suspirar á la dulce y sensible Rosa, y en fin volvieron al gabinete de las pinturas, donde encontraron á John Brown, que se habia quitado su nueva pierna postiza, porque le era mas incómoda que la otra de palo. Vino cojeando á recibirlas, y las dijo que su amo y el Lord Gauntlet, habiendo llegado á la última poblacion, se habian visto detenidos por el gentío, que quitando los caballos se disputaban el molesto honor de arrastrar el coche; pero que al llegar una legua de allí los vasallos habian reclamado su derecho, y que no tardarian en llegar: "pero vedlos ahí," exclamó John.

Ambas se pusieron á escuchar, y Rosa apenas respiraba. Se oyeron instrumentos militares, y John tomando con orgullo su sombrero de uniforme se puso á la ventana, y mezcló su voz con los gritos de alegría de los vecinos.

En seguida se vió llegar la berlina del General y del jóven Lord cubierta de laureles y ramas de árboles. El pobre John, en lugar de salir al encuentro de su amo, se puso á llorar, y se limpió los ojos con el hermoso chall de Betty.

Lord Gauntlet recorria con la vista todas las ventanas hasta que vió á su encantadora Rosa. Sus miradas atraidas sin duda unas á otras por aquella secreta simpatía, que no se puede explicar, se encontraron en el propio instante. Rosa sin saber lo que la pasaba por poco no se desmaya: y al ver su repentina palidez y su respiracion convulsiva parecia que toda su sangre se habia retirado al corazon. El noble y virtuoso General habia clavado los ojos en ella con una atencion tan viva como la del Lord Gauntlet, y ahora estamos obligados á confesar que por un instante el universo entero desaparecio

á los ojos de Rosa, pues el mundo se dividió en solas dos partes ella y su amante. Una nube se tendió por delante de sus ojos, y no volvió de su éxtasis sino cuando estuvo en los brazos de su generoso bienhechor, que la estrechaba contra su pecho con la mayor ternura, cuando vió á sus pies al gallardo y elegante Horacio Montreville.

¿Quién podrá pintar cuánto experimentó Rosa á vista de su bienhechor? El relámpago no es mas pronto que el tropel de ideas que inundó su corazon sensible. ¡Pobre mendíga, extenuada de hambre, cubierta de andrajos y miserias, arrancada de este oprobio por el mas generoso de los hombres, llevada á Mount-Pleasant, enriquecida con los dones de su padre adoptivo, rodeada de maestros, designada por él como la única heredera de sus muchos bienes, y hoy ya en sus brazos y al lado de

Montreville! Ella se separó de su pecho, se dejó caer en el suelo y abrazó sus rodillas. No podia pronunciar ni una palabra: la alegría, la gratitud y el mas vivo cariño oprimian su corazon.

Horacio se atrevió á llegar á sus labios una de las manos de aquella cuasi celestial criatura: su protector la levantó, y de nuevo la volvio á estrechar en sus brazos.

"¡Es ella! dijo mirándola con una especie de éxtasis.... ¡Oh, Dios! y ahogó un suspiro. Es la misma hermosura: james he visto muger mas perfecta: ¡qué ojos, qué tez, qué facciones! Rosa, debeis perdonarme, soy vuestro padre, y me es permitido examinar las bellezas de mi obra. Sí, he aquí su boca: he aquí ese hoyito encantador. ¡Oh, cuán poderosos me parecian sus atractivos cuando aun sus facciones solo estaban bosquejadas por

la mano de la naturaleza! y su voz mi alma estaba encantada al oirla."

Rosa dirigió á Lady Gauntlet una mirada, en que se pintaba un recuerdo de Lady Denningcourt.

El General creyó que aquella era una secreta reconvencion, y se justificó con la Condesa viuda, interin que Horacio pronunció á media voz algunas palabras que expresaban su gozo.

El General y el Lord Gauntlet habian dado sus órdenes para que se regalase con magnificencia á los paisanos y vasallos que habian acudido en tropas. Todos cuatro se reunieron en la sala de comer. Rosa devoraba con los ojos á su padre adoptivo, y procuraba en vano recordar aquellas facciones de que habia conservado una impresion tan profunda en el fondo de su pecho. Demasiado niña, y sobre todo demasiado debil por la miseria en que habia

pasado sus primeros años, habia huido de su memoria cuanto no se habia presentado á sus ojos aun mucho despues de la partida del Coronel á la India.

"¡Oh, mi querido bienhechor! dijo Rosa besándole la mano, ¿por cuál milagro nos habeis sido devuelto?" — "No es un milagro, y aun mucho menos no son medios extraordinarios. Yo me separé de Horacio, como él puede decirlo, la noche que se habia preparado una salida (la cual en verdad era un partido desesperado) despues de que le dí en cuanto estaba en mi mano el inapreciable tesoro que poseía: pero no es este el momento, añadió sonriéndose, de descubrir esos misterios.

Yo quedé herido al principio de la accion; pero no mas perdí el conocimiento hasta mucho tiempo despues. Dos soldados enemigos que me vieron caer me creyeron digna presa de ser

conducida á su comandante, quien mandó se me retirase del campo de batalla, y se me llevase con los oficiales de su nacion que tambien estaban heridos. Á esta circunstancia debo no haber sido enviado á Seringapatan, donde el General Mateus y muchos de nuestros valientes camaradas fueron degollados á sangre fria, y verosimilmente hubiera participado de su suerte á haberme llevado entre ellos. Al contrario, fuimos enviados á un fuerte situado bastante adentro del pais, donde hubiera pasado una vida afligidísima, si el Lord C. no hubiese sabido que Tipoo retenia muchos prisioneros europeos, aunque suponia haberlos dado libertad á todos.

El tirano entonces mendigaba la paz; pero el General inglés rehusó acceder á ninguna negociacion hasta que antes pusiese en libertad á todos los

prisioneros. Tipoo no estaba en estado de rehusar, ni de excitar el resentimiento de este General lleno de humanidad, pero firme y demasiado altivo para sufrir una injuria. Yo fui uno de los desgraciados que se hizo salir de aquella horrible fortaleza; pero estaba en tan deplorable estado que mis propios soldados no pudieron conocerme. Cinco años habia, mi querida Rosa, que no me mudaba vestido, juzgad cuán formidables estarian mi barba y mis uñas. Sin embargo, pronto fui conocido, y la indignacion que resintieron nuestros soldados era extremada, y acaso fue para Tipoo una felicidad que la paz estuviese firmada. Vos veis, querida Rosa, que en esto no hay milagro; la única circunstancia extraña es que encadenado así en el suelo de un obscuro calabozo consiguiese vencerme á mi proprio. El reino de todo

hombre sabio está en su corazon, dice un filósofo escocés; pero tal vez es el reino mas dificil de gobernar. El mio antes de mi prision se habia rebelado varias veces y por años enteros contra mi felicidad; pero si cinco años de permanencia en un calabozo, privado de la luz no me hubiesen puesto en estado de domar mis pasiones, no seria una temeridad decir que jamas lo conseguiré.

"En mi juventud amé una muger con tal ardor, que habiendo armado mi brazo contra su hermano, contra la vida de mi amigo, pensé que solo me restaba el partido de acabar mi triste existencia; pero fue menos dichosa esta segunda empresa que la primera: estaba destinado á padecer mas; y supe que mi muger era ya esposa de otro."

El General se detuvo, y despues

de algunos minutos de silencio dijo:

"Querida Miss Buhanum, el resultado de cinco años pasados en las cadenas fue el perdonarme á mí mismo, y lo que era aun mas dificil perdoné á mi celeste compañera...." Una lágrima, una sola salió de los ojos del General.... "mi crimen habia sido involuntario, y el suyo lo fue tambien sin duda. Aprendí pues á sufrir la desgracia. Mi caracter, que habia sido largo tiempo turbado por agitaciones violentas, recobró su primera tranquilidad, y aunque yo advirtiese que todos me tributaban consideraciones, volví á Europa con una igualdad de alma tan perfecta, que ni los honores ni las recompensas que se han amontonado sobre mí han podido interrumpir mi sosiego. El rey se ha servido honrarme con un rango elevado, y la compañía me ha enriquecido mas de lo que deseaba, y

tal vez mas de lo que he merecido; sin embargo no siento ninguna mudanza en mí, y este es realmente un milagro. Mi pobre y honrado Brown ha sido mas desgraciado, sin haber visto terminar sus males tan felizmente como yo he visto terminar los mios." — "¡Pobre John! dijo Rosa. — "¡Ah, Rosa! su muger es para él una prueba mas fuerte que lo fue para mí el calabozo; yo pienso que el mal estado de su salud proviene de las penas que ella le ha causado. ¿Pero no está ella con vos? — "General, dijo Lady Gauntlet, yo os prometo una recompensa por la historia de vuestros trabajos, y por la victoria que habeis alcanzado sobre vos mismo, si mañana quereis tomar el café conmigo en mi cuarto."

El General la hizo una cortesía, y se preparó á levantarse de la mesa.

¡Con qué orgulloso placer se habia

John colocado detrás del sitial de su amo, qué de bondad y dulzura en las órdenes que el General le daba, y con qué destreza él movia su pierna de palo cuando volaba á ejecutarlas!

¡Qué éxtasis experimentaba Montreville considerando á Rosa! ¡Cómo bendecia el entusiasmo de su madre que la habia conducido á Escocia! ¡Qué de amor y dulzura llevaban las reconvenciones que la hacia por haber podido dudar de su cariño, y confundirle con un vil malvado, cuyo único talento era fingirse nombres, y falsificar firmas! ¡Con qué dulce confusion ella se admiró entonces de haber creido un instante que él podia ser el favorito de la despreciable Mistress Woudbe, y con qué éxtasis mas vivo todavia aquella tierna madre contemplaba los dos entes mas queridos á su corazon de cuantos habia en la tierra! Abando-

ñándose entonces al torrente de recuerdos que la ocurrian, dijo suspirando: "¡No falta aquí sino mi padre!" — "¡Ah, señora; solo él! dijo Rosa. — ¿Qué otra persona nos falta?" replicó el General. — "Su protectora Lady Denningcourt." — "¡Su protectora! ¡Ah! yo deseo vivamente verla, darla gracias, y decirla que....

Rosa echó á llorar: el General que ignoraba cuanto debia agitarse su corazon oyéndole hablar de aquel modo, se sobresaltó, y Horacio estaba fuera de sí mismo.

Rosa, cuyo corazon estaba en los labios, olvidó la circunspeccion que la habian recomendado las dos amigas, y su semblante estaba lleno de expresion.

El General creyó que esto dimanaba de algun doloroso recuerdo, y decia dentro de sí mismo: "¡la pobre niña no puede imaginarse hasta qué

punto es amada! Serenaos, querida Rosa, la dijo estrechándola afectuosamente la mano, desterrad toda memoria importuna: ¿no teneis en mí un padre? ¿mi cariño, mis bienes no son vuestros exclusivamente?"—"¡Exclusivamente, digno padre mio! (vos me habreis mandado que os dé este nombre) exclusivamente! ¡Ah, el cielo me libre de que así sea: otra tiene derecho á reclamarlos.... los hijos del Mayor...." —"Yo no los olvidaré ciertamente, aunque no fuese sino por la bondad que su padre tuvo para con vos."—"Pero, señor, ¿no hay otras personas?"—"Ninguna á lo que entiendo." —"¡Ah padre!

Lady Gauntlet estaba admirada, y no comprendia cómo Rosa podia dilatarse tanto, ni cuáles eran sus motivos, de modo que empezó á sospechar que habiá recibido nüevas instrucciones de

Lady Denningcourt despues de su separacion.

"Yo no os entiendo, dijo el General, pero yo juro por Dios mismo que sois mi...." Rosa le puso la mano en la boca, y él prosiguió con vehemencia: "Sí, lo juro por Dios mismo que vos sois mi única heredera."

Rosa estaba muy apasionada de Eleonóra para suponer que se la pudiese conocer sin amarla, y así le pidió que nada jurase hasta estar instruido de todo. "¿Y qué tengo que saber? Todo esto sin duda no es mas que una chanza:" y el General se puso serio.

"¿Mañana os desayunareis con Lady Gauntlet, padre amado?"

El General llamó entonces á su criado: despues de un poco de ejercicio cojeaba mucho menos; pero cuando se ponia en movimiento no podia andar sin apoyo. Horacio le ofreció su brazo,

y John iba delante con una luz.

Betty se mostró oficiosamente á la puerta del cuarto á pesar de las terribles ojeadas de John, y se sonreia con todos con la mayor gracia. Pronto hizo un descubrimiento de la mayor importancia, viendo que su marido á pesar de su seriedad aun no habia dicho nada de ella á su amo.

"Yo me alegro de veros, Mistress Brown, dijo el General, que se paró para hablarla, y pienso que habeis sido tan buena para mi amigo John, como todo el mundo me asegura."

Como Betty tenia sobre su conciencia algunos remordimientillos que la impedian responder, se contentó con hacer algunas exclamaciones, y saludarle inclinándose hasta el suelo.

Muy bien, querida hija (continuó) ahora debeis cuidarle mucho, pues ya veis lo que ha padecido por el cariño

á su amo. "Ha padecido Milord, dijo Betty suspirando, yo estoy cierta de que mis penas harán olvidar las de todo el mundo, y ablandarán las piedras." — "¡Pobre muger! ea, buenas noches," y el General la metió en la mano un bolsillo bien provisto.

Betty continuó sus cortesias teniendo siempre el pañuelo en los ojos hasta que John cerró con violencia la puerta. Ella pareció agitada; pero otros cuidados mayores la ocupaban por entonces.

"Vamos, dijo, lo primero á cerciorarme de cuanto hay en el bolsillo, y despues iré á servir á Miss Rossy, y ya no pensaré sino en verla subir á ser Lady."

Al dia siguiente Rosa empleó en su tocador mas tiempo que el acostumbrado, y sin embargo quedo menos contenta que nunca de su adorno, y cuan-

do bajó la temblaban las piernas, y su corazon palpitaba; de modo que cuando Horacio la condujo hácia una ventana del salon estaba tan vivamente conmovida que no podia hablarle: pero estas penas eran dulces como todas las que nacen de una primera pasion, fundada en el pundonor y la virtud, y bien pronto una mútua confianza se estableció entre los dos amantes.

« Horacio, le dijo Rosa, yo tengo dos madres: una es la vuestra, y bien sabeis cuán querida me fue siempre: en cuanto á Lady Denningcourt jamas podré deciros cuánto mi corazon la respeta: ¿quereis que os presente á esta mi segunda madre?»

Horacio cogió el parasol, ella pasó gustosamente su brazo por el de él, y juntos se dirijieron á Jointure-Housse.

Semejante á una de aquellas deidades que desde el alto cielo miran lo

que pasa en la tierra, Lady Denningcourt pensativa y absorta estaba sentada en su gabinete cuando Rosa entró, y arrojó en sus brazos.

Lady Denningcourt, que sabia el objeto de conversacion concedida al General por Eugenia, y de la que Horacio habló sonriéndose, no se atrevió á detenerlos, aunque sentia separarse de ellos; pero habiendo Rosa prometido volver bien pronto, y ya estando Horacio impuesto en el secreto, regresaron á Delwort-Housse.

La conferencia estaba acabada, pero no con el éxito que deseaba y habia esperado Eugenia. El General, á pesar de la tan celebrada tranquilidad de su alma, estaba vivamente afectado, se acordaba de haber visto á Eleonora en casa del Doctor Croack cuando era niña, y consideró su matrimonio como una consecuencia de su inclinacion

á una familia á la que estaba confiada, y así la aplaudió mas bien que la condenó, y escuchó con suma atencion las pruebas de su nacimiento, dadas tanto por Mistress Moggy-Mac, á quien conocia y estimaba, como por el Doctor Croack; á quien tambien conocia aunque no estimaba. El oyo tambien con placer la bondad que el Duque de Athelano habia tenido con su hija; los grandes designios que habia formado hácia ella; y que esta luego habia frustrado; pero no hizo la misma pregunta acerca de su madre.

Lady Gauntlet que estaba solemnemente empeñada con Lady Denningcourt de no hablar de ella, sino en cuanto lo exigiesen las circunstancias, no se atrevió á adelantarse con sus preguntas.

"Yo creia, dijo el General, haber domado el ímpetu de mis pasiones, y

establecido sólidamente la paz en el fondo de mi pecho ; pero temo que el mal no está radicalmente curado. Seguramente veré á esa pobre jóven ; y como padeceria en ello el interés de mi hija adoptiva , no tengo necesidad de deciros, Lady Gauntlet, que vuestro corazon es uno de aquellos en quienes mas placer tengo de explayar el mio. ¿Os confesaré la verdad? Yo siento deciros que temo no poder jamas amar tanto á mi hija como á vuestra Rosa. Por lo demas no me atrevo á definir cuáles son mis sentimientos hácia ella: ella es la hija del amor de mi Eleonora , de mi querida muger á quien he perdido : mi hija.... perdonadme , señora , yo me siento indispuesto , me vuelven mis antiguos dolores de cabeza. "

Le sobrevino un temblor general, su voz se puso temblona , y su cutis tomó aquel color amarillento que ya

casi habia borrado enteramente un ejercicio continuado.

Lady Gauntlet se despidió llevando en el fondo de su corazon aquella sensacion vaga que se experimenta siempre que no se ha obtenido el éxito deseado, y así se encerró en su gabinete en vez de ir á Jointure-Housse, como habia prometido.

CAPÍTULO VII.

No hay felicidad constante sino en el pais de las Gangaridas, donde no se puede ir sino caballero en los grifos, ó allá en el bello pais del Dorado, donde no se puede ir de ningun modo. Rosa y su amante probaron esta verdad. El jóven Lord la estrechó vivamente á que pronunciase aquel *te amo* tan grato á los amantes, y que él todo el dia habia leido en sus ojos. Animado ya con esto se atrevió á pasar su brazo alderredor de su cintura, y estrechar su bella mano ínterin tarareaba, ó mas bien cantaba aquel antiguo romance escocés, que dice:

"La hermosura de mi Emma
Hace la felicidad
Á todos cuantos la miran
Y contemplan su beldad.

Mas yo seré desgraciado
Enmedio de dicha tal,
Si cuando me dà la mano
Su corazon nó....

me dá hubiera dicho si no le hubiesen interrumpido."

"Yo entraré, aunque se oponga el infierno: sí, yo entraré," dijo á la puerta de la sala una voz penetrante. "Vos no me lo impedireis. ¿Sabeis quién soy?" — "No: ni tengo la menor curiosidad de saberlo. Yo sé que Milord está ocupado, y es mi obligacion detener á los importunos que vienen á incomodarle." — "Yo conozco muy bien á vuestro amo, y tambien me conoce, y así no me tendrá por importuna. Miss Walsingham es mi amiga íntima, y...." — "¿Y quién es Miss Walsingham? aquí no se conoce, ni tampoco á otra alguna Miss de vues-

tras amigas." — "No os dé cuidado de eso, amigo mio, es preciso que yo vea al Lord Gauntlet, y le he de ver. ¿Está en esta sala? Yo conozco todas las piezas de esta casa, y entraré." — "Perdonad, que no entrareis." — "Entraré." — "No será hasta que haya preguntado á Milord si quiere veros." — "Es Lady Mushroom," dijo Rosa, cuando esta dama venciendo el criado se precipitó en la sala.... ¡pero en cuál estado! "¡Ah, mi querida Miss Walsingham, cuánto placer tengo de veros! Yo me hallo en una situacion peor de aquella en que estabais en Holbornhill cuando os encontré en casa de aquella latonera. ¡Oh, Lord Gauntlet, vos debeis acordaros de mí, aunque yo con dificultad os conoceria.... Habeis crecido mucho: estais un jóven completísimo, perfecto. Yo vengo á implorar vuestra proteccion, y como

sé que no me la rehusareis, aquí me quedo," dijo prorrumpiendo en llanto, y arrojándose sobre un sitial. "Yo estoy cierta de que moriria si me sacasen de aquí."

Es verdad que Lady Mushroom estaba en un lastimoso estado; su murselina de oro y la rica franja que la rodeaba estaba hecha pedazos; su peluca rubia, que en su opinion la sentaba mejor que sus cabellos negros, estaba caida á un lado de la cabeza, de modo que parecia tener pelo de dos colores; traia una oreja desgarrada, la cara y el pescuezo arañados, y los brazos llenos de cardenales.

Rosa, que se hubiera compadecido de cualquiera que viese en tal estado, se sintió vivamente conmovida en favor de la pobre Lady: llamó á su camarera, y suplicó á Lady Mushroom que aceptase otros vestidos.

"¡Bondad divina! exclamó Betty: por mi vida que imagino que ese viejo bribon Sir Salomon y mi vieja ama Mistres Feversham han hecho juntos algunas locuras." — "Impertinente (dijo Lady Mushroom aceptando el brazo de Rosa ínterin el Conde la miraba con asombro): andad, que Sir Salomon no hará mas bribonadas." — "Gran noticia, señora: eso es decir que ha muerto." — "Sin duda alguna, Betty; y yo quisiera que hubiese muerto antes de haber venido á esta casa. Yo no hubiera perdido mi pensioncilla anual, y ahora habré de perderla despues de recibir estas heridas." — "¡Como! ¡ha muerto! ¿será posible?" exclamó Rosa. — "¿Sir Salomon ha muerto? repitió el Conde de Gauntlet, ¡pobre infame hombre!" — "Eso es demasiada verdad, respondió Milady suspirando: jamas se levantó desde

que supo que el Coronel Buhanum habia vuelto de la India." — "Decid, señora, el General Buhanum," interrumpió Betty. — "¿Es General? sea en buen hora; y bien, yo os diré que ese pobre Sir Salomon no se levantó desde que supo que el General vivia."

Horacio fue á llevar inmediatamente esta noticia á su amigo, y Rosa condujo á la viuda á su cuarto.

"¡Ay Dios! Miss Rossy, gritó Betty, vuestros vestidos no sentarán mejor á Mistress Feversham que á mí, pues ella es por lo menos tres veces mas gruesa que vos. Mejor será que baje al cuarto de esa madama extrangera, y la pida algunos de sus vestidos; si son algo cortos esta señora no reparará en ello, pues siempre ha gustado mucho de enseñar sus piernas, porque las tiene muy bellas."

Esta lisonjilla dulcificó un poco á

Lady Mushroom, y la dijo: "Betty, mi buena muchacha, ves, y traeme alguna cosa que comer, porque no he probado bocado ni reposo desde ayer mañana que fui á casa de Lady Denniugcourt."

Rosa se justificó de no haberla ofrecido antes alguna friolera, y añadió, "pero, ¿cómo, mi querida Milady, os hallais en tan terrible estado?"—"¿Cómo, mi querida? Yo me admiro de que estoy viva. ¡Oh! no podreis jamas adivinar cuánto he sufrido. Ya era cerca de noche cuando llegamos á nuestra posada, y Persian, que posee con excelencia el talento de peinar y dar el colorete, no bien habia acabado de ponerme en estado decente, cuando llega con mucho estrépito una silla con cuatro caballos á la puerta de aquella posada, donde me acomodé de un modo bastante raro para una persona de mi clase. Los que venian en la silla pi-

dieron caballos para ir á Delwort-Housse, y yo, que por desgracia oia aquellas palabras, me asomé a una ventana solo por curiosidad, y vi á esa grosera nodriza Dorotea con su cara verdinegra; ¿os acordais de ella? Siempre habia conservado la costumbre de visitar á su hija de leche Miss Mushroom: pues bien, con ella veo á Lady Lodwer pálida como un cadáver. Pero ¿qué importa? y bien, mi querida, ellas me vieron: yo las saludé con la cabeza.... Betty sabe mi modo de saludar. Entonces ellas subieron, y se echaron sobre mí como dos furias. Esa bribona de Dorotea me llamó.... Sí, Miss, me llamó ciertamente.... yo no me atrevo á repetir delante de vos esa mala palabra.... ¡Y qué yo haya vivido para verme tratar así! ¡ah! esto es cruel...."—"Y sobre todo, dijo Betty, cuando es injusto."—"¿Y no teniais

á nadie que os defendiese? preguntó Rosa; porque estoy cierta que lo necesitariais con semejante muger como Lady Lodwer y su compañera." — "No, mi querida: yo fui la burla de toda la gente de la posada. La nodriza decia que era madre de las dos Mushroom, y que yo me habia casado con su marido.... Su hija gritaba que yo me habia apoderado de sus vestidos y de su caudal: ambas imprimieron las uñas en mi rostro y en mi cuello, y ya veis cómo me han dejado. Corrí gritando al cuarto de Sir Salomon, ellas me siguieron: Mr. Turgid estaba sentado al lado de la cama con pluma, papel y tintero. Antes que yo hubiera abierto la boca para hablar, ya Lady Lodwer habia arrancado el papel de manos de Mr. Turgid, y viendo que era un testamento en que el pobre Sir Salomon distribuia todos sus bienes en

ciertas obras de caridad, cayeron en un exceso de rabia: la madre dijo mil disparates contra Sir Salomon, y con un gesto amenazador le preguntó, si no era vergonzoso á un hombre que ya tenia un pie en la sepultura sufrir á su lado una.... aquí, mi querida, repitió aquella mala palabra. Sir Sal respondió (Dios le haya perdonado, pero estaba demasiado colérico para aquel trance) que sabia muy bien que tenia un pie en la sepultura, y que tampoco ignoraba que una criatura semejante á la que le hablaba no era compañía oportuna para un hombre en aquel momento, por lo cual deseaba que ella y su hija saliesen al punto de su cuarto. En cuanto a esta dama, dijo señalandome, es mi muger, y yo deseo que sea tan malvada como vos, para que así seais un tormento unas de otras. Mr. Turgid, yo quiero firmar mi testa-

mento.... pero ya no habia testamento que firmar. La furiosa Lady Lodwer le habia hecho pedazos, y el viejo Turgid salió para escribir otro. Entonces las dos harpías se echaron de nuevo sobre mí, y creo que me hubieran muerto, si Dorotea no hubiese visto por casualidad que el pobre Sir Salomon se habia desmayado. Entonces comenzo á dar chillidos, mientras yo estaba moribunda del terror que me causaba aquella muger. En fin, Sir Sal volvió de su desmayo, é insistió en que las dos se marchasen, pero no quisieron irse sin mí. Algunos médicos que se llamaron dijeron una porcion de necedades como sabeis que acostumbran. De cualquier modo todos convinieron en que debiamos salir del cuarto; la muger del posadero era tambien del número de las conjuradas contra mí, pues como Dorotea la hizo creer que era la

verdadera esposa de Sir Sal, y yo solamente su querida, ella la manifestó el mayor respeto, ínterin me llenaba de insultos y desprecios. Las dos furias se apoderaron de mi cuarto y de cuanto habia en él, mientras que yo, temiendo caer otra vez en sus uñas, me escondí en el cuarto de Persian. Apenas habia entrado cuando se oyó un pistoletazo en el de Sir Salomon: su criado llegó al punto á la puerta de aquel en que yo estaba encerrada, y como temia á la cruel Dorotea rogué á Persian no me decubriese. El volvió á llamar.... en fin, Persian respondió, y él dijo: "yo vengo á anunciar á Milady, porque sé bien que es Milady, y no Dorotea Wright, que mi amo se ha curado á sí mismo, tragando una píldora. ¡Ay Dios! exclamé yo, no quiero oir hablar de él, ni de Dorotea: todo lo que deseo es huir de aquí."

— "Mi amo se ha muerto, repitió el criado, y vengo, segun lo que me ha dicho Mr. Turgid, á tomar las órdenes de Milady...." Yo no os oculto nada, mi querida Miss Walsingham; pero me chocó mucho la cruel indiferencia de este hombre por la suerte de su amo, que acababa de perecer por un suicidio: lo cual no pudo ser mas ridículo, porque el pobre ya no tenia muchos dias que vivir. De cualquier modo el criado continuaba pidiendo mis órdenes, y como yo escuché entonces la voz de Dorotea y de Lady Lodwer, le dije: pues bien, no tengo que mandar sino que me busqueis una silla para ir á casa del Lord Gauntlet.... y ved del modo que ha sido mi venida; pero yo estoy cierta de que si no haceis que me den alguna cosa para curar mis arañazos, y si no me veis acostar, no tendré necesidad de otra pistola para seguir al

pobre Sir Sal."—"¡Ay Dios! ¡qué desgracia cuando los hombres se encaprichan en una cosa, exclamó Betty! ¡oh! yo voy á contar esto á John al punto que desnude á Mistress Feversham, y cure sus arañazos."

Rosa pálida, y realmente aterrorizada del funesto fin de aquel malvado, dejó á Lady Mushroom luego que estuvo en cama, y fue á reunirse con Lady Gauntlet y su hijo. El General estaba indispuesto, y no quiso bajar á comer. Entonces Rosa corrió á su cuarto, y le halló paseándose con agitatacion: sus ojos se llenaron de lágrimas, y la debilidad de su voz se aumentó cuando respondió á las preguntas de Rosa sobre su salud.—"¿Vos sabeis, mi amable hija, que yo tengo una hija y vos una hermana?"—"Sí, mi amado padre, replicó Rosa con cariño, ella ha sido hace mucho tiempo la her-

mana querida de mi corazon." —"Rosa, ¿se parecerá ella á su hermana? ¿tendrá vuestras miradas, vuestra sonrisa y vuestro eco de voz?" — "Es bellísima; pero en cuanto á la semejanza de que me hablais, no puedo juzgar: ¿pero comeremos sin vos, querido padre?" añadió con cariño besándole la mano. —"Tengo un fuerte dolor de cabeza." — "Es efecto de la vida sedentaria que teneis: ¿si pudieseis tomar un poco de aire? ¡Ah! no podeis figuraros el delicioso paseo que Horacio y yo hemos dado esta mañana á casa de Lady Denningcourt." — "Si yo fuese Lady Gauntlet tuviera zelos de esa Lady Denningcour," añadió el Gegeneral sonriéndose. — "No, padre mio: vos amareis á Lady Denningcourt mucho mas que...." — "¿Mucho mas que os amo?"—"Infinitamente mas: es un angel, venid á la ventana, permitid-

me que os enseñe algunos de sus encantos. ¿Veis esa pequeña aldea?"—"Yo veo una poblacion que no es pequeña." —"Es Denningcourt : esos edificios...."

Sonó la campana llamando á la mesa. "Id, Rosa, vos me hablareis de eso despues de comer : yo iré á tomar el café con vosotros : tengo que escribir cartas, y arreglar varios negocios si mi cabeza me lo permite : no tomaré sino un poco do arroz," y diciendo esto la condujo á su pesar á la puerta.

Rosa besó nuevamente su mano, y fue recibida por Horacio á la entrada del comedor.

Durante este intervalo Lady Gauntlet habia hecho una visita á Lady Mushroom, que asistida por su antigua criada estaba muy dispuesta á olvidar todas sus penas, si la Condesa con su presencia no se las hubiera acordado.

El desgraciado fin de Sir Salomon

no fue un triunfo para unos corazones tales como los que habia ofendido. Lady Gauntlet rogó que no se hablase de él en la mesa ; y esta feliz madre se colocó entre sus dos hijos queridos para hablarlos de un asunto mucho mas interesante ; pues les contó lo que habia hablado con el General , quien se proponia tener una conferencia con su hija.

Rosa dió cuenta tambien del paseo de la mañana , y Horacio elogió con éxtasis el mérito de Lady Denningcourt.

El General entró á los postres , como habia prometido , y habló de la intencion que tenia de seguir á una carta, que acababa de escribir á Londres.

Lady Gauntlet observó que ciertamente Mistress Croack estaba mas en estado de venir á verle , que no de ir él á visitarla ; y así le rogó la permitiese convidarlos á venir á Delworth-Housse ; y añadió : "vos no podriais

hacer sino abrazarlos en su alquería." — "Yo no tengo designio de abrazarlos, dijo el General: yo quiero sacarlos de sus tierras para colocarlos en situacion mas conveniente.... pero ¿qué veo? añadió mirando á la ventana, ¿qué gente es aquella? ¿esperais visitas?

Lady Gauntlet vio dos coches que venian por la espalda de la casa; pero Rosa, que conoció la librea, fuera de sí misma por el presentimiento de alguna novedad que no podia figurarse, se retiró temblando y turbada detrás de la silla de Lady Gauntlet, y en voz baja la dijo: "es el coche de Lady Denningcourt y de su familia."—"¡De Lady Denningcourt! exclamó Lady Gauntlet. — "Como os viene ya á pagar la visita, dijo el General: en verdad, Rosa, me admiro de que no seais una niña mimada: pero disculpadme con ella, pues no estoy de humor de

hacer compañía á unas damas." — "¿Á dónde está? ¿á dónde está? Esta voz pronunciada en el portal estremeció al General. "¿Á dónde está, á dónde?" repitió la misma voz: y el General se levantó, y olvidando su enfermedad se acercó á la puerta. Abriose ésta; una dama acompañada de un grupo de gente se presentó en el salon: el General extendió involuntariamente los brazos, y recibió sobre su corazon el cuerpo casi exanime de aquella á quien siempre y únicamente habia amado; de aquella cuya memoria en el destierro, en la enfermedad, en la prision habia estado sin cesar presente á su pensamiento; de aquella en fin, á quien siempre habia querido con transporte, aunque se hubiese casado con otro. El temblaba de alegría, de sorpresa y de dolor, y era incapaz de llevar á un sitial aquel precioso peso, cuando



él mismo tenia necesidad de auxilio.

"Es mi querida Lady Denningcourt, exclamó Rosa precipitándose á sus pies, ínterin que Lady Gauntlet, ayudada de las personas que la seguian, la acercó á la ventana. "¡Oh, Eleonora, mi querida Eleonora! dijo el General con voz trémula; ¡es ella, ella misma! ¡Oh, mi Eleonora! háblame: tu acento, cuasi semejante al del angel que debe presidir el último juicio de los hombres, hará salir mi alma de la noche eterna en que tu pérdida la habia sumergido. Siempre querida, siempre adorada, soberana de mi corazon, ¿qué feliz destino me hace gozar otra vez la vista de tu angelical figura? Pero ella no me oye: ¡Dios mio! mi corazon arde todavia en fuegos mas vivos que los del amor. Yo olvido todas mis adversidades: ya no es un soldado herido, errante, desgraciado, es el feliz Wa-

lacio Buhanum adorando á sü Eleonora en los bosques de Athelano. Pero ¡oh, Dios! yo me presento á su memoria como el asesino de su hermano, como un miserable que sale de la tumba para interrumpir su felicidad, para deshonrarla con antiguas pretensiones. ¡Oh, mi Eleonora! no temas nada: me será mas facil morir para asegurar tu felicidad, que vivir con el temor de verla turbada."—"Vos no hareis ni uno ni otro, y escuchareis á vuestra antigua amiga Mistress Moggy-Mac-Laurin," dijo una anciana adelantándose con paso magestuoso llevando por una mano á Mistress Jackey Croack y á Mistress Garnet por la otra.

"Ya vuelve, ya respira: ¡amable y querida Lady Denningcourt! Ved, señor," exclamó Rosa; y separando entonces la vista por la primera vez de Lady Denningcourt, vió á Mistress

Mac-Laurin y sus dos compañeras.

"¡Ah! exclamó ella volando hácia la jóven amiga, querida Eleonora;" pero fijando los ojos en la gordiflona y ordinaria Mistress Garnet retrocedió involuntariamente.

La bajeza de su orígen, los vicios de su madre, la grosería de su padrastro, todo esto se presentó en el momento á su memoria. ¡Cuáles parientes iba á presentar á los nobles posesores de esta morada, y reconocer en presencia de los criados!

Lady Denningcourt aun no habia recobrado el uso de sus sentidos. Lady Gauntlet únicamente atenta á su estado no podia por consecuencia conocer la cruel posicion del espíritu de Rosa. Lord Gauntlet observaba todo con la mayor atencion, y ya Rosa creía leer la indiferencia en sus miradas sorprendidas.

Mistress Croack con los ojos bajos

permaneció inmovil en el mismo sitio, y no hizo ningun esfuerzo para moverse, ni hablar.

Rosa fuera de sí misma, humillada y desanimada dirigió otra vez sus ojos á Mistress Garnet, que se habia puesto detras de Mistres Moggy para colocarse al lado de Mistress Croack.

"¡Hija mia, pronunció ella en voz baja, mi querida Rosa!"

El rostro de Rosa se mudó en el momento: la palidez substituyó á los vivos colores que animaban sus mejillas. Su madre en fin la reconocia, y sin duda venia á reclamar sus derechos maternales: ¡Dios mio! ¿dónde iria ella á ocultar su desgracia? Sin embargo, Mistress Garnet, ¿no la habia mostrado mil bondades? ¿No la habia ofrecido un asilo entonces, cuando acaso este asilo hubiera sido su único recurso? ¿Y por qué pues hay esta re-

pugnancia invencible y tan poco natural? Ella encontró etra vez las miradas de Mistress Garnet, que ya estaba en pie al lado del sofá donde habian colocado á Lady Denningcourt. Sus ojos feos y undidos estaban llenos de lágrimas. Mr. Garnet con su vestido negro, levita colorada, cabellos aplastados y gran corbata, se acercó á enjugarla las lágrimas, y la dió á oler unas esencias diciendo: "Consuélate, Rossy, tú eres una gran pecadora; pero el cielo se alegra cuando el pecador se arrepiente: tú no carecerás de nada durante tu vida, y en muriendo, tu hija participará de mis guineas con nuestro niño Philly." — "¡Oh cielos!" exclamó Rosa tapándose la cara con las dos manos, y dando algunos pasos hácia Lady Denningcourt, que habia recobrado sus sentidos. "¡*Cielos, es mi madre*!" — "Sí, Rosa, sí, sí, sí,

dijo Lady Denningcourt estrechándola con transporte entre sus brazos, yo soy tu madre, tu verdadera madre: ven sobre mi corazon. ¡Oh, tú, hija del instinto y del amor mas tierno, ¡cuán dulce es para mí tu presencia! ¡Cuánto me hizo sufrir tu ausencia! ¡Oh! esa figura, esas facciones, esos miembros delicados no estaban hechos para verse expuestos á la inclemencia de las estaciones. ¡Hija mia, mi dulce hija, tú mendigabas un miserable sustento mientras tu madre vivia en el fausto y la opulencia! ¡Oh, mi hermoso, generoso y noble Dungaron, mi tierna y desgraciada madre, y tú, padre inexorable, ¿vos habeis visto á mi hija, la legítima heredera de todas vuestras riquezas abandonada, y obligada á mendigar el sustento! Vos la habeis visto, y vuestros manes se han saciado con esta horrible venganza. ¡Oh, Wallacio, có-

mo el dolor y los remordimientos nos han hecho diferentes de lo que éramos cuando nuestra separacion! pero mi corazon no se atrevería á implorar tu perdon, si no tuviese semejante mediadora. Mírala, Wallacio: es tu hija: la mia. Pero ¿por qué tiemblas así, mi querida hija, esperanza y encanto de mi vida? Tú ya no eres Rosa, sino mi Eleonora, mi Eleonora."

Rosa temblaba en efecto, y respiraba con esfuerzo: la admiracion encadenaba tambien la lengua de cuantos estaban interesados en este extraño suceso. El General apenas atreviéndose á creer á sus ojos, colocó á Rosa en su sofá al lado de Lady Denningcourt, y casi cediendo á su emocion la dijo que se tranquilizase.

Rosa miró con temor á Mistress Garnet, Mistress Croack estaba sentada junto al canapé, y las lágrimas

inundaban su rostro, ínterin que en el de la otra se veían las del crímen y los remordimientos.

"Sí, hija mia, dijo Lady Denningcourt, mira otra vez á esa miserable muger, y á esa inocente cómplice de su crímen: el perdonar es el distintivo de tu noble caracter. Yo creo que los perdono tambien, pero su presencia me importuna."

Mistress Croack se adelantó entonces con precipitacion, y se postró á los pies de Rosa. "¡Oh, perdonad, exclamó, perdonad á mi madre! Yo no os pido que me perdoneis, pues sabeis que he sido inocente."

Mistress Garnet, que era hidrópica de resultas de sus excesos, se adelantó igualmente apoyada en su marido, y se puso de rodillas al lado de su hija. El niño Philly, acordándose de su antigua favorita, sin embargo de

que no se atrevia á hablarla entonces, se adelantó igualmente, y extendiendo sus manitas, decia: "perdonad á mi mamá: ella tiene el mismo nombre que vos."

Rosa, abismada en una especie de estupor, no sabia si lo que veía era efecto de un sueño, y pasaba de los brazos de Lady Denningcourt á los del General, quienes la prodigaban las mayores caricias, y confundian las lágrimas con las suyas. Ella vió á la mas amable de las mugeres ponerse de rodillas, y pedir al General que la ayudase á admirar, adorar y dar gracias á la Providencia divina, que habia guiado á Penrry sus errantes pasos, y habia abierto su corazon á la compasion para con su propia hija: ella véia la sorpresa pintada en la bella actitud de Lady Gauntlet; veía el extasis y tierna solicitud de su hijo: todo esto

réal y efectivo. Sin embargo, ¿cómo podia ser? ¿Cómo, ella que por tantas veces se habia avergonzado de los vicios de sus padres, y que asimismo se acordaba del estado de mendicidad de que la habian sacado; cómo podia creerse la hija querida de una de las mas ilustres y mas virtuosas mugeres del mundo? Y en fin, hija de su protector y su noble bienhechor.

Su amiga, la dulce compañera de su infancia continuaba humillada delante de ella. La muger por quien tan cruelmente habia sido abandonada, y á quien pocos minutos antes miraba como su madre, estaba casi moribunda á sus pies llorando y pidiendo perdon. Rosa se levantó, y se echó en los brazos de Mistress Croack. "Querida Eleonora, la dijo, deja esa postura; que no conviene á la hermana querida de vuestro corazon: jamas, jamas

olvidaré la tierna amistad que nos unio desde nuestra infancia ; y ahora que apenas me atrevo á creer la felicidad que me está reservada...." aquí se detuvo, y dirigió sus miradas tímidas á Lady Denningcourt, en cuyos ojos brillaba el amor maternal mas apasionado. "Sí, Rosa, dijo ella con transporte : yo comprendo la interesante expresion de esos ojos encantadores : tú eres mia.... Wallacio Buhanum, cuyo elogio te he oido tantas veces y con tales delicias, es tu padre." — "Yo no tengo necesidad de pruebas, Rosa, para ver que eres mi hija, dijo el General ; la semejanza que teneis con vuestra noble madre, el eco de vuestra voz tan familiar y querido á mi corazon, habian largo tiempo fijado mi atencion. Sí, yo os reconozco : yo veo que sois mi hija ; pero si debemos perdonar á esa desgraciada muger, de

quien me acuerdo perfectamente, hagámoslo como nos conviene. Vos veis su situacion.

Lady Denningcourt examinaba á su hija: ella encontraba aquella semejanza de que Wallacio hablaba, y no veia otra cosa, mientras que Mistress Garnet habiendo recibido órden del General, para levantarse, fue á asentarse en una silla llevando la cabeza inclinada en el hombro de Mistress Croack.

« Yo no puedo dejar de ver esto como una agradable vision, dijo Lady Gauntlet, y entonces Mistress Moggy se adelantó gravemente para aclarar aquel misterio.

Retrocediendo al segundo capítulo del tomo nono de esta larga historia se verá que Mistress Moggy, despues de haber dado á entender á la ama que criaba la hija de Lady Eleonora que la madre de esta niña poseia inmensas ri-

quezas, la dió diez guineas, y confió á su discrecion el secreto de las señales impresas en la criatura.

Mr. y Mistress Wilkins eran por desgracia muy dados al vino, y cuando su caudalejo, segun la pobre arrepentida lo confesaba ahora, se arruinó enteramente, hicieron esfuerzos para imprimir con pólvora otra señal en el cuerpo de su hija, á fin de substituirla á la que les habian confiado; pero aunque llegaron tal cual á figurar la A. y la B. se vieron obligados á hacer una mancha para figurar la reunion de las líneas exteriores de la corona.

Aunque vió que su hija estaba vestida y educada como niña de distincion, aseguró que jamas habia gozado instante de reposo desde que se habia separado de ella. Su pasion al vino creció: su marido, confidente de su crímen, era perezoso, y en lugar de tener la

menor atencion con la niña, á quien hicieron tan cruel injuria, sentia mantenerla, y la trataba con inhumanidad. Ella tuvo que sufrir no solo la hambre, sino los peores tratamientos, hasta que la Providencia la llevó á los brazos de su padre, que hizo de ella el objeto de su caridad.

Mistress Moggy declaró que era la mano de Dios quien la habia conducido al lado de Miss Rosa, y dijo: "Habiéndome hablado Mistress Brown de una señal de dos letras y una corona, me fuí al cuarto de Miss para pedirla el permiso de examinarlas, y luego las conocí por las mismas que yo habia hecho especialmente cuando las comparé con las de la otra jóven. ¡Dios mio! exclamó la buena muger, yo no pude comer, ni dormir hasta que fuí á ver al Doctor Croack, quien consintió en acompañarme á casa de Mistress Gar-

net; pero la pobre muger estaba enferma entonces."

Debemos confesar aquí que Mistress Garnet habia hecho muchos viages á Penrry á pretexto de consultar al Doctor sobre su enfermedad; pero en realidad para acallar su conciencia descubriéndole su crímen: mas sin embargo jamas tuvo valor de confesarle. Estos viajes fueron tan frecuentes, tan inoportunos, y en algunos tanta su turbacion que él sospechó la verdad antes de que Mistress Moggy fuese á verle, y como su nuera le manifestaba un ódio invencible al paso que colmaba de beneficios á su hermano, la rabia y el deseo de vengarse de ella le dieron tal priesa á convencerla de que era hija de una mendíga, cuanta tuvo antes en humillar á Rosa.

Mistress Garnet los hizo una confesion entera de su crímen, y por pri-

mera expiacion de su delito consintió en acompañarlos al condado de Cumberland con Mistress Maggy y su hija, á quien amaba muchísimo.

Aquí acaba la historia de la *Niña Mendiga*, porque la hija reconocida de unos padres tan ricos, la futura esposa del Conde de Gauntlet no pudo ser considerada bajo este nombre. Apenas es necesario decir que se hizo en Dolworth-Housse un doble matrimonio, pues el mismo dia que dió la amable hija del General Buhanum al Conde de Gauntlet, vió tambien renovarse la union de Lady Denningcourt con su querido Wallacio.

Los vestidos y trenes de los nuevos esposos, las visitas y fiestas brillantes que se siguieron al matrimonio, su presentacion á la Condesa, &c. pudieran todavia dar márgen á otro capítulo de esta historia, ya demasiado larga.

Debemos limitarnos á decir aquí que el jóven Conde de Gauntlet con su encantadora compañera, mas ricos por sus virtudes que por sus inmensos bienes, hicieron la felicidad de su familia y de sus amigos, y fueron los protectores de los desgraçiados, excitando la admiracion general. Dejémoslos gozar esta envidiable suerte, que al fin alcanzaron, y terminemos la historia con algunas noticias de varias personas que han figurado en ella.

Mistress Croack, hermana de leche de la jóven Condesa, conserva el mas tierno afecto de esta última, y despues de haber visto morir á su madre, que espiró en Delworth-Housse, donde fue decentemente enterrada, volvió á su alquería con mas riquezas de lo que deseaba, y ella y su marido mas felices que pudiera haberlo sido en Athelano casada con el heredero de esta casa,

Lady Denningcourt conocia la generosidad y suma delicadeza de Wallacio, y la última accion que hizo antes de renovar su matrimonio con él fue renunciar cuantos bienes poseía de su difunto Conde de Denningcourt en favor de su hijo, aun sin exceptuar á Jointure-Housse.

El jóven *Conde de Denningcourt*, siguiendo los consejos del Duque de Athelano, se habia casado con la bella Kattia antes de empezar á poseer este aumento de riquezas; con cuyo aumento, y como á pocos dias de su boda habia partido para Italia, no se pudo creer en Denningcourt que la jóven y bella Condesa fuese aquella primera querida que vivia en la quinta. Parece inútil añadir que reino siempre la mayor harmonía entre los dos Condes y sus familias.

El *Almirante Herbert*, pasado ya un año, y siendo de edad muy aban-

zada, espiró en los brazos de su nieto. Despues de su muerte el capitan Seagrobe cumplió con la ley de amigo cuidando de la herencia de la Condesa viuda de Gauntlet, quien á pesar de que poseía por vida la quinta de Grange, y que pasaba constantemente los veranos con su hijo y Lady Eleonora Buhanum, se fijó sin embargo en Bath á causa de los espasmos que padecia en el estómago, para los cuales son excelente remedio aquellas aguas. Allí encontró á Mistress Harley, cuyos modales afables y verdadera bondad la agradaron tanto que la convidó á vivir en su compañía. Ella vive todavia con la Condesa viuda de Gauntlet, y todos los años tienen el gusto de ir juntas á presenciar la felicidad de su muy amada pupila. Pero Mistress Harley no se interesa menos en el estado, aunque mas humilde, de Mistress Croack.

El *General Buhanum* compró al Lord

Lodwer la tierra situada en la inmediacion de Lady Hopely, y como Lady Eleonora y él se han retirado á su pais natal, no parece que jamas pueden acabar *las penas* de Betty; ademas que John tiene demasiada memoria para olvidar que su rostro amarillo y pierna de palo *hacian enfermar la gente.* Ella se ve obligada á vivir en aquella maldita tierra de Escocia, y no tener casa propia; porque John protexta que como Dios le abandonó sin duda porque dejó á su amo, con quien siempre fue dichoso, jamas, jamas queria separarse segunda vez. Los ojos del General se llenaron de lágrimas cuando supo esta resolucion; hizo á John su mayordomo, á cuya importante plaza estaba unida una bonita casa, donde Mistress Brown procura vivir de un modo bastante dulce, ostentando el uso del mando que ha adquirido.

Mistress Buhanum recobró segunda



vez su consideracion luego que su hija se vió Condesa ; y teniendo motivo para divorciar su matrimonio con Mr. Frazer, vive con su bonita Jessy en Castle-Gowrand, donde ya mas sabia goza por lo mismo de mas consideracion que nunca.

Emma Buhanum, á quien Rosa hizo venir á Delworth-Housse, recobró su salud, y fue presentada á la familia de Athelano, y Mr. Angus sensible á sus encantos, y mas feliz esta vez en su amor, hizo pocos meses despues á Emma Duquesa de Athelano con gran disgusto de Miss Bruce; pero con entera aprobacion del respetable Duque su tio, en cuya casa vive con su esposa.

El Doctor Cameron es siempre la mas bella obra del Criador : *un hombre de bien* : y es tambien lo que se estima mas en el mundo, un *hombre rico.*

Mr. Stewart, ademas de la herencia de su padre, ha obtenido un suel-

do anual muy considerable.

Mistress Moggy ha vuelto á su casa para contar á sus amigos el gran servicio que ha hecho á la familia de Athelano.

Lord Lodwer tuvo gana de divorciarse de su muger; pero Milady no pudo ser convencida de haber dado traspié alguno en la carrera del honor.

El bello *Sir Jacob*, escarmentado de perder sus apuestas, se acogio á casa de su madre antes de acabarse de arruinar; y ya mas sabio por la experiencia, despidió para siempre al R. Mr. Jolter, y casó con la sexta hija del Rector de su parroquia.

La *Condesa de Gauntlet*, otro tiempo tan bella, y que por tan largo espacio fue el objeto de la admiracion de los hombres, y el ódio de las mugeres, no pudo sufrir su existencia en un lugar oculto de la Suiza, y murio sin ser llorada ni aun de su propia familia.

El *Ex-Conde* con sus hijas y su nue-

ra viven en el Continente de una gran pension que les paga su sobrino, á quien tanto ofendieron.

Mistres Woudbe, en virtud de la credulidad de su marido, pagó sus deudas, recobró sus joyas, y sigue con la manía de dar un baile de máscara.

Como *Sir Salomon* murió sin haçer testamento, y como Dorotea Wrigth por su intempestiva visita probó la ilegitimidad de sus herederas, Lady Mushroom hubiera gozado tranquilamente la posesion de todo su caudal, aunque con la tercera parte del cual se hubiera contentado; pero la implacable Dorotea en el calor de su venganza descubrio en fin en una bodega de Saint-Giles el mas cercano pariente del difunto.

Lady Mushroom habia tenido la precaucion de apoderarse de ciertas alhajuelas, cuya venta aumentó de tal modo su renta, que cuando tuvo la prudencia de retirarse á Penrry se halló en estado

de sostener en aquella villa su nueva cualidad; y como tenia el honor de estar ligada con tres Condesas y otra porcion de señoras, no habia en Penrry quien fuese superior á ella.

El *Doctor Croack* se vió obligado á dejar su profesion á causa de las enfermedades crónicas que le sobrevinieron. Mistress Bawsky empezó á pensar en su conciencia, y habiéndose aconsejado de su amiga Mary-Tompson sobre este negocio, hizo algunas proposiciones á su marido; pero viéndolas desechadas con desprecio, aceptó el convite de su amiga de vivir con ella. El Doctor por su lado, que ya no quiere negar su parentela, goza de una pension que la señalo su nuera, cuya generosidad para el es sin límites.

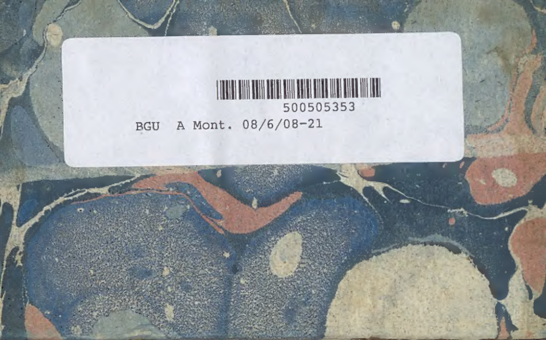
Fin del tomo X. de la Niña Mendiga, XIV. y último de la Coleccion.

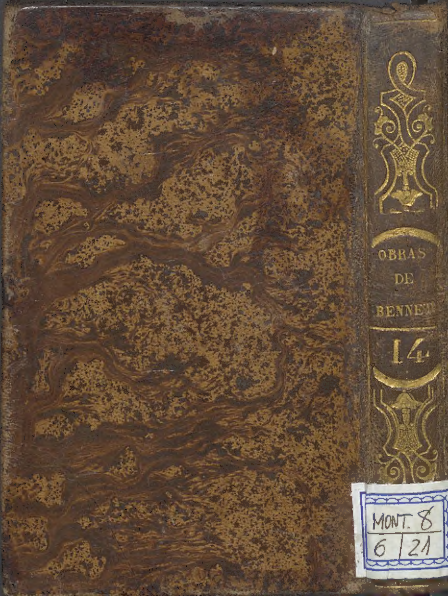
ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE TOMO VIII.




500505353
BGU A Mont. 08/6/08-21


OBRAS
DE
BENNETT
14


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm